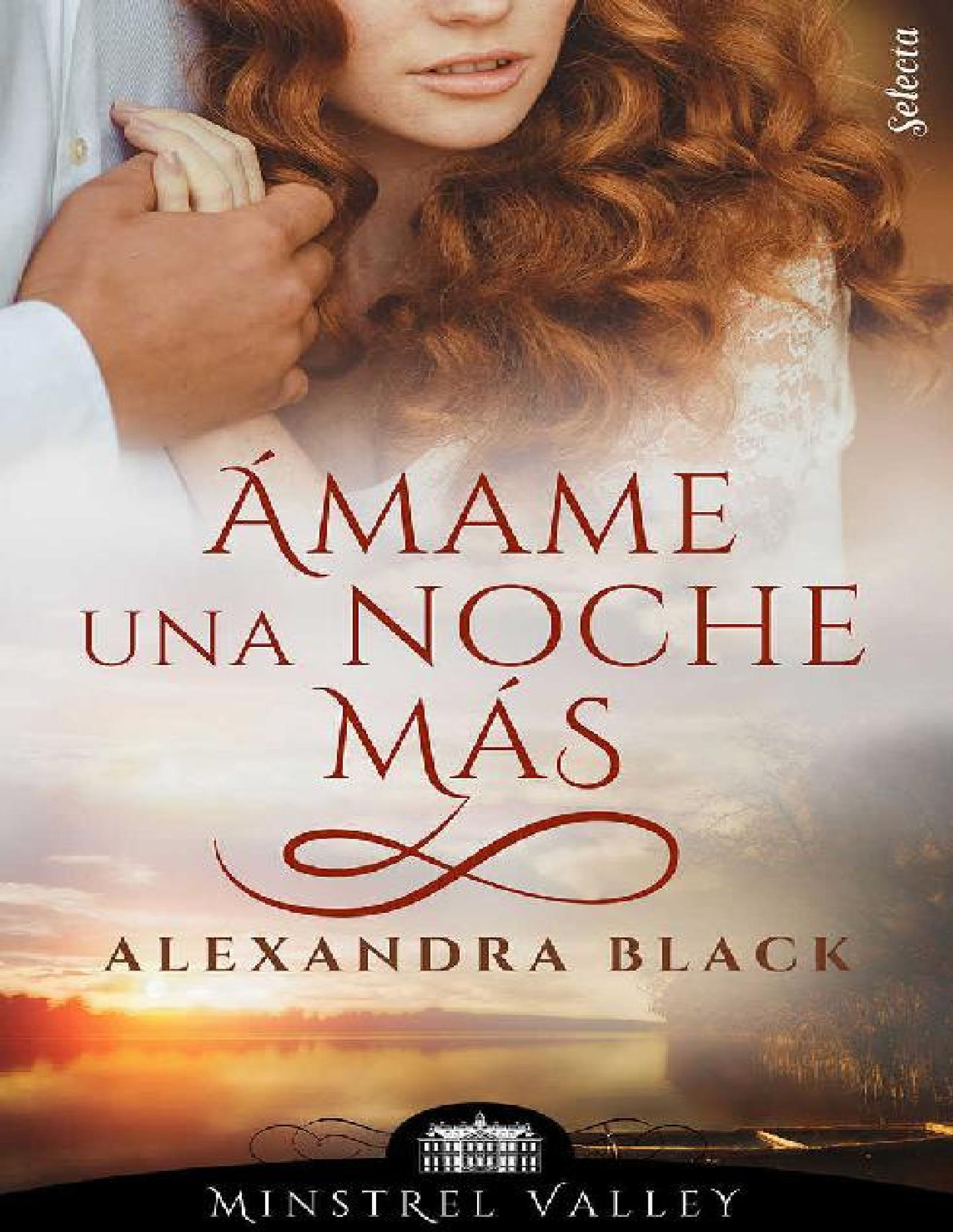


Selecta



ÁMAME
UNA NOCHE
MÁS

ALEXANDRA BLACK



MINSTREL VALLEY

Ámame una noche más

Alexandra Black

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*A Almudena Muñoz.
Sin ti, esta novela no habría sido posible*

Capítulo 1

Londres, 1847

—Es evidente que las mentes femeninas son débiles e incapaces de asimilar cualquier aprendizaje. —Malcom Sedford, conde de Tamworth, hinchó el pecho, orgulloso de sí mismo por haber expresado aquellas palabras—. De hecho, basta con enseñarles a leer y escribir. Un aprendizaje más amplio podría ser perjudicial para ellas.

John River, sentado al otro lado de la sala, lo miró con incredulidad. ¿Cómo podía hablar de aquel modo y mostrarse tan satisfecho después de haber dicho semejante barbaridad?

—¿Está diciendo que todas las mujeres son estúpidas? —preguntó doblando el periódico—. ¿O lo que quiere decir con sus palabras es que prefiere a una mujer tonta a su lado porque así no se notará su propia estupidez?

Lord Tamworth abrió la boca para contestar, la cerró de nuevo porque no encontraba las palabras adecuadas para hacerlo y la abrió otra vez, aunque su respuesta no fue ni todo lo ingeniosa que le habría gustado ni todo lo confiada que tendría que haber sido.

—¿Me está llamado tonto, señor River?

John enarcó una ceja en un gesto burlón que no pasó desapercibido para ninguno de los presentes. Todo el mundo conocía la mala relación entre los dos hombres, así que no era raro que se enzarzasen en alguna disputa de la que el conde jamás salía airoso.

—En absoluto, milord. ¿Acaso le ha dado esa impresión?

El tono utilizado y la expresión socarrona sacaron de quicio a lord Tamworth, que estuvo a punto de abalanzarse sobre él. Si no lo hizo, fue porque sabía que saldría perdiendo en la contienda. Todos allí conocían la habilidad del señor River con los puños. Hubiese aprendido donde hubiese aprendido, no había sido en un club de caballeros, pues era capaz de volar por el aire y golpear a sus oponentes desde posiciones imposibles. Las malas lenguas decían que lord Mersett había sido su maestro, pero nadie podía afirmarlo con seguridad.

Las burlas de John River hacia lord Tamworth eran habituales y, a pesar de ello, este era incapaz de defenderse en condiciones. Aunque, en opinión de los presentes, el mismo conde se buscaba aquello, pues sus disertaciones sobre distintos temas solían ser tan pretenciosas como erradas. Aunque eso no quería decir que no estuviesen de acuerdo con él en cuestiones como las relacionadas con las mujeres. De hecho, solo el señor River parecía creer que estaba equivocado.

—¿Qué tipo de mujer querría usted a su lado, señor River? —preguntó lord Seth Brangwen, futuro cuñado del conde de Tamworth.

John se volvió hacia él y sonrió.

—Solo quiero a alguien que camine a mi lado y con quien pueda compartir mi día a día. Una mujer inteligente que no tenga miedo de mostrar su valía frente a mí. No soportaría que ocultase su inteligencia o sus capacidades solo para evitar que yo me sienta estúpido. —Miró a lord Tamworth con sorna—. Valoraría sobremanera a una mujer así.

Un murmullo de desaprobación recorrió la sala.

—Cada vez que habla me hace pensar que cree que las mujeres pueden ser iguales que nosotros —respondió el joven—. Es un pensamiento peligroso, pues ellas mismas podrían creer que algún día llegarán a serlo.

—Me parece mucho más peligroso negar la evidencia, milord. Creer que todas las mujeres son estúpidas para enaltecer su propio ego es tan injusto como absurdo. Pero peor me parece obligarlas a vivir en un estado de infancia perpetua y hacerlas creer que son incapaces de valerse por sí mismas cuando no es así.

Otro murmullo de desaprobación recorrió el salón. Nadie estaba de acuerdo con él, pero aquello no era una sorpresa. Estaba acostumbrado a ver aquellas expresiones horrorizadas, como si sus palabras fuesen capaces de abrir un agujero en el suelo que los conduciría directamente a un averno dominado por mujeres dispuestas a hacerlos pagar por sus pecados en la tierra.

—Dígame entonces, señor River, ¿cómo podrían defenderse unas criaturas tan delicadas en un mundo tan peligroso como este?

John se volvió hacia el hombre que le había hablado y sonrió con amargura.

—Lord Bromley, nosotros somos el mayor peligro para ellas, así que el primer paso sería dejar de comportarnos como bestias y empezar a respetarlas. El segundo, dejar de tratarlas como criaturas delicadas. No son niñas, no son objetos frágiles y no necesitan nuestra protección constante. Al final lo que hacemos es protegerlas de otros hombres. ¿Acaso no advierte a sus hijas de lo peligroso que es para ellas quedarse a solas con un hombre? ¿No les ha explicado que deben ir siempre acompañadas y que nunca, jamás, deben salir a la calle de noche y mucho menos solas? ¿Lo hace acaso por los peligros que representan la luna o las estrellas? ¿O lo hace porque teme la posibilidad de que un hombre les haga daño?

Lord Bromley se sonrojó, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a ceder. ¿Peligrosos ellos? Ellos no representaban ningún peligro para las mujeres, pues eran hombres honrados. Mas horas antes los más jóvenes del grupo habían hecho una apuesta sobre quién sería el que conseguiría los favores de una joven debutante que parecía muy receptiva a las atenciones masculinas.

Era asqueroso.

Mientras ellos debatían con enojo sus palabras, John regresó a la lectura del periódico, ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Estaba acostumbrado a que se alterasen los ánimos cuando hablaba, así que le importaba más bien poco el resultado de todo aquello. Herir su frágil ego era como un

deporte para él y lo que sucediese después era irrelevante.

Mientras desplegaba el diario, lanzó una mirada al conde de Tamworth. Él solía ser el objeto de sus burlas, aunque le aburría sobremanera que no fuese capaz de rebatir sus argumentos. Se indignaba, gritaba, lo señalaba con el dedo... Era un auténtico memo que había tenido la suerte de nacer en una buena familia, porque de haber tenido que vivir lo que él había vivido, se habría muerto de hambre.

John despreciaba a buena parte de aquellos nobles porque le parecía que su simple existencia era un desperdicio de espacio en el mundo. Vivían para gastar el dinero de sus familias sin preocuparse de nada más que de sí mismos. Tamworth, por ejemplo, estaba comprometido con lady Skye Brangwen, la hermana pequeña de lord Seth Brangwen. Tras casi seis años de compromiso, todavía seguía evitando dar el paso definitivo porque mantenía una relación con una mujer casada. Ambos esperaban el fallecimiento del esposo de esta, para lo cual faltaba más bien poco, pues era casi cuarenta años mayor que ella. En cuanto eso sucediese, no dudaría en romper el compromiso, lo que pondría en una situación muy complicada a lady Skye. Si ya se habían esparcido todo tipo de rumores debido al hecho de que todavía no hubiesen puesto fecha para la boda, no se quería imaginar en qué situación quedaría ella por culpa de aquel descerebrado. La dama tenía veintitrés años ya y, si seguía posponiendo el momento, nadie la querría, por más que fuese una de las herederas más cotizadas del país.

A John le resultaba muy difícil entender por qué los condes de Ryedale permitían que Tamworth tratase de ese modo a su hija.

Había algunos nobles en el grupo a los que respetaba, pues no era dado a generalizar. El conde de Waverley, por ejemplo, era un hombre serio y sensato que no se dejaba llevar por la estupidez de sus amigos. Siempre se mostraba respetuoso con los demás y ayudaba a su padre a gestionar las propiedades de la familia. Su hermano, en cambio, era un cabeza hueca que no sabía ni atarse los cordones de los zapatos.

—Señor River. —John alzó la cabeza para mirar al hombre que le había hablado. Lord Seth Brangwen se sentó a su lado tras mirar a su alrededor. Nadie les prestaba atención, pues estaban demasiado ocupados discutiendo sobre asuntos triviales como para fijarse en ellos—. Señor River, ¿sentía de verdad las palabras que dijo antes?

Despacio, John plegó de nuevo el periódico y se volvió a mirarlo, interrogante.

—Así es.

—¿Y si la mujer fuese más rica que usted? ¿La valoraría igual? —John asintió—. ¿Y si fuese una gran aficionada a la lectura?

—La valoraría más todavía.

—¿Y a una mujer torpe con la aguja? —John asintió—. ¿Y si tuviese tendencia a discutir con usted?

—Mientras no sea una mujer pendenciera y maliciosa, sí la valoraría.

Seth sonrió, divertido.

—Tengo la impresión de que, si piensa de ese modo, nunca encontrará a una mujer con la que formar una familia.

John le devolvió la sonrisa.

—Si es así, entonces estaré mejor solo, milord. Si quiero un florero bonito que adorne mi casa, compraré uno. No necesito a una mujer que no me aporte nada ocupando espacio en mi hogar. ¿De qué me serviría? Si no puedo compartir con ella mis penas y mis alegrías y ni siquiera puedo escuchar las suyas, ¿para qué quiero una esposa? Para eso una pared sirve perfectamente.

El joven se echó a reír y sacudió la cabeza.

—En verdad me gustaría verlo casado con su mujer ideal. Estoy seguro de que, a los dos días, la consideraría un fastidio.

John pensó en los condes de Mersett y la maravillosa relación que mantenían y negó con la cabeza.

—Cuando un hombre piensa que su esposa es un fastidio por manifestar sus opiniones, es porque ni la quiere, ni la respeta. Sin afecto ni respeto, la frustración en ambos irá en aumento hasta que no se soporten. Nadie quiere eso en su vida.

—Sus ideas, señor River, son tan peculiares que me asustan. ¿De verdad cree que las mujeres pueden valerse por sí mismas? Usted sabe tan bien como yo que es imposible, pues no son más que criaturas desvalidas. Le concedo, sin embargo, que de cuando en cuando hay alguna mujer destacable. No voy a negar ese hecho, sería absurdo. Sin embargo, son casos excepcionales.

—Mis ideas, milord, no son nada nuevo. Mary Wollstonecraft ya las mencionaba en la *Vindicación de los Derechos de la Mujer*, yo solo me he apropiado de algunas de ellas y las he adaptado a mi conveniencia.

Seth lo miró horrorizado.

—¡Incluso ha leído algo así!

John se echó a reír.

—¿Por qué no debería hacerlo?

—Mi madre encontró esa aberración en el cuarto de mi hermana y la quemó. Debo decir que los azotes que recibió fueron más que merecidos.

La expresión de John se endureció.

—¿La azotaron por una simple lectura?

—Una lectura peligrosa que no la beneficiaba en nada. Mis padres no podían permitir que perdiese el camino de ese modo. Por suerte ya ha recuperado el sentido común.

John lo fulminó con la mirada.

—¿De verdad cree que el carácter de una persona puede cambiarse con golpes?

—Si se ha desviado del camino correcto, sí.

—¿Y quién decide cuál es el camino correcto, milord? ¿Dios? —Hizo una mueca desdeñosa—. Si existiese un Dios en este mundo, no permitiría que unas criaturas dominasen a otras. Si de verdad existe un Dios, sin duda estará llorando al ver lo que hacen sus creaciones. Y ni siquiera

pueden justificar sus acciones alegando tener hambre o sed, sino que lo hacen por pura estupidez. Que alguien azote a una mujer por leer me parece despreciable; que otros piensen que está bien es todavía peor.

Seth lo fulminó con la mirada.

—Me pregunto qué le da el valor para comportarse de ese modo ante personas con un estatus superior el suyo.

—El hecho de que se pelean por invitarme a sus reuniones. —Le dedicó una sonrisa maliciosa—. Mi dinero, mis mentores, el apoyo de lord Leavenfield... —Se encogió de hombros—. Decida usted cuál es la razón. —Se levantó—. Y ahora, si me disculpa, debo retirarme.

Seth lo observó mientras se despedía de lord Levisham, quien había organizado aquella reunión.

—¡Qué grosero! —murmuró sin dejar de mirarlo.

—Y arrogante —dijo lord Hanslow a su lado.

No pudo hacer otra cosa más que asentir. John River era, sin lugar a dudas, el hombre más arrogante que había conocido en su vida.

Capítulo 2

La fiesta estaba en su apogeo cuando Skye vio aparecer a su prometido acompañado de sus dos hermanos. Al verlos, arrugó la nariz con disgusto. Su simple visión la enfurecía. Se suponía que su familia debía velar por sus intereses, no por los de aquel cretino de Malcom. Entendía que era su amigo, pero también debían pensar en ella, que llevaba años tratando de evitar aquel matrimonio. Por suerte, lord Tamworth estaba tan interesado en casarse como ella, o de otro modo no llevarían casi seis años comprometidos.

Siguió la dirección de la mirada de Malcom y se encontró con lady Radford, que había acudido a la fiesta sin su esposo, un septuagenario que, según decían las malas lenguas, estaba a las puertas de la muerte. Su prometido nunca se había caracterizado por ser demasiado listo y tampoco por ser discreto, así que su relación era un secreto a voces. Y no era que a ella le importase demasiado todo aquello, solo quería romper el compromiso y, si aquella mujer se convertía en la causa de la ruptura, entonces era feliz de que estuviesen juntos. Y que Dios la perdonase, incluso rezaba para que lord Radford pasase a mejor vida pronto.

Un pequeño tumulto a su derecha llamó su atención y se volvió para comprobar qué sucedía. Cuatro de las debutantes de aquella temporada miraban extasiadas hacia la puerta del jardín y no dejaban de proferir grititos de entusiasmo. Sus acompañantes las reprendieron, pero eran incapaces de escuchar nada, tan ensimismadas estaban en la visión del hombre rubio que acababa de entrar. John River era, en efecto, el hombre más extraordinario de la reunión. Cierto que había hombres más guapos, con rostros de proporciones perfectas, pero había algo especial en él, algo que llamaba la atención. Era un hombre elegante, aunque vestía con sencillez. Llevaba el cabello muy corto, como si quisiese mostrar la belleza de sus facciones al mundo sin que nada desviase la atención de estas. El rostro alargado y delgado poseía una simetría casi perfecta y, aunque la nariz larga y un poco torcida habría estropeado el conjunto en otro hombre, en él parecía encajar como una pieza perfecta, como si hubiese sido creada especialmente para él. Los ojos celestes eran tan grandes, que resultaba imposible no mirarlos. Los labios gruesos estaban curvados en una sonrisa llena de adoración que dedicaba a su acompañante, la condesa de Mersett. Su considerable estatura lo hacía destacar en cualquier reunión y su figura, que alguien había definido como «escultural» en alguna de las muchas fiestas en las que habían coincidido, lo alejaban mucho de la imagen que presentaban los hombres que lo rodeaban. En eso se parecía mucho a lord Mersett, su

mentor. Eran hombres que se ejercitaban con frecuencia, y eran tan atractivos que no necesitaban lucir joyas o adornos para destacar sobre los demás.

Skye pensó que, si bien aquellas jóvenes eran unas atolondradas, sus suspiros estaban más que justificados. Sus madres no estarían nada contentas de que sus retoños hubiesen puesto los ojos en alguien como él en lugar de en alguno de los objetivos de aquella temporada, pero, aunque las muchachas hiciesen aspavientos y derrochasen encanto, John River jamás las miraría. Todos sabían que jamás había mostrado interés por ninguna mujer y que la única a la que había invitado a bailar de forma voluntaria era a lady Mersett y, en las escasas ocasiones en las que había bailado con alguna dama, había sido con mujeres casadas a las que parecía conocer desde hacía mucho tiempo. Lady Margaret Ditton había sido la última. De cuando en cuando también lo había visto acompañar a lady Jane Turner, aunque debido a la amistad entre la familia Turner y los condes de Mersett, supuso que era normal.

John River le parecía muy atractivo, sí, pero su atractivo no radicaba solo en su aspecto físico, sino en su forma de pensar. Nunca había intercambiado con él más que algunas palabras de cortesía, pero había escuchado algunas de las conversaciones entre Malcom y sus hermanos y sabía que irritaba sobremanera a su grupo de amigos con su empeño en tratar a las mujeres como a sus iguales. La tarde anterior Seth había llegado a casa escandalizado porque había leído la obra de Mary Wollstonecraft por la que la habían castigado, e incluso se había atrevido a criticar que la hubiesen tratado de aquel modo por «una simple lectura», en palabras del mismo señor River.

Skye sabía que lord Mersett pensaba de un modo un tanto diferente respecto a todo lo referido a las mujeres, pero siempre había creído que era influencia de su esposa, de quien todos sabían que estaba vinculada con la Liga de las Mujeres, un grupo que pedía la igualdad entre hombres y mujeres, entre otras cosas. La condesa era una persona tan peculiar, que la buena sociedad todavía no aceptaba del todo sus extravagancias, aunque nadie se atrevía a darle la espalda, pues el apoyo de la condesa viuda de Landford, junto con la de su suegro, lord Leavenfield, además de la inmensa fortuna del matrimonio, hacía que todos temiesen enojarlos. Uno nunca sabía qué podría necesitar en el futuro.

Lady Sophia Scotford se acercó a ella y la tomó por el brazo con una sonrisa. A pesar de la diferencia de edad entre ellas, eran buenas amigas. En alguna ocasión había escuchado rumores sobre sus denodados intentos por casarse con lord Mersett, pero que este había huido a Gretna Green con su actual esposa para evitar un matrimonio con ella. Lo que Sophia le había contado era muy diferente: lord Mersett había organizado su matrimonio con lord Scotford, quien se había aprovechado de su inocencia y había tratado de librarse de las consecuencias de sus actos. Las continuas advertencias de su amiga sobre cuidarse de los hombres iban siempre acompañadas de un «no quieres acabar como yo». Y no, no quería hacerlo. De hecho, odiaría que sus días fuesen como los de ella. No se llevaba bien con su esposo, pero este no tenía el valor de enviarla a vivir al campo para deshacerse de la familia que no quería.

Muchas de las cosas que Sophia le había contado no eran adecuadas para una mujer que todavía

no había pasado por el altar, pero estaba tan aterrada ante la posibilidad de que cometiese algún error fatal, que se había sentido en la necesidad de hablarle de cosas de las que las madres no hablaban jamás a sus hijas. Por supuesto, no le había hablado de aquello que involucraba la intimidad que Skye sabía que debía darse entre esposos, pero sí del cuidado que debía tener con determinadas actitudes, de lo solitario que era el matrimonio, de la infelicidad y de otras cosas que preferiría no haber sabido, porque si sin saberlo veía su futuro con Malcom muy oscuro, desde que lo sabía lo veía negro como el carbón.

Su prometido y ella no se llevaban bien. Por decirlo de forma simple, no se soportaban. Y eso a pesar de que había sido él quien había dado el paso de pedir su mano antes incluso de cortejarla. Se conocían desde niños, casi habían crecido juntos debido a la amistad de este con su hermano mayor, y creía que eso era suficiente para que lo aceptase. Skye había intentado rechazarlo, pero no había conseguido evitar el compromiso. Sus padres habían aceptado su oferta encantados y, una vez aceptado, no hubo nada que pudiese hacer. Lo peor de todo era que el carácter de Malcom le parecía insufrible y, para colmo, debía fingir que era estúpida en su presencia. Como siempre estaban acompañados, se veía obligada a comportarse como él esperaba que lo hiciese, pero en más de una ocasión le habría arreado un pescozón por estúpido.

El hecho de que no sintiese afecto por ella era suficiente para no querer casarse con él. Pero que no la respetase hacía que se subiese por las paredes. Al principio la ninguneaba cada vez que hablaba. No importaba lo que dijese, siempre la trataba con condescendencia y rebatía sus argumentos con una actitud paternalista que la sacaba de quicio. Sin embargo, esperaba que ella le rindiese pleitesía a cada momento, que riese sus bromas sin gracia y que aceptase su palabra como si fuese un rey.

No lo soportaba. Ni a él, ni a los duques de Trevisham, que por haber traído al mundo a aquel... aquel... ser humano, lo trataban como si no existiese nada más valioso, sin pensar que los hijos de otros también eran valiosos para sus padres y le permitían pisotearlos sin piedad. Por suerte, había alguien a quien no podía colocar bajo su pie y ese era John River. No había nadie en Londres que no conociese la mala relación entre ellos y también que en sus disputas era el señor River quien salía victorioso. Además, este parecía divertirse molestando a un grupo determinado de nobles expresando sus ideas y haciéndoles ver que sus pensamientos eran absurdos, y ellos estúpidos. Su actitud arrogante no parecía casar con su situación, pero a Skye le gustaba.

—Si lo sigues mirando así, le harás un agujero en la cara —dijo Sophia siguiendo la dirección de su mirada—. No creo que a Tamworth le guste demasiado que mires de ese modo a su rival.

—Solo me preguntaba de dónde saca el valor para enfrentarse a los amigos de Malcom cuando ni siquiera ostenta un título. —Sonrió—. Otros en su lugar harían todo lo posible por formar parte de los círculos más selectos, pero él parece evitarlos.

—Por eso se ha convertido en una persona tan solicitada. No hay noble arruinado que no quiera casar a su hija con él. Es una lástima que no esté interesado en ninguna de las damas presentes. Sin duda hay padres que han hecho grandes esfuerzos para presentar a sus hijas en sociedad, y un

matrimonio con él sería muy ventajoso. A pesar de no tener título, tiene dinero y a los condes de Mersett a su lado. El hecho de que ellos mismos lo hayan introducido en sociedad es suficiente para que se haya convertido en una persona deseada en cualquier fiesta o reunión. Él sabe que tiene su apoyo y por eso actúa de una forma tan temeraria.

Skye sonrió.

—Supongo que lo que realmente molesta a Malcom y a mis hermanos es que sea un plebeyo quien los humilla.

Sophia se echó a reír y comenzó a caminar hacia la pista de baile. Skye se resistió, pero no pudo hacer nada para evitarlo. Siempre trataba de mantenerse alejada de las miradas de los demás, pero en aquella ocasión su amiga la había pillado desprevenida y acabó mostrándose frente a todos.

—Me pregunto si tras la pelea de ayer el señor River tendrá el valor de molestar más a tu prometido.

Skye se volvió hacia su amiga, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

Sophia se encogió de hombros y la arrastró hasta el lugar donde estaban los condes de Mersett y el señor River. Skye se sonrojó hasta la raíz del cabello al darse cuenta de sus intenciones. ¿Cómo se atrevía a exponerla de ese modo? Si sus padres la veían allí pondrían el grito en el cielo, y no quería ser golpeada de nuevo. Si su madre recurría a la fusta otra vez, no podría sentarse en un mes.

—Señor River —dijo Sophia tras charlar un rato con los condes—, tengo entendido que ayer causó un gran revuelo en la casa de lord Levisham.

John River sonrió y negó con la cabeza.

—No recuerdo haber hecho tal cosa.

—Sin embargo, se rumorea que ha defendido los derechos de las mujeres en una apasionada disertación.

John se echó a reír.

—Milady, los rumores son demasiado exagerados. He defendido aquello en lo que creo, pero ni fue una disertación, ni fue apasionada. Solo expuse mis pensamientos. Por desgracia, hubo quien no entendió mis argumentos.

Sophia sonrió, risueña.

—Reconozca que disfruta de la reacción de todos esos caballeros cada vez que habla sobre ese tema.

La sonrisa de John se tornó traviesa.

—No puedo negar lo evidente.

Sophia cambió de tema entonces y empezó a charlar con lady Mersett sobre las distintas parejas de baile y sus habilidades. Skye rezó en silencio para que no la mencionase a ella, pero lo hizo. Dijo con una mezcla de tristeza y compasión que nadie se atrevía a bailar con ella debido a lord

Tamworth, pues solía mirar de malos modos a los hombres que la invitaban a bailar, y expresó, no sin cierta dosis de dramatismo, su honda preocupación por ella, pues asistir a fiestas y no pisar la pista de baile era muy cruel.

Por supuesto, lady Mersett tomó el guante que Sophia le había arrojado y, tras mirar a su marido unos instantes, se volvió hacia el señor River. Este no necesitó ni una sola palabra para hacer el siguiente movimiento. Con mucha caballerosidad, le pidió que bailase con él. Aquello se iba a convertir en lo más comentado de la próxima semana y sin duda sería severamente castigada, pero no podía negarse. No frente a los condes de Mersett.

Capítulo 3

Se sentía mortificada. El señor River no mostraba ninguna emoción mientras la conducía al centro de la pista, pero Skye estaba convencida de que le molestaba el haber sido obligado a bailar con ella. Ciertamente, nadie lo había forzado de forma directa, pero en aquella situación no habría podido negarse ni aunque lo desease. Habría sido muy grosero por su parte despreciarla de aquella manera, del mismo modo que ella no había podido decir que no deseaba bailar con él.

No llevaban ni un minuto bailando, cuando ella le pisó un pie. Se sonrojó y le pidió disculpas. Él le restó importancia al asunto y siguió guiándola por la pista. Al quinto pisotón bajó la cabeza y la miró a los ojos unos instantes. El rostro de Skye estaba tan rojo como su cabello.

—Lo siento —dijo—. Debí advertirle de que soy una bailarina terrible.

Él suspiró con fingida resignación y sus ojos brillaron risueños.

—Deje de contar los pasos y sígame a mí.

Skye también suspiró y negó con la cabeza.

—Mi profesor de baile lo intentó de todas las formas habidas y por haber, pero no consiguió que diese más de dos pasos sin pisarlo.

El rostro del señor River se iluminó con una sonrisa.

—No es tan difícil, solo necesita mantener sus pies alejados de los de su compañero de baile. —Justo en ese momento lo pisó de nuevo y él ahogó una carcajada—. Levante la cabeza y míreme a mí. Así, muy bien. Ahora no aparte sus ojos de mi cara y trate de no pelear conmigo por el control del baile.

Skye lo miró horrorizada.

—¿Yo he hecho eso? —Él asintió, jocosamente—. ¡Lo siento!

—No se disculpe más y solo permita que sea yo quien la guíe. Me gustaría llegar con los dos pies sanos al final del baile. Relájese. Así, perfecto. Y ahora, deje que tome el mando, milady.

Skye no apartó la mirada de él, que a su vez miraba al frente. Descubrió que, efectivamente, si se relajaba y se dejaba llevar, podía llegar al final de un baile sin pisar a su compañero ni una sola vez. Al finalizar sonrió, orgullosa de sí misma, y él le devolvió la sonrisa. Luego miró a su alrededor buscando a su acompañante y la llevó hasta el lugar donde estaba su madre, que lo trató con tanto desdén, que Skye sintió la necesidad de disculparse, aunque fue incapaz de hacerlo. En ocasiones detestaba el comportamiento de la condesa, pues no le habría costado nada tratarlo con

cortesía. Ni siquiera tendría que haber sido amistosa, en aquella situación no era necesario.

Por suerte, el señor River no pareció ofendido ante su actitud, sino que la miró burlón y se retiró como si la displicencia de lady Ryedale no tuviese nada que ver con él, cosa que molestó más a la condesa, quien habría deseado ver algún tipo de reacción en él para ridiculizarlo frente a todos.

Skye sonrió para sus adentros, absolutamente regocijada por la actitud del señor River. Su madre nunca había sufrido tal desaire en su vida y menos cuando la otra persona ni siquiera había pretendido ser grosera y se había comportado con absoluta corrección. Mas lady Ryedale se había sentido tan agraviada como si la hubiese insultado.

—¿Estás contenta, Skye? —le preguntó cuando se recuperó del sofoco—. Mañana serás la comidilla de todas las conversaciones.

—Lo siento, no pude negarme.

Pero no lo lamentaba en absoluto. Había disfrutado de cada minuto que el señor River la había sostenido entre sus brazos, y estaba segura de que todas aquellas mujeres que al día siguiente hablasen sobre aquel baile, lo harían con mucha envidia. No podía negar que aquello la llenaba de una gran satisfacción. Por una vez la criticarían desde el resquemor que les producía no haber sido las elegidas, y no desde el desprecio.

Tras dejar a lady Skye con su madre, John regresó al lado de los condes de Mersett y, cuando ellos se retiraron, él también lo hizo. No tenía sentido quedarse en un lugar donde no le apetecía estar. De hecho, ni siquiera le gustaban las fiestas, pero asistía a algunas de cuando en cuando bien porque acompañaba a sus mentores, bien porque lord Leavenfield se lo pedía. Otras veces lo hacía porque algún amigo insistía mucho. Sin embargo, no le gustaba aquel ambiente, por eso trataba de pasar inadvertido, aunque no lo conseguía del todo. Y aquella noche, al bailar con la prometida de lord Tamworth, había desatado la maquinaria de los rumores tan bien engranada de Londres. No obstante, tenía que reconocer que no se arrepentía, pues lady Skye era una dama encantadora, y el hecho de que hubiese conseguido un ejemplar de la obra de Mary Wollstonecraft había mejorado considerablemente la imagen que tenía de ella, pues le hacía creer que, quizá, era una mujer que no estaba conforme con su vida, y no había nada que ablandase más su corazón que una mujer que luchaba contra las normas establecidas.

Probablemente en algún momento habían logrado controlar su rebeldía con castigos físicos, pero él sentía que bajo aquella pulida superficie se escondía una mujer que anhelaba libertad.

John no entendía por qué su familia insistía en casarla con alguien como Tamworth, pues no era un hombre al que alguien deseara entregarle a su hija. Era tan estúpido, que no hacía nada para ocultar su interés en lady Radford, hasta el punto de que todo el mundo conocía su relación. Cierto que en público eran discretos, pero la forma en que la miraba, devorándola con los ojos, y el

modo en que la rondaba en cada fiesta a la que asistían, dejaba muy claro que su interés no estaba en su prometida. Eso sin contar con el hecho de que lady Skye llevaba seis años esperando por una boda que quizá nunca llegaría a celebrarse. Las malas lenguas decían que el único interés de Tamworth eran los bienes que lady Skye Brangwen heredaría de su tía cuando esta falleciese y, como esta había manifestado su desagrado hacia el hijo de los duques de Trevisham, estaba esperando a que falleciese, porque si bien lady Skye heredaría el título y las propiedades adscritas a este, la fortuna personal de la condesa de Blackwood era lo bastante interesante como para posponer su boda los años que fuesen necesarios. Lady Ailsa Doughall había enviudado antes de tener hijos y no había mostrado interés alguno en casarse de nuevo, así que todo el mundo pensaba que, tal y como había hecho la abuela de lady Skye, también le dejaría todo lo que poseía a ella. Solo un loco desaprovecharía tal oportunidad. Incluso él se lanzaría de cabeza sin dudar si se le presentase la oportunidad de casarse con alguien así.

Pero la valía de lady Skye no podía medirse solo por su dinero, pues además era una mujer hermosa. No podía valorar su inteligencia ni cualquiera de sus otras virtudes ya que no la conocía lo suficiente como para poder hacerlo, pero sí su belleza.

Cuando era niño y trabajaba en la Escuela para Señoritas de lady Acton, había una alumna pelirroja con los ojos del mismo color que el césped que rodeaba la escuela, que le había robado más de un suspiro. No era especialmente hermosa y tampoco destacaba en nada, pero su cabello era un deleite para sus sentidos. Todas eran rubias, morenas o tenían el cabello castaño, pero ella destacaba entre el grupo porque era diferente. Todavía podía recordar su cortesía cuando la ayudaba a hacer cualquier cosa, o lo amable que se mostraba cuando le pedía que llevase el correo al pueblo. Era todo cortesía, sí, pero tenía un carácter explosivo, y a él le encantaba verla enfadada con sus compañeras cuando le gastaban una broma de mal gusto. Los ojos brillaban llenos de promesas de venganza y el rostro pálido se sonrojaba hasta rivalizar con el color de su cabello. En ese momento olvidaba que era una Dama Selecta y mostraba su verdadero ser.

De todas las alumnas que había visto pasar por Minstrel House, aquella era su favorita.

Al recordarla, no pudo evitar preguntarse si lady Skye también tendría un carácter similar. Decían que las mujeres escocesas eran temperamentales y, si bien ella no era escocesa, su abuela materna sí y, por lo que sabía, lady Blackwood había heredado su carácter. John esperaba que lady Skye también, pues eso significaría que solo sería cuestión de tiempo que tomase las riendas de su vida. Claro, si conseguía mantener a Tamworth a raya. No iba a ser fácil para ella deshacerse del compromiso, aunque deseara hacerlo, de eso estaba seguro.

—¿Qué vas a hacer?

John se volvió hacia lord Mersett, sorprendido. No había escuchado ni una sola palabra de lo que habían dicho durante todo el viaje. Tendría que haber prestado atención a la conversación de los condes, en lugar de pensar en una mujer con la que no volvería hablar en su vida.

—¿Perdón?

Los ojos de lord Mersett se iluminaron con un brillo que no supo identificar, pero que le puso el

vello de punta. Sabía que estaba a punto de caer en una trampa, pero no pudo evitar caminar directo hacia ella.

—Te preguntaba si vendrás o no.

—Sí, claro, iré a donde ustedes vayan.

—¿Seguro? —preguntó lady Mersett con una sonrisa que no auguraba nada bueno.

«No, no estoy seguro de nada», pensó, «tengo miedo de ir directo al infierno si respondo que sí».

—Por supuesto, milady.

Se maldijo a sí mismo en cuanto aquellas tres palabras salieron de su boca, pero ya era demasiado tarde.

—¡Es maravilloso! Entonces prepara tu equipaje, mañana por la tarde nos marchamos.

John miró a lady Mersett, horrorizado.

—¿Perdón?

Ella le lanzó una mirada inocente que lo llenó de una horrible congoja.

—Dijiste que vendrías con nosotros, que irás a donde nosotros vayamos.

John, confuso, asintió.

—Dije eso, pero...

—Pues mañana nos vamos —respondió lord Mersett—. ¿O necesitas más tiempo para hacer el equipaje?

—No, pero... —Dudó—. ¿No debería saber al menos a dónde vamos?

Los condes se echaron a reír y la condesa lo tomó del brazo para conducirlo hacia la casa.

—Querido Johnny, deberías escuchar a tus mayores cuando hablan —le reprochó lady Mersett, risueña—. ¿En qué estabas pensando mientras hacíamos planes para el viaje?

Las mejillas de John ardieron a causa de la vergüenza.

—Reconozco no haber prestado toda la atención que debiera, pero...

—Entonces sabes que has hecho mal —bromeó lord Mersett—. Debería darte un tirón de orejas por tu mal comportamiento.

John lo miró turbado.

—Lo siento, milord. Yo...

Lord Mersett se echó a reír y le rodeó los hombros con un brazo.

—Solo bromeamos, Johnny. Parece mentira que después de diez años todavía no sepas cuándo bromeamos y cuándo hablamos en serio. —Lo estrechó contra su cuerpo en un gesto afectuoso que le arrancó una sonrisa. Solía hacer aquello cuando era más joven para darle consuelo—. No necesitas caminar a nuestro alrededor como si fueses pisando cáscaras de huevo, deberías saberlo ya.

—No puedo evitarlo. —Miró a lady Mersett y luego al conde—. Lo siento.

La condesa le acarició una mejilla y sonrió.

—Deja de disculparte. Somos familia, y entre nosotros las disculpas sobran. Ve a descansar,

mañana nos espera un largo viaje.

John carraspeó, incómodo. No sabía cómo preguntar aquello, pero debía hacerlo.

—Entonces... ¿A dónde vamos?

Lord Mersett lo miró unos instantes, luego a su esposa, con quien intercambió una mirada que no supo interpretar, y de nuevo lo miró a él.

—A Minstrel Valley.

John lo miró horrorizado. ¿Minstrel Valley? No, no podía volver allí.

—No puedo...

—Johnny —le interrumpió lady Mersett—, deberías saldar cuentas con tu pasado para tener un nuevo comienzo. Ya no eres el niño que se marchó del pueblo, sino un hombre que ha sabido aprovechar todas las oportunidades que se han presentado ante él para conseguir el éxito del que ahora disfruta. Lo único que te impide seguir avanzando es el Johnny que dejaste atrás. ¿No crees que ya es hora de que lo enfrentes?

John dudó. No estaba seguro de que pudiese hacerlo, buena parte de los recuerdos que tenía de Minstrel Valley eran tan terribles, que no se sentía con fuerzas para hacerlo. No en aquel momento...

No, de hecho, estaba seguro de que no estaría preparado jamás.

—No estás solo —dijo lord Mersett—. Ahora tienes una familia que estará contigo cada vez que enfrentes un momento difícil.

John lo miró con la angustia que sentía reflejada en la mirada. Luego miró a lady Mersett, que lo observaba con atención. Al ver que dudaba, le tomó una mano entre las suyas y la apretó con afecto.

—No soltaremos tu mano, te lo prometo.

Capítulo 4

No había sido fácil para él salir de Minstrel Valley, quizá por eso el pensar en regresar le resultaba igual de difícil. Durante diez años había evitado enfrentarse a su pasado porque creía que, si lo ignoraba, podría convertirse en un hombre nuevo. Sin embargo, había descubierto que si no se reconciliaba con aquella parte de sí mismo seguiría sintiéndose como un advenedizo. Era cierto que nadie lo hacía sentir de ese modo, que los condes lo trataban como si fuese parte de su familia e incluso Aaron Wadlow, con quien había vivido hasta que este había decidido regresar a China, lo había tratado con el mismo afecto con el que lo hacían sus benefactores. Lord Leavenfield, por su parte, había demostrado tener un corazón tan generoso como el de su hijo, pues lo trataba como si de un nieto se tratase. Y era ese trato familiar lo que le había abierto las puertas de la alta sociedad. Mas, a pesar de todo, seguía sintiéndose como alguien que se había aprovechado de la generosidad de otros para medrar, aunque sabía que aquellos sentimientos no eran más que el resultado de no haber logrado reconciliarse con el muchacho que era al abandonar el pueblo que lo había visto crecer.

Mientras vivía allí, estaba tan ocupado buscando la forma de ganarse el pan, que nunca se había planteado cuan miserable era su vida. Por supuesto, había añorado el calor de una familia, pero se sentía bastante satisfecho con la forma en que iban las cosas para él. Sin embargo, las palabras que Deirdre le había dicho frente a la estatua de la dama y el juglar habían destrozado cualquier sueño que hubiese podido tener y lo habían enfrentado a la realidad de su situación. En ese momento había descubierto el verdadero poder de las palabras y se había odiado a sí mismo hasta un punto de no retorno.

¿Por qué tenía que ser huérfano? ¿Qué había en él tan terrible para que lo hubiesen abandonado? ¿Por qué no lo quería nadie? ¿Por qué había venido al mundo? Se había bombardeado a sí mismo con infinidad de preguntas para las que no tenía respuesta y había empezado a sentir tal rechazo hacia sí mismo y hacia su vida, que la única opción que le había quedado había sido aceptar la generosidad de lord Mersett y empezar una nueva vida. Una de la que se sentía muy orgulloso, pero que todavía se veía empañada por el odio que sentía hacia aquel niño al que todos llamaban Johnny.

Lo primero que había hecho al llegar a Londres, había sido impedir que lo siguiesen llamando de aquel modo. Por supuesto, lord Leavenfield y los condes de Mersett podían llamarlo como

quisieran, pues cuando ellos decían su nombre con tanto afecto, no sonaba tan mal. Por alguna razón había pensado que, si todo el mundo lo llamaba John, lograría romper con aquella parte de su pasado que tanto le disgustaba. Había sido una estupidez, pues la distancia que había puesto entre Johnny y John no había logrado que se desvinculase del todo de aquel niño lamentable.

Quizá por eso había regresado al pueblo con los condes. No estaba del todo seguro de por qué estaba allí, a pesar de que lord Mersett le había dado la oportunidad de quedarse en Londres y él la había rechazado. Y ahora, instalado en un dormitorio con vistas al lago, pensaba que, tal vez, se había equivocado al aceptar aquel viaje.

—¡Tío Johnny!

El grito del niño que acababa de irrumpir en su cuarto le arrancó una sonrisa. Tampoco sonaba tan mal su nombre en boca de los hijos del conde. Abrió los brazos para recibirlo y se fundió en un gran abrazo con él.

—¡Tío Johnny!

Las gemelas Harmony y Helena se unieron a Jasper en aquel gran abrazo. Un poco más alejado, Andrew contemplaba la escena, como si temiese hacer algo que no debía. John le hizo un gesto con la mano para que se uniese a ellos y, tras dudar unos instantes, corrió a abrazarlo. Los ojos de John se llenaron de lágrimas ante el efusivo recibimiento. Adoraba a aquellos niños, a quienes casi había visto crecer. Eran como los hermanos que nunca había tenido y no podía evitar emocionarse cada vez que los tenía cerca. Para alguien que había crecido solo, tener a aquellos niños consigo era como tener una verdadera familia. Y, en el fondo, sentía a los condes de Mersett como a sus verdaderos padres, aunque no podía evitar sentir la necesidad de tener una familia propia, pues tenía la sensación de estar robando algo que no le pertenecía.

—¡Niños! —Lady Mersett apareció en la puerta y miró a John con expresión de disculpa—. Lo siento, cuando supieron que estabas aquí no pude detenerlos. ¡Venga, dejad descansar a Johnny! Ya tendréis tiempo de jugar con él.

John se secó las lágrimas y negó con la cabeza.

—Está bien, milady, yo también estoy feliz de verlos.

Lady Mersett sonrió y entró en la habitación. Miró a sus hijos, que se negaban a soltar a John, y luego lo miró a él y, durante unos instantes, sostuvo su mirada llorosa.

—No sabes lo feliz que me hace tener a mis cinco niños juntos.

Y, sin más, abandonó la habitación, dejándolos solos, mas, a pesar de sus intentos para ocultar sus propias lágrimas, John pudo verlas y su emoción fue en aumento. Se sintió desconcertado por sus palabras y, al mismo tiempo, conmovido. Sin embargo, los niños no le dieron la oportunidad de pensar mucho en ello, pues reclamaron su atención de inmediato. Y él, feliz por primera vez en mucho tiempo, se dejó llevar por ellos.

Tal y como había esperado, probablemente no podría sentarse cómodamente en un mes. Pero, por primera vez en su vida, no lamentaba la decisión que había tomado. Solo había sido un baile, pero la había llenado de un gran coraje. Su abuela solía decir que los grandes cambios podían producirse por pequeñas cosas, y Skye estaba segura de que aquel vals sería el principio de ese cambio, porque si bien había descubierto que no era una gran bailarina, no tenía por qué esconderse para que nadie la invitase a bailar, pues podía hacerlo sin pisar a su compañero, siempre y cuando este fuese capaz de adaptarse a ella o guiarla para evitar que cometiese errores. Eso la había convencido de que podría hacer cualquier otra cosa en su vida, siempre que encontrase el valor necesario para no dejarse arrastrar por su familia.

El único problema que encontraba era la existencia de Malcom. Si el maldito conde de Tamworth no estuviese, su vida sería mucho más tranquila. Había sido debido a sus quejas que había sido castigada de aquel modo. Si él no hubiese insistido en que debía ser disciplinada de forma contundente, el asunto del baile con el señor River se habría saldado con una severa reprimenda por parte de su padre, pues no era alguien con quien ella debiese bailar. No estaba a su altura. Y, para colmo, había humillado a su prometido y a sus hermanos en infinidad de ocasiones. A ella no le importaba en absoluto lo que hubiese hecho, pues estaba convencida de que, si los había avergonzado de algún modo, era porque se lo merecían. En su opinión, eran tres borregos incapaces de hacer nada sin apoyarse los unos en los otros. Si un solo hombre era capaz de ponerlos en su lugar, entonces merecía ser felicitado.

Colocó un mullido cojín en una silla y se sentó en él con un quejido. Sophia, que había observado todo el proceso, frunció el ceño.

—Si Tamworth exige que corrijan lo que no le gusta de ti de este modo, no me quiero imaginar lo que hará cuando estéis casados. —Skye la miró sin comprender y Sophia sacudió la cabeza, dando a entender que no importaba—. Traigo noticias. ¿Cuál quieres primero? ¿La buena o la mala?

Skye sonrió.

—¿No se suele pedir la mala primero para que la buena amortigüe el golpe?

—Es cierto... —Sophia se quitó una pelusa imaginaria de la falda, haciéndose de rogar—. Entonces será la mala primero. —Alzó la mirada y sonrió, maliciosa—. El señor River se marchó de Londres ayer por la tarde.

Skye la miró sin comprender.

—¿Y en qué me afecta eso a mí?

—Querida, deja que te diga la buena noticia antes de atosigarme a preguntas. —Skye asintió e hizo un gesto con la mano para animarla a continuar—. La buena noticia es que está muy cerca de aquí: en Minstrel Valley.

—Sigo sin entender el porqué de que consideres que el hecho de que se haya marchado a Minstrel Valley puede afectarme de alguna manera.

Sophia suspiró y la miró como si estuviese hablando con una muchacha obtusa incapaz de

comprender nada de lo que se le estaba diciendo.

—¿No me has dicho que quieres que Tamworth rompa el compromiso porque si intentas hacerlo tú no te dejará en paz? —Skye asintió—. Las dos sabemos que, hagas lo que hagas, no te dejará marchar. Eres como un objeto que quiere poseer, pero que no le interesa en absoluto.

—Lo sé.

—Y tú no quieres vivir de ese modo.

—No.

Sophia sonrió de nuevo, esta vez llena de una emoción que hizo estremecer a Skye.

—Eres consciente de que, si tratas de romper el compromiso, él hará todo lo posible por atarte, ¿verdad? —Skye asintió—. También eres consciente de que no tienes escapatoria, ¿no?

Skye la miró con impaciencia.

—¿No hemos hablado de esto en infinidad de ocasiones? Ya sabes que sí, que soy plenamente consciente de mi situación. Deja de dar vueltas y ve directa al asunto.

—Cásate con el señor River.

Skye la miró horrorizada.

—¿Qué?

—Que te cases con el señor River.

Skye sintió que la mandíbula le caía al suelo al tiempo que trataba de asimilar las palabras que acababa de escuchar. Sophia la miraba, expectante. Tardó unos cinco minutos en recuperar la compostura.

—Estás loca —dijo con el absoluto convencimiento de que así era—. ¿De verdad me estás diciendo que me case con un hombre al que no conozco?

—De ahí que la buena noticia sea que pasará un tiempo en Minstrel Valley. ¿No vive allí lady Blackwood? —Skye asintió—. Entonces es perfecto. Escribe a tu tía pidiéndole que te invite a pasar un par de meses con ella y...

Skye alzó una mano para silenciarla y sacudió la cabeza.

—En primer lugar, si hago eso mi madre se volverá loca. Y, en segundo lugar, ¿has pensado en el señor River? Algo tendrá que decir a esto, estoy segura. Aun suponiendo que yo estuviese interesada, que no es así, sabes tan bien como yo que él nunca ha mostrado interés en ninguna dama de la alta sociedad.

Sophia asintió.

—He pensado en todos los detalles. Escribiré a tu tía, le hablaré sobre nuestros planes y estoy segura de que estará encantada de colaborar. A ella le gusta Tamworth tanto como a mí. —Puso los ojos en blanco—. De acuerdo, es una locura, pero anoche no podía dejar de pensar en todo eso. Piensa, Skye, es un hombre que siempre te respetará y escuchará lo que tienes que decir. Estoy segura de que jamás pediría que corrigiesen tu actitud con golpes. —Se inclinó hacia delante y Skye vio que los ojos azules brillaban de rabia—. No quiero que sufras lo que yo tengo que sufrir. Este padecimiento será para toda la vida. Piensa, Skye, en cómo trata tu padre a tu

madre, piensa en cómo me trata mi esposo a mí. ¿Has visto la forma en la que lord Mersett trata a su esposa? —Skye asintió—. El señor River te trataría igual. ¿Cómo crees que se comportará Tamworth cuando estéis casados?

Skye se estremeció.

—Aun así, es una locura. Y él...

—Él es un hombre sensato, sabe que eres un buen partido.

—¡Entonces se casará conmigo por mi dinero!

Sophia asintió, como si fuese lo más normal del mundo.

—Cierto. Pero tú también te casarías con él por conveniencia. Si tienes suerte, os enamorareis después de casados y, si no es así, al menos serás tratada con respeto y cuidado, que es mucho más de lo que tenemos las demás.

Skye negó con la cabeza.

—Es una locura, Sophia. ¿Cómo puedes pensar en algo así?

En ese momento, la puerta se abrió y entró lady Ryedale, que miró a Sophia con disgusto.

—Piensa en ello, Skye.

Pero Skye no quería pensar en algo así. Era una locura. Una auténtica locura.

Capítulo 5

Durante tres días no pudo pensar en otra cosa que no fuese la alocada idea de Sophia. Por más que intentó sacarse el asunto de la cabeza, no fue capaz de hacerlo. Era consciente de que era una locura destinada al fracaso, pero no podía evitar pensar que, quizá, podría ser una solución a su situación. Luego pensaba que iría de un problema a otro. Su deseo era deshacerse de su prometido para poder elegir libremente al hombre con el que se casaría, pero no podía olvidar que, en cuanto hablase sobre romper el compromiso, las cosas se complicarían mucho para ella. Su familia no permitiría que lo hiciese, por más que él llevase casi seis años evitando el matrimonio. Malcom, por supuesto, no consentiría que lo ofendiese de ese modo. Él podía mantener una relación con otra mujer de forma más o menos pública, pero si ella lo humillase dándole la espalda, la arrastraría al altar usando la influencia que lady Trevisham tenía sobre su madre y la que él mismo ejercía sobre sus hermanos. La única opción posible sería casarse con otro hombre, pero, tal y como le había dicho Sophia, solo podría hacerlo en Gretna Green para evitar que su familia impidiese el enlace.

Mas, a pesar de que la idea de librarse de Malcom la atraía poderosamente, el pensar en el señor River la llenaba de congoja. Aun suponiendo que él accediese a embarcarse en aquella locura —porque ella jamás lo engañaría como había propuesto Sophia—, no sabía nada sobre él y temía que todo lo que le gustaba de su persona no fuese más que una falacia.

La otra opción que le había dado su amiga era abandonar el país, pero aquello le daba más miedo todavía que un matrimonio de conveniencia con el señor River.

Por otro lado, debía contar también con la opinión de la otra parte. Podía proponerle el asunto, por supuesto, pero nada garantizaba que no la mirase como si fuese una tarada o, lo que era peor, que la tratase como a una casquivana. No debía olvidar que no tenía un especial apego por su familia.

—Por eso debes ir a Minstrel Valley —le había dicho Sophia aquella misma tarde—. Tienes que tantear el terreno y averiguar si tienes alguna posibilidad.

Sin embargo, no tenía ni idea de cómo averiguar algo así. No sabía nada sobre el sexo opuesto porque no había tenido la posibilidad de relacionarse con otros hombres que no fuesen su padre, sus hermanos y Malcom. Los tres últimos se habían encargado de espantar a cualquiera que hubiese mostrado el más mínimo interés en ella.

Así que, teniendo en cuenta su falta de experiencia y torpeza, Sophia había tomado una decisión que, según ella, sería de gran ayuda para su causa: la acompañaría a Minstrel Valley. ¿La excusa? Buscar la paz que solo el campo podría proporcionarle y, además, haría de carabina, lo que le permitiría estudiar al señor River.

Aquella era una locura abocada al desastre, pero al menos vio un rayo de luz al otro lado de la oscuridad que rodeaba su vida presente y futura.

Casi una semana después, lady Ryedale recibió una carta de su hermana pidiendo que le enviase a Skye, pues estaba tan enferma que la necesitaba allí. Al fin y al cabo, era su heredera. También decía que no necesitaba enviar a nadie con ella, pues había invitado a lady Scotford y podían viajar juntas. Si su madre sospechó que las tres tramaban algo, no dijo nada, pero no parecía nada feliz de enviarla a Minstrel Valley, mas lady Ailsa era su hermana mayor y Skye heredaría su título y todos los bienes adscritos a este, además de los no relacionados con él que poseía, así que no quería molestarla hasta el punto de que desheredase a su hija. Los duques de Trevisham contaban con aquel dinero también y no quería decepcionarlos.

Skye odiaba profundamente el sometimiento de su madre a los duques, pero en aquella ocasión lo agradeció, pues de otro modo no le habría permitido hacer aquel viaje.

Tres semanas después de que Sophia hubiese urdido aquel alocado plan, las dos se encontraban en Blackwood Manor, el hogar de su tía. Skye no se podía creer que aquellas dos mujeres hubiesen puesto en marcha todo aquello en tan poco tiempo, así que, decidida a recompensar sus esfuerzos, se dijo que no podía fracasar. Se casaría con el señor River costase lo que costase.

—¿Hay invitados? —preguntó lord Mersett lanzando una de las manzanas que llevaba en las manos a John, que la cogió al vuelo—. He visto mucho movimiento en la cocina.

Lady Mersett terminó de limpiar la cara de su hijo mediano y, tras fruncirle el ceño al niño, se volvió hacia su esposo.

—Lady Blackwood vendrá a almorzar con su sobrina y una invitada más. —Lanzó una mirada de reojo a John de la que este no se percató, pero su esposo sí, y la miró con desconfianza—. Había hecho planes con ella, así que no podía dejar fuera a sus invitadas.

—Por supuesto que no podías —respondió su esposo con sorna—, habría sido muy descortés.

Ella le dedicó una mueca de fastidio y este contuvo una sonrisa. Podía leer en su esposa como en un libro abierto. Por suerte, John estaba demasiado ocupado escuchando la aventura de Jasper en el estanque y no pudo ver el intercambio de muecas de los condes. De haberlas visto, habría huido de Minstrel Valley a la carrera.

John todavía no había reunido el valor de abandonar Landford House para visitar los alrededores. A lo sumo paseaba por la orilla del lago con lady Mersett o jugaba en el jardín con los niños, pero era incapaz de pasar del camino que conducía al pueblo. Lord Mersett le había dicho a su esposa que debían darle tiempo, pero ella estaba preocupada por él. Si no conseguía deshacerse del lastre que cargaba, nunca sería capaz de tener una vida plena y, en su opinión, no había nada más lamentable que una persona incapaz de romper con su pasado. Ella lo sabía bien.

Jasper se llevó a John fuera del salón y lord Mersett dio un buen mordisco a la manzana, aunque la repentina aparición de Killia buscando su ración diaria de fruta le impidió disfrutarlo. No tenía corazón para negarle nada a una perra anciana, y la muy ladina lo sabía y se aprovechaba de ello.

—¿Qué estás planeando, Daphne? Las continuas visitas que intercambiáis lady Blackwood y tú no solo me resultan sospechosas, sino que además me producen escalofríos. —Fingió un estremecimiento—. Me da miedo lo que sea que tenéis en la cabeza.

Daphne sonrió y dio un mordisco a la manzana de su marido, que la miró con fastidio. Compartir la comida con una perra y una esposa no era algo que le agradase demasiado.

—No estamos planeando nada. Lady Blackwood me ha dicho que le gustaría que su sobrina y Johnny se conozcan, pues le parece un esposo adecuado para ella.

—La única sobrina de lady Blackwood es lady Skye Brangwen y ella ya está comprometida.

Daphne se encogió de hombros.

—Los compromisos pueden romperse, cariño.

—*Yuhuan*...

—Tú sabes tan bien como yo que Johnny quiere casarse y formar una familia. Lady Skye me parece una mujer encantadora que ha tenido la mala suerte de tropezarse con lord Tamworth. —Se estremeció—. Creo que haría buena pareja con John.

—¿Y en qué te basas para decir eso?

Daphne suspiró con fastidio.

—En lo mismo en lo que me basé para confiar en ti en el barco que nos trajo a Inglaterra: intuición. Y no fue tan mal, ¿verdad?

Derek puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Johnny nunca estará de acuerdo con esto.

Ella lo miró, socarrona.

—¡Oh, yo creo que sí!

—De nuevo me veo en la obligación de preguntarte en qué te basas.

—En que aceptó bailar con lady Skye, cuando nunca ha tenido reparo en rechazar a otras jóvenes.

La expresión de lord Mersett se iluminó al escucharla.

—¿Crees que le gusta?

—Creo que no le desagrada.

Los dos se sonrieron. Su mayor deseo era ver a John feliz y, si podían allanarle el camino, lo

harían sin dudar.

Jasper arrastró a John al jardín, donde escenificó su aparatosa caída al profundo estanque y lo valiente que había sido al no asustarse y salir por su propio pie sin llamar a su madre. Porque si había alguien en quien el niño se apoyaba, esa era lady Mersett. No tenía buena relación con su padre porque este era demasiado exigente con él, tal vez porque, como decía la condesa, se parecía demasiado al Guang Xi que había abandonado China con un padre al que no conocía y con el miedo instalado en los huesos.

Andrew, en cambio, era un muchacho trabajador que prefería estudiar a pasarse las horas en el jardín jugando. Era, sin lugar a dudas, el orgullo de su padre, a pesar de que el niño trataba de seguir los pasos de lord Leavenfield y se podía ver en él la misma apostura que en su abuelo. A John le habría gustado que fuese un poco menos rígido y se dejase arrastrar a las travesuras de Jasper de cuando en cuando. Solo tenía nueve años, después de todo. Jasper, con siete años, era mucho más temerario que su hermano.

Las gemelas Helena y Harmony eran totalmente opuestas a su madre. John no sabía de dónde habían sacado toda aquella cursilería de la que hacían gala, pero estaba convencido de que lady Mersett jamás había sido así. Ni siquiera cuando tenía cuatro años, la edad de sus hijas. De hecho, el día anterior había encontrado una rana en el cuarto de las niñas y la había atrapado con sus propias manos y, con ellas, la había metido en una cesta cerrada y había obligado a Jasper a llevarla al lugar donde la había encontrado para liberarla. Lo había acompañado para comprobar que hacía lo que debía. Luego lo había castigado sin cena. No solo había asustado a sus hermanas, sino que además había torturado a un animal al sacarlo de su hogar solo para disfrutar con la reacción de las niñas, y las dos cosas le parecían imperdonables.

John admiraba a lady Mersett tanto como su hijo. Le habría gustado tener una madre así, valiente y decidida. También un poco aterradora en ocasiones, pero tierna cuando necesitaba serlo. Todavía podía recordar la forma en que lo había cuidado durante el único resfriado que había tenido en su vida. No se había separado de él hasta que se había recuperado del todo, y sus cartas se habían llenado de palabras cariñosas y regaños que le había visto dedicarles a sus hijos. El día anterior incluso le había quitado una mancha de barro que tenía en la mejilla con su propio pañuelo. Se había sentido un poco avergonzado, no podía negarlo, pero como nadie había hecho aquello por él nunca, también se había sentido conmovido, pues no hacía diferenciaciones entre él y sus hijos.

Pero, a pesar de todo, seguía sintiéndose como un ladrón.

—Tío Johnny, ¿cuándo te vas a casar?

John parpadeó, sorprendido, y miró a Jasper con incredulidad.

—Ni siquiera tengo con quién hacerlo, espera a que encuentre a alguien para hacerme esa

pregunta.

Jasper sonrió.

—Pero lady Blackwood le dijo a mamá que le gustaría que te casases con su sobrina. Lo escuché cuando estaba jugando allí. —Señaló la ventana de la biblioteca. Sin duda quería decir que había estado cotilleando bajo la ventana, como hacía siempre—. Lady Blackwood dijo que su sobrina tiene mucho dinero y que nunca te faltará nada.

John carraspeó, incómodo.

—¿Y qué dijo lady Mersett?

El niño se encogió de hombros, dando a entender que no lo sabía, y enseguida dejó de prestarle atención, pues otra cosa lo había distraído.

—¡Tiene el pelo rojo! ¡Qué bonito! ¿Has visto, tío Johnny? Nunca había visto un cabello tan bonito en toda mi vida. Mi esposa tendrá el cabello igual o no me casaré.

John siguió la dirección de su mirada y se encontró con los ojos de lady Skye Brangwen clavados en él. Se volvió hacia Jasper.

—¿Qué le dijo tu madre a lady Blackwood?

—Que estaba de acuerdo con tu matrimonio con su sobrina si tú querías casarte con ella, pero que no te obl... opli... o... ob... —lo miró, desesperado.

—Obligaría.

Los ojos del niño brillaron al escuchar la respuesta que esperaba.

—¡Eso! Que no te obligaría a hacer nada que no quisieras hacer.

—¿Dijeron el nombre de la sobrina de lady Blackwood? —Jasper asintió y John lo miró con impaciencia—. ¿Cuál es?

—Algo que empezaba por ese. Es muy corto. —El niño pensó unos segundos—. ¿Skye?

—¿Skye? —Jasper asintió de nuevo—. ¿Lady Skye Brangwen?

—¡Eso!

John se dejó caer en el suelo y resopló con fastidio.

Había sido atrapado en una trampa de la que le costaría salir. Se volvió hacia lady Skye y frunció el ceño. Estaba seguro de que ella no era ajena a los tejemanejes de su tía, pero no tenía idea de por qué había puesto sus ojos en él.

«Tendré que averiguarlo», pensó, resignado.

No se dejaría manipular por nadie, ya fuese lady Mersett o lady Skye.

Capítulo 6

El valor de Skye empezó a tambalearse en cuanto vio al señor River. Una cosa era pensar en hacer algo, y otra muy diferente hacerlo. Mientras hacía planes con Sophia, había dudado. Ahora que tenía a aquel hombre frente a sí, rechazaba la idea de casarse con él. Y no porque no le pareciese mejor opción que Malcom, sino porque tenía muy claro que aquella no era la forma correcta de hacer las cosas. No podía arrastrar a una persona inocente a un plan tan absurdo. Sumergirse en aquella locura le había permitido huir de su casa y de los paseos obligados con Malcom, de las fiestas interminables y de las regañinas de su madre, pero en el fondo siempre había sabido que no tendría que haber prestado atención a nada de aquello. No era justo para el señor River, que ni siquiera había hecho nada para convertirse en el centro de aquel plan. Por suerte, todavía estaba a tiempo de rectificar.

Justo cuando lady Mersett salía de la casa a recibirlas, el señor River se acercó a ellas con un niño de la mano. Los rasgos del pequeño, tan similares a los de lord Mersett, no dejaba lugar a dudas sobre quién era. El niño, a quien presentaron como Jasper, miraba a Skye fascinado. Al parecer, el color de su cabello le parecía el más bonito del mundo. Era la primera vez que le decían que ser pelirroja la convertía en la mujer más bonita del mundo, por detrás de lady Mersett, por supuesto. También fue la primera vez que escuchó reír al señor River y, extrañamente, deseó escucharlo más veces. Muchas más. Le gustaba el sonido de su risa y también el modo en que se iluminaba su rostro al reír.

Se regañó para sus adentros. Lo que menos necesitaba en aquel momento era quedarse embobada mirando su sonrisa o la forma en que brillaban sus ojos al mirar al hijo de los condes de Mersett. Si Sophia la veía mirarlo de aquel modo, no le permitiría echarse atrás.

Lady Mersett las condujo a una sala decorada en tonos ámbar. Era obvio que había sido redecorada recientemente, pues los muebles eran nuevos, igual que las cortinas y el papel de las paredes. Le sorprendió mucho el estilo con el que había decorado la casa, pues era como su matrimonio: el equilibrio perfecto entre Oriente y Occidente. La condesa les dijo que aquel era su lugar favorito y que, cuando se encerraba allí, nadie la molestaba. Era su espacio, el lugar donde pasaba tiempo a solas. También, al parecer, la habitación donde se había decidido el futuro de lord Mersett antes de que él tuviese idea siquiera de lo que ella deseaba. No entró en detalles, pero Skye intuyó que había una historia interesante tras sus palabras. Le habría gustado conocerla,

pero habría sido una descortesía hacerle preguntas.

El señor River no las acompañó a aquel salón que, al parecer, lady Mersett usaba no solo para disfrutar de tiempo a solas, sino que también lo destinaba a recibir a cualquier visita femenina. En cambio, subió al cuarto de los niños con Jasper, quien no dejaba de mirar hacia atrás para admirar a Skye.

—Le pido disculpas por la actitud de mi hijo —dijo lady Mersett sonriendo.

Skye negó con la cabeza y sonrió.

—No importa. Supongo que no abundan los pelirrojos en Minstrel Valley.

—La verdad es que no —dijo la condesa sin dejar de sonreír—. Jasper es muy curioso y no entiende de sutilezas.

—Solo es un niño. Todavía tiene tiempo para aprender ese tipo de cosas.

Lady Mersett suspiró y asintió.

—Parece que al señor River le gustan mucho los niños —comentó Sophia tras lanzarle una mirada significativa a Skye.

Lady Mersett las miró a ambas unos instantes y Skye se sonrojó. Era obvio que el gesto de su amiga no le había pasado desapercibido.

—No sé si le gustan los niños en general, pero sé que ama a mis hijos como a hermanos, que en realidad es lo que son.

Skye sonrió al escucharla. Lo había dicho con tal firmeza, que no dejaba lugar a dudas sobre la posición que el señor River ocupaba en la casa y en su corazón. Le gustó aquello. Siempre había manifestado su amor por él, pero en aquel momento estaba dejando muy claro que no era alguien sin familia, y eso la conmovió.

—Creo que deberíamos dejarnos de rodeos —dijo lady Blackwood con un suspiro de frustración—. No hay necesidad de dar vueltas a algo que se debe tratar de forma directa. Ya he hablado con lady Mersett sobre la posibilidad de un matrimonio entre tú y el señor River. —Skye se volvió hacia ella, sorprendida—. De hecho, lo había hablado con ella antes de que lady Scotford me escribiese contándome ese ridículo plan. No me gusta lord Tamworth y no me agrada que mi familia tenga lazos con los duques de Trevisham. Los hombres de esa familia son... —Miró a su sobrina y contuvo su lengua con un suspiro de resignación. Skye todavía era una mujer soltera, así que no podía hablar con libertad sobre lo que pensaba de ellos—. Bien, no me gustan.

Lady Mersett asintió al escuchar a la condesa.

—Yo no interferiré de ningún modo. A lo sumo puedo propiciar algún encuentro, nada más. La decisión deben tomarla ustedes, yo no tengo la más mínima intención de inmiscuirme en sus asuntos.

Lady Ailsa también asintió al escucharla.

—Lo dejaremos todo en vuestras manos, Skye. Dado que el señor River es tan reacio a relacionarse con damas de la alta sociedad, hemos decidido propiciar algunos encuentros entre vosotros. El resto será cosa vuestra. Sería absurdo tratar de obligarlo a hacer algo que no desea.

Eso solo os haría infelices a ambos. —Miró a Sophia—. Su plan es una absoluta tontería, pero al menos le ha dado el coraje a mi sobrina para venir aquí.

Lady Sophia se sonrojó y carraspeó, incómoda. A ella le parecía un gran plan, habida cuenta de que su amiga no tenía muchas opciones. Lord Tamworth no dejaría marchar a Skye tan fácilmente, todos lo sabían y ningún noble con una situación económica aceptable se enemistaría con los duques de Trevisham para salvarla de Malcom, mientras que los arruinados harían cola para casarse con ella y eso, Sophia lo sabía bien, solo llevaría a Skye a una gran infelicidad.

—¿Puedo decir algo? —Lady Mersett miró a lady Skye y después hacia la puerta para comprobar que no había nadie allí. Cuando la miró de nuevo, Skye asintió—. Sé que ha heredado mucho dinero de su abuela y que heredará más en el futuro, ¿por qué no rompe el compromiso en lugar de buscar un «salvador»? Quizá si se ve libre de lord Tamworth consiga un esposo que la ame y respete, en lugar de atarse a alguien a quien apenas conoce.

—No puedo hacer eso —respondió, azorada.

—¿Por qué?

—Porque lord Tamworth hizo toda una declaración de intenciones cuando intentó romperlo —respondió Sophia por ella—. Dijo que no permitiría que lo abandonase e incluso convenció a sus padres de que debía ser castigada porque su comportamiento no era «adecuado». —Dudó unos instantes, pero luego decidió hablar con honestidad—. Fue azotada.

Skye agachó la cabeza, avergonzada, y lady Mersett se volvió hacia ella con la consternación reflejada en el rostro.

—¿Ha intentado hablar con ellos? —preguntó sin mucha esperanza de encontrar una respuesta afirmativa.

—Milady, en mi casa las mujeres no tienen el derecho de expresar su opinión. —Skye sonrió con tristeza. Ya que la conversación había llegado a aquel punto, ¿por qué no abrirse? No perdía nada por hacerlo. Lady Mersett era una mujer de mundo y quizá ella pudiese ayudarla a encontrar una solución—. Cada vez que he intentado hablar, no he podido sentarme cómodamente en un mes.

La condesa la miró horrorizada.

—Intentó escaparse una vez —explicó lady Sophia—. Yo quería ayudarla a llegar a Francia, pero la encontraron antes incluso de que lograrse subir al barco. Imagine lo que sucedió.

Lady Mersett se llevó una mano a la boca, escandalizada.

—Lamento hablarle de esto cuando apenas nos conocemos, pero...

—Aquí no son necesarias las formalidades, querida —dijo lady Blackwood tomando la mano de su sobrina entre las suyas—. Lady Mersett es una querida amiga que, quizá, tenga más recursos que yo para ayudarte a salir de esta situación.

La condesa asintió y dejó caer la mano que le cubría la boca.

—Entiendo por qué hizo ese plan —dijo mientras movía los dedos de una mano y contemplaba el movimiento—. Comprendo perfectamente su desesperación, pero hay cosas que no se pueden forzar. —Alzó la cabeza y la miró directamente a los ojos—. Sin embargo, le prometo que no

permitiré que la obliguen a hacer aquello que no desea hacer.

Los ojos de Skye se llenaron de esperanza, aunque enseguida se esfumó.

—Mis padres...

Lady Mersett hizo un gesto con la mano con el que restó importancia a aquel asunto.

—Nos ocuparemos de ello cuando llegue el momento. Mientras tanto, disfrute de su estancia en Minstrel Valley y recupere fuerzas. Estoy segura de que las necesitará.

Skye sonrió, pero no pudo responder porque en ese momento se unieron a ellas lord Mersett y el señor River. El conde ofreció su brazo a lady Blackwood, lady Mersett tomó el de lady Scotford y John ofreció el suyo a Skye, quien dudó antes de aceptarlo. Se sentía culpable por haber pensado siquiera en arrastrarlo a aquella locura que había planeado con su amiga.

—Es una sorpresa verla en Minstrel Valley, milady —dijo John—. No sabía que tuviese interés en este pueblo.

Aunque el tono era cordial y no había nada en su expresión que indicase lo contrario, Skye sintió que le estaba haciendo algún tipo de reproche, que sabía por qué estaba allí y quería hacérselo entender. Se dijo que era una estupidez, pues estaba siendo amable como siempre, pero el peso que se instaló en su corazón la incomodaba sobremanera.

—Nunca había visitado este lugar, así que mi interés no estaba en él, sino en mi tía. —Esbozó una sonrisa tímida—. Vive en Blackwood Manor, al otro lado del lago.

—Conozco Blackwood Manor. Crecí aquí.

Skye se sonrojó.

—¡Oh! Lo siento, no lo sabía.

Él sonrió, aunque Skye no fue capaz de identificar el significado de su sonrisa. Podría ser amargura, cinismo o cualquier otra cosa. Tal vez una mezcla de todo lo que fuese que estaba sintiendo en aquel momento.

—Me encontraron en la puerta de la iglesia. Por suerte, el padre Roberts dio conmigo antes de que muriese congelado.

Skye se volvió hacia él con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa.

—¡Santo Cielo! ¡Qué cruel!

Él suspiró y asintió con lo que a Skye le pareció una gran tristeza.

—A los catorce años empecé a ganarme la vida como mozo de cuadras de Minstrel House... — La miró de reojo—. También trabajé en las caballerizas Bissop. De no haber sido por los condes de Mersett, no sé qué sería de mí ahora. Probablemente habría muerto de hambre o frío en cualquier rincón.

Skye se detuvo y se volvió a mirarlo. Era obvio que sabía algo y la estaba probando. Si le hablaba de su doloroso pasado, no tendría interés en él y se buscaría otro objetivo. Era tan obvio como la sonrisa sarcástica que curvaba sus labios.

—Señor River, ¿intenta decirme algo? —Él negó con la cabeza—. Entonces, ¿por qué me cuenta algo tan íntimo cuando apenas nos conocemos? No es... correcto.

—¿Es más correcto librarse de un matrimonio usando a un hombre de una posición inferior a la suya, milady? —Al ver que se quedaba pasmada, le tomó la mano y la colocó sobre su antebrazo —. Puede que mis humildes orígenes la hayan confundido por un instante, pero no soy estúpido. En cuanto la vi aparecer supe que su presencia aquí no era casual.

Ella se mordió el labio inferior, incapaz de decir una sola palabra y, cuando encontró una respuesta, ya habían llegado al comedor, donde Sophia la tomó del brazo y la arrastró hacia la silla vacía a su lado. Para su sorpresa, el señor River se sentó frente a ella. Era incapaz de mirarlo, a pesar de que sabía que él la miraba a ella.

¡Qué vergüenza! Lo sabía. ¡Lo sabía todo! ¿Cómo podía saberlo? ¿Acaso era Dios? ¿Cómo iba a enfrentarlo después de aquello? No podría hacerlo. Sencillamente, no podría. Se sentía tan avergonzada, que era incapaz de levantar la cabeza. Si él decía algo sobre el asunto, se derrumbaría.

Capítulo 7

A pesar de que había esperado que el señor River la hiciese sentir incómoda durante el almuerzo, no fue así y la sorprendió con su continua risa. Parecía un hombre diferente del que había conocido en los salones de Londres. En la intimidad se comportaba de una forma mucho más humana y le resultó sumamente grato escuchar algunas anécdotas sobre la infancia de los condes. El señor River parecía conocerlas todas y reía o sonreía según la ocasión. En las pocas ocasiones en las que se cruzaron las miradas de ambos, no vio reproche o resentimiento por su parte. Conocía sus intenciones, pero no estaba usando lo que sabía para molestarla o hacerle pasar un mal rato. Nunca había conocido a un hombre que se comportase de aquel modo. De haber sido Malcom, la habría ridiculizado frente a todos y ella no habría podido hacer nada, excepto fingir que era estúpida y no entendía lo que decía.

Su admiración hacia John River se hizo mayor a medida que la conversación avanzaba. Nunca había compartido mesa con gente tan habladora e informal. Incluso sacaron a colación temas sobre los que le habían advertido que una mujer no debía hablar jamás, como por ejemplo política y asuntos relacionados con los negocios que manejaba el señor River. Lo más sorprendente era que solo Sophia y ella permanecieron al margen de la conversación mientras observaban, estupefactas, como las otras dos mujeres debatían con el conde y el señor River, a pesar de que se suponía que las mujeres no debían saber nada sobre aquellos temas.

Ambas se miraron unos instantes, fascinadas con lo que estaban viendo. No les interesaba tanto la conversación como el hecho de que los cuatro hablaban desde posiciones iguales. Ni ellos las trataban con condescendencia, ni ellas intentaban ocultar todo lo que sabían. Eran mujeres inteligentes y como tal eran tratadas.

Sophia la miró y le hizo un gesto para que se inclinase hacia ella.

—Tienes que casarte con él —susurró en cuanto hizo lo que le había pedido—. Nunca encontrarás a alguien así.

Skye lo miró unos instantes y pensó que, efectivamente, nunca encontraría a alguien como él. En realidad, seguía siendo su única opción. Si huía del país tendría que pasarse la vida escondiéndose, en caso de que lograra evitar la estrecha vigilancia de su familia. En cambio, si se casaba con el hombre adecuado, podría tener una buena vida y su familia la dejaría en paz.

Le preocupaba el asunto del dinero. Sabía que había recibido una fortuna de los condes de

Mersett y que la administraba bien. No se le conocía por ser derrochador ni por ser dado a los excesos, pero el mayor miedo de Skye era encontrarse con un hombre incapaz de manejar con sabiduría su dinero y acabar su vida viviendo como lo había hecho Sophia antes de casarse con lord Scotford. Su padre y su hermano habían dilapidado la fortuna familiar y el apellido Dankworth se había convertido en el hazmerreír de Londres. Sus padres, desesperados, habían intentado casarla con lord Mersett. Ella decía que era una suerte que este hubiese obligado a Scotford a casarse con ella, pues de otro modo no sabía qué habría sido de su vida, pero Skye temía acabar atrapada en un matrimonio peor que el de su amiga. El señor River no parecía ser el mismo tipo de hombre que Malcom o lord Scotford, pero una nunca sabía. No quería desconfiar porque sí, sin embargo...

Sin embargo, estaba asustada. Agradecía que se comportase de aquel modo, incluso admiraba el trato que dispensaba a su tía y a lady Mersett, pero temía que, en el fondo, fuese como los demás. No tenía demasiada confianza en el sexo opuesto. Mas, por desgracia, lo necesitaba.

Skye era un mar de dudas. Quería hacerlo y, al instante siguiente, ya no quería. Tenía miedo y se sentía culpable por tratar de arrastrar a una persona con la que apenas tenía relación a su desgracia.

Tras el almuerzo y una larga y distendida charla en el salón donde lady Mersett las había recibido, llegó el momento de marcharse y Sophia decidió intervenir, pues no quería finalizar aquello allí.

—Creo que Skye y yo deberíamos regresar caminando. Todavía no conocemos el pueblo y Blackwood Manor no está tan lejos, ¿verdad?

Todos la miraron con sorpresa, excepto lady Blackwood, que parecía conocer las intenciones de su invitada mejor que su propia sobrina.

—Pero querida —dijo la condesa con tono lastimero—, no conocéis el camino. Estoy segura de que os perderéis. Tal vez en otro momento pueda acompañaros yo misma... si mi salud me lo permite.

Skye, azorada, miró al señor River, que sonreía burlón. Era obvio que era consciente de que solo estaban buscando una excusa para obligarlo a acompañarlas, pues podían regresar en el carruaje de lady Blackwood y posponer la visita al pueblo para otro momento. Su vergüenza fue en aumento cuando Sophia miró al señor River y le sonrió con la esperanza de que se ofreciese a acompañarlas, cosa que no sucedió.

—Si tienen tanto interés en conocer el pueblo, yo mismo puedo acompañarlas. ¡Ay!

Skye se volvió hacia lord Mersett, quien se había ofrecido a sustituir al señor River en aquel paseo no deseado. El conde tenía una mano en el costado y miraba a su esposa con una expresión asesina. Esta, a su vez, parecía muy consternada y miraba la zona que él se tocaba como si de allí hubiese salido un furúnculo con mucho pus que requiriese su atención inmediata.

—¿Qué sucede, cariño? ¿Un calambre? —Se volvió hacia sus invitadas con una más que adecuada expresión de preocupación—. Es la edad, supongo. Cuando era joven no le sucedían

estas cosas. Lo lamento mucho, él no podrá acompañarlas. Sin embargo... —Miró a John—. Johnny, quizá tú...

Skye observó la escena debatiéndose entre la risa y la vergüenza. Lord Mersett parecía a punto de estrangular a su esposa, mientras que esta lo miraba con desmedida preocupación. No se atrevió a mirar al señor River, aunque habría deseado ver su expresión.

—Por supuesto, yo las acompañaré en su visita. No querría que se perdiesen, pues es muy probable que les resulte difícil encontrar el camino de vuelta a Blackwood Manor.

Se volvió a mirarlo y él enarcó una ceja, burlón. Se sintió tan humillada, que recogió los últimos restos de orgullo que le quedaban, y lo miró a los ojos.

—No es necesario, señor River. Estoy segura de que seremos capaces de llegar a casa... a pesar de ser mujeres.

La sonrisa del señor River se ensanchó al ver que trataba de mostrarse digna y orgullosa frente a él.

—No dudo de sus capacidades, milady. Piense en ello como en un alivio para mi conciencia. ¿Cómo podría dormir bien esta noche sin saber si han llegado a salvo a Blackwood Manor?

Skye le devolvió la sonrisa.

—No se preocupe, señor River. Para aliviar su conciencia, enviaré a alguien para que le informe del estado en el que lleguemos a casa. No quiero cargar el peso de su insomnio sobre mí, o seríamos dos sin poder dormir y eso sería realmente desafortunado.

Sophia se volvió hacia su amiga, incapaz de creer que hubiese sido capaz de hablarle así a John River. En realidad, ni siquiera había imaginado jamás que fuese capaz de hablarle de ese modo a nadie.

—Aun así, creo que es mi deber acompañarlas.

—Creía que era un hombre que confiaba en las capacidades de las mujeres.

—Así es.

—Pues ahora mismo nos está tratando como a niñas que no son capaces de encontrar el camino a casa.

—Yo no conozco el camino —intervino Sophia tratando de salvar la situación.

—No te preocupes, estoy segura de que no nos perderemos. —Miró desafiante a John, quien se encogió de hombros, dando a entender que le importaba muy poco lo que hiciesen—. Si nos disculpan, creo que será mejor que nos marchemos ya.

Lady Mersett las despidió en la puerta y, cuando Skye se volvió hacia lord Mersett, vio que la condesa lanzaba una mirada de advertencia a John, quien suspiró resignado y se dispuso a seguir las. De buen grado lo habría detenido, pero no quería parecer grosera o desagradecida, así que contuvo su deseo de darle un puntapié al señor River y comenzó a caminar.

De los tres, solo Sophia parecía realmente satisfecha con el resultado de su plan, mientras que Skye y John se sentían incómodos, aunque por distintas razones. John había intentado evitar visitar Minstrel Valley porque no quería ser reconocido. Era absurdo, lo sabía, pero todo su ser deseaba

no encontrarse con nadie que le recordase quién era en realidad. Pocos lo reconocerían, pues no quedaba en él nada de lo que una vez había sido. Se había marchado siendo un niño escuálido y demasiado pequeño para su edad. Al contrario que otros muchachos, había empezado a desarrollarse tarde, así que la última imagen que tenían de él era aquella. Había sufrido lo indecible a manos de los otros chicos debido a esto. Se burlaban de él, lo golpeaban e incluso lo habían encerrado en lugares de los que prefería no acordarse. Y siempre, absolutamente siempre, Deirdre lo había salvado de aquellas situaciones. Él había correspondido a su amabilidad amándola como jamás amaría a nadie. Por desgracia, ella había pisoteado su corazón hasta dejarlo destrozado a los pies de la estatua de la dama y el juglar, donde había confesado sus sentimientos. Después de aquello, había sido incapaz de ver a las mujeres del mismo modo. Nunca amaría a otra, no podría confiar en ella, en su sinceridad, en su benevolencia.

Miró a lady Skye de reojo. Tras la terrible decepción amorosa que había sufrido, se había dicho a sí mismo que algún día se casaría con una mujer noble, pues de ese modo nadie podría pisotearlo jamás. Cuanto más elevada fuese su posición, mejor sería su futuro, o eso creía. No había tardado en darse cuenta de que las cosas no eran tan simples como parecían y que enamorar a una mujer era relativamente fácil, pero conseguir que se casase con él, un hombre sin los antecedentes familiares adecuados, sin un título y con una fortuna que no sentía como suya, no lo era tanto. Ahora una rica heredera deseaba casarse con él para huir de otro hombre y él no sentía el deseo de aceptar lo que se le ofrecía. Era estúpido, no cabía duda.

Por supuesto, la dama no había dicho con su propia boca que desease casarse, pero era obvio que aquella había sido su intención al visitar Minstrel Valley.

—¡Oh! ¡Un colmado!

La exclamación de lady Sophia sacó de sus pensamientos a John, que caminaba unos pasos detrás de ellas, pues lady Skye había mostrado su disgusto respecto a la idea de que caminase a su lado. Apenas levantó la cabeza, vio como soltaba el brazo de su amiga y entraba en la tienda de Bella Gibbs. Suspiró al recordar a la mujer más cotilla del pueblo, por detrás de Mildred Cotton, claro, y se acercó a lady Skye.

—¿Usted no está interesada en lo que el colmado de la señora Gibbs tiene para ofrecer? —preguntó tratando de atravesar el muro que la dama había levantado.

Ella negó con la cabeza y se apartó un par de pasos de él. Luego, disimuladamente, se volvió hacia la plaza del pueblo y vio una estatua que le llamó la atención. Escandalizada, vio que era una pareja que parecía a punto de besarse. Volvió la cabeza, sonrojada, y miró a John, que sonrió al ver su azoramiento.

—¿No le gusta el orgullo de Minstrel Valley, milady? —Miró la estatua y suspiró—. Muchos amores han nacido a su sombra... —Titubeó—. Otros, en cambio, murieron al nacer.

Skye lo observó unos instantes y, al ver su expresión, frunció el ceño.

—Tengo la sensación de que usted ha vivido alguna de esas situaciones.

No quiso decirle que era obvio que pertenecía al segundo grupo, le parecía cruel. Y tampoco

era apropiado. No tenían una relación tan cercana como para hablar con libertad sobre esos asuntos.

—Por supuesto, milady. Ya le he dicho que solo era un pobre huérfano que creció en este pueblo con la esperanza de encontrar a una rica heredera que lo sacase de su triste situación.

Ella lo miró, molesta.

—¿Seguirá haciendo mofa de mi desesperación, señor River? Nunca imaginé que fuese ese tipo de persona.

—¿Le parece que me mofo de usted, milady?

—Sí.

La firmeza de su voz y su convencimiento arrancaron una sonrisa a John.

—Pues se equivoca. Jamás me burlaría de su situación. Si yo fuese usted, también trataría de huir de Tamworth. —Suspiró y se acercó a ella—. Me burlaba de mí mismo, milady. Del muchacho desesperado que una vez fui.

Skye percibió el dolor en sus palabras, pero también el autodesprecio. Por alguna razón, se sintió conmovida. Quizá porque, de algún modo, también se detestaba a sí misma.

Lo miró unos instantes y, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, expresó sus sentimientos en voz alta.

—Cátese conmigo, señor River, y permita que sea la rica heredera que lo salve de su triste situación.

Capítulo 8

John miró a Skye estupefacto. Nunca había imaginado que la siempre correcta y discreta lady Skye Brangwen tuviese los arrestos necesarios para hacer lo que acababa de hacer. ¿Acababa de proponerle matrimonio? Y cerca de la estatua donde todavía yacía su corazón hecho pedazos.

—Milady...

Ella alzó una mano para silenciarlo.

—No tiene sentido dar rodeos, señor River. Habría preferido que las cosas fuesen diferentes, darnos nuestro tiempo para conocernos, quizá para valorar si usted es el hombre que aparenta ser. —Suspiró y lo miró a los ojos—. Pero no tengo tiempo, señor River. Usted conoce a lord Tamworth tan bien como yo y sabe que no tardará en venir a buscarme. No quiero sufrir más castigos por su culpa, no quiero... —Los ojos se le llenaron de lágrimas y la voz se le quebró—. No quiero casarme con él, señor River. Piense en lo desesperada que estoy para pedirle esto de una forma tan directa. Créame, no soy el tipo de persona que habla con tanta franqueza, y menos con personas a las que apenas conozco.

Él la miró, conmovido. Sí, conocía su situación y también el tipo de hombre que era Tamworth. Los hermanos de lady Skye, que conocían bien los desmanes de aquel impresentable, no habían hecho nada para impedir su matrimonio en aras de su amistad. No se quería imaginar cuan desesperada estaba como para hacerle aquella proposición. Sin embargo, no creía que el matrimonio fuese algo con lo que se pudiese jugar de aquel modo. Era algo para toda la vida.

—Entiendo su situación, milady. La entiendo y me gustaría ayudarla, pero... mientras que usted saldría bien parada de todo esto, ¿qué ganaría yo? No acabo de comprender en qué me beneficiaría a mí casarme con usted.

Ella lo miró como si fuese un niño terco que se niega a aceptar la palabra de un adulto.

—Mi dinero, señor River. Mi dinero. Yo no tengo la habilidad ni el conocimiento necesarios para manejarlo. Legalmente sería suyo, lo sabe perfectamente. Quizá al principio de nuestro matrimonio la gente lo miraría con desconfianza, pero después tendría una posición privilegiada entre la alta sociedad. Por más escandaloso que sea nuestro matrimonio, sigo siendo la hija del conde de Ryedale y algún día me convertiré en la condesa de Blackwood. También soy prima de lady Landford. Usted sabe el peso que tienen los condes de Landford entre la...

Él alzó una mano para silenciarla y la miró, jocoso.

—¿Y si lo que me interesa no es eso? —Ella lo miró sin comprender—. Cuando dos personas que se casan, milady, lo hacen para compartir sus vidas. ¿Ha pensado en la posibilidad de que no nos llevemos bien? ¡Ni siquiera nos conocemos!

—¿No es así como se casan la mayor parte de las personas? Si mi presencia le incomoda, puedo recluirme en Cornualles. He heredado una casa allí y...

Él alzó la mano de nuevo y ella guardó silencio.

—¿De verdad cree que quiero ese tipo de matrimonio?

Skye parpadeó, sorprendida.

—¿No son así todos los matrimonios?

—¡Santo Cielo! —exclamó John debatiéndose entre la risa y la desesperación—. No, milady, no lo son.

—Pero así son los que yo conozco. Todo el mundo dice que el amor vendrá después del matrimonio, pero en ocasiones no llega. Algunas de mis amigas...

—Milady, calle. —Ella lo miró, ofendida—. El amor debe nacer antes del matrimonio. ¿Qué sentido tiene casarse si no hay amor?

Ella lo miró como si fuese estúpido, y él gimió, frustrado.

—¿Tanto le desagradó, señor River? Si es así, lo entiendo y lamento haberle hecho esta propuesta. Mis disculpas por haberlo arrastrado a esta absurda situación.

John suspiró, derrotado. Se sentía dolida y decepcionada y no podía ocultarlo. Para John no había nada peor que lastimar a otra persona, aunque esta se comportase de una forma un tanto... peculiar. Quizá tendría que haber callado lo que sabía a la hora del almuerzo, pero no había sido capaz de hacerlo. Él mismo había abierto aquella puerta y él mismo tenía que cerrarla, aunque para conseguirlo tuviese que decir alguna cosa desagradable que le sacase de la cabeza la idea de casarse con él.

—Milady, ¿conoce todas las implicaciones del matrimonio? —De nuevo aquella mirada en la que podía ver que no entendía nada de lo que estaba diciendo—. En primer lugar, tendríamos que huir a Gretna Green, pues si pudiese romper su compromiso estoy seguro de que no estaríamos hablando sobre este tema ahora mismo, ¿me equivoco? —Skye negó con la cabeza—. ¿De verdad cree que sus padres aceptarían ese matrimonio sin más?

—Mi honor quedaría comprometido al huir con usted de ese modo, así que tendrían que aceptarlo.

John estuvo a punto de echarse a reír. ¡Ojalá las cosas fuesen tan simples!

—Sus padres quieren que se case con Tamworth, así que mantendrían su escapada en secreto. Por supuesto, antes de hacer nada comprobarían si el matrimonio se ha llevado a cabo...

—¡Por supuesto que se habrá llevado a cabo! Nuestros nombres estarían en...

—¡Por amor de Dios! —exclamó John desesperado. Se inclinó hacia ella y decidió ser brutalmente honesto para espantarla. No podía hablar de aquello en voz alta, así que susurró las palabras en su oído—. Hablo de la consumación, milady. De la noche de bodas. De la intimidad

de la pareja.

Pudo percibir su sonrojo antes incluso de mirarla. Cuando ella asimiló sus palabras, alzó la cabeza hacia él y la sacudió en una negativa.

—Ellos no tendrían por qué saber...

—Lo sabrán, milady.

—Podemos decir que...

—Necesitaríamos pruebas físicas.

Skye lo miró, abrumada.

—Me temo que no sé lo suficiente de este tema como para entender lo que me está diciendo.

—¿Su madre no le habló sobre esos asuntos?

Skye abrió mucho los ojos, escandalizada.

—¡Por supuesto que no! Entiendo que algo sucede entre hombres y mujeres la noche de bodas, que hay cierta... intimidad... —Se abanicó la cara con una mano—. Sin embargo, no es algo sobre lo que yo deba conocer nada hasta que esté casada.

John sonrió.

—Si nos casamos tendrá que pasar por eso.

Skye negó con la cabeza.

—No será necesario. El nuestro es un acuerdo de negocios que...

—¿No quiere hijos? —Ella asintió—. Pues tendrá que pasar por esa... intimidad. Y si quiere que su padre no anule el matrimonio, también. —Sonrió burlón—. Quizá debería replantearse su plan, milady. O cuando menos consultar con alguien sobre el tema, pues no quisiera yo que llegase al altar sin saber lo que en realidad le espera.

Skye enderezó la espalda.

—¿Y si lo sé? ¿Y si para entonces sé todo lo que necesito saber? —Lo miró, orgullosa—. ¿Se casará conmigo entonces?

John suspiró, derrotado.

—Cuando sepa todo lo que necesita saber, hablemos de nuevo.

Había esperado asustarla, pero en su lugar sentía que la había desafiado. Ahogó un gemido de frustración. ¿Por qué tenía que ser tan terca? Nunca había imaginado que aquella mujer llegaría a hacer gala de tal testarudez. Por suerte, lady Sophia salió del colmado en ese momento, o no sabía hasta dónde podría llegar la conversación.

—Te dije que no soltaría tu mano.

John miró a lady Mersett, acodada en el pretil del puente del Pasatiempo, y suspiró aliviado. El camino hacia Blackwood Manor había sido difícil, pero al menos estaba acompañado y lady Skye había sido distracción suficiente como para no pensar en asuntos dolorosos. Sin embargo, regresar

a Landford House se le había antojado algo terriblemente difícil de hacer. Incluso se había sentido traicionado por aquella mujer que lo esperaba en su lugar favorito del puente, el mismo desde el que se había tirado en dos ocasiones cuando apenas llevaba unos meses viviendo en Minstrel Valley.

Conmovido por su presencia, caminó hacia ella y, cuando llegó a su altura, imitó su postura.

—Pensaba que estaba encantada porque por fin había salido de Landford House.

Lady Mersett sonrió.

—Y yo pensé que me reprocharías que trate de lanzarte a los brazos de lady Skye. Sé que Jasper te habló sobre mis intenciones.

John también sonrió.

—Lo hizo, pero sé que aparte de ponerme en su camino, dejaré que sea yo quien tome la decisión de aceptar esa locura o no.

—Por supuesto. Eres un hombre adulto, no puedo obligarte a nada. Me gustaría que aceptases sus intenciones, no puedo negarlo, pero...

—¿Sus intenciones, milady? —Se echó a reír—. Tendría que aceptar su proposición. Me ha propuesto matrimonio.

Daphne se volvió hacia él, sorprendida.

—¿Ya? —Él asintió—. Sabía que está desesperada, pero no imaginaba cuánto. Aunque no me sorprende. Tamworth es un desgraciado. Jamás permitiría que un hombre como él se acercase a ninguna de mis hijas.

John suspiró y sacudió la cabeza.

—Yo tampoco.

Lady Mersett se volvió hacia él.

—¿Te disgusta lady Skye? —John negó con la cabeza—. Sé que no crees en el amor, que todavía sientes que tu corazón está a los pies de la estatua... —Dudó—. Pero, Johnny, no puedes seguir pensando en Deirdre el resto de tu vida. Quizá ni siquiera regrese a Inglaterra y lo sabes. Kate y ella se marcharon hace siete años y no han mostrado la más mínima intención de regresar a casa.

—Sin embargo, siento que no puedo casarme con nadie siendo un ser incompleto. Ni siquiera con lady Skye. No se trata de sentir más o menos afecto, pues usted sabe que pondría todo mi empeño en amarla y, si no lo lograra, haría todo lo posible por hacerla feliz. Pero el problema es que no soy... no me siento...

Daphne le tocó el brazo y él se volvió a mirarla. Ella le sonrió.

—Cariño, no tienes que hacer nada que no desees hacer. Sin embargo, no has perdido tu corazón, no se ha quedado hecho añicos a los pies de la estatua. Lo que sucedió cuando Deirdre te rechazó, fue que creciste y te convertiste en alguien mucho más consciente de tu situación. Tú no la amabas, Johnny, solo dependías de ella, de su bondad y generosidad. Cuando se mostró cruel contigo, te sentiste traicionado. —Posó la mano con la que le había tocado el brazo sobre el pecho

—. La traición, mi querido Johnny, es un sentimiento horrible, pero tu corazón no ha dejado de latir ni un solo instante. Yo lo noto bajo mi mano, ¿cómo puedes no sentirlo latir en tu pecho?

Los ojos de John se llenaron de lágrimas.

—Nunca imaginé que ella me trataría de ese modo.

—Si no lo hubiese hecho, tú habrías tratado de ganarte su corazón de todas las formas posibles. Eso habría sido todavía más cruel. —De nuevo movió la mano, esta vez para secarle las lágrimas de las mejillas—. Ella sabía que era lo mejor para ambos, pero también sufrió. Dejaste de hablarle, no querías regresar a Minstrel Valley y tampoco contestaste sus cartas. Ella te quería, Johnny. Eras como un hermano, alguien a quien debía proteger, aunque cuando empezaste a perseguirla como un adolescente encaprichado, trató de poner distancia entre vosotros por el bien de vuestra relación.

John atrapó su mano entre las suyas y se la llevó a los labios.

—Todavía me duele, milady. Como si hubiese sucedido ayer.

—Eras un niño que no tenía nada, y Deirdre era tu todo. Es normal que te duela. Pero eso no es amor, cariño. No el amor que tú crees que es.

John se mordió el labio inferior. Él mismo había pensado en aquello, pero escucharlo de labios de lady Mersett lo hacía sonar mucho más real, como si fuese mucho más razonable si lo decía ella, y absurdo si lo pensaba él.

—¿Me está diciendo todo esto para que acepte la proposición de lady Skye?

Daphne se echó a reír.

—No negaré que me gustaría verte casado con ella. Me gusta lady Skye, pero lo importante es que te guste a ti. Y, o mucho me equivoco, o no te disgusta. Al menos no tanto como otras damas a las que has rechazado con cajas destempladas.

John sonrió y ofreció su brazo a la condesa, quien lo aceptó con una sonrisa.

—¿Por qué ha venido hasta aquí, milady? Y a esta hora. Estoy seguro de que lord Mersett no se sentirá muy feliz si...

—Me he escapado de casa —confesó ella sin pizca de arrepentimiento—. Como ya te dije, prometí que no soltaría tu mano y no podía hacerlo. Sé lo difícil que es para ti pasear por Minstrel Valley solo.

—Sé que me envió a acompañar a lady Skye para sacarme de casa, y se lo agradezco. No sé si sería capaz de hacerlo yo solo.

—Desde luego no esperaba que te propusiese matrimonio. —Se echó a reír—. Lady Skye es mucho más interesante de lo que parece.

John sonrió y asintió. Sí, lo era. Incluso él se había dado cuenta.

Capítulo 9

Al día siguiente, lady Mersett fue convocada a Blackwood Manor para unirse a lo que la tía de lady Skye llamó «gabinete de crisis». Divertida por la acuciante nota, Daphne aceptó la invitación y corrió a reunirse con las damas a pesar de las advertencias de su esposo de no hacer de casamentera. Aunque Derek sabía que, dijese lo que dijese, ella haría lo que considerase mejor. Solo esperaba que no tuviese que arrepentirse en el futuro.

Cuando la condesa llegó al hogar de lady Blackwood, fue llevada inmediatamente al pequeño salón decorado en tonos azules en el que la condesa la había recibido en otras ocasiones. Al ver el ambiente íntimo que se había creado y a lady Sophia caminando de un lado a otro mientras se abanicaba las mejillas con las manos, Daphne intuyó que llamar a aquella reunión «gabinete de crisis» había sido más que acertado.

—¡Ah, milady! Ha llegado justo a tiempo. Tenemos un asunto entre manos que no sabemos cómo manejar.

Lady Ailsa miró a Skye para que lo explicase, pero ella agachó la cabeza, avergonzada. Luego miró a lady Sophia, que se detuvo de golpe con intención de hablar, pero luego pareció pensarlo mejor y empezó a caminar de nuevo como si tuviese ascuas en los pies.

—¿Alguien me va a explicar lo que sucede? —preguntó tomando asiento al lado de su amiga—. No puedo ayudar si no conozco los hechos.

Lady Blackwood suspiró y trató de decírselo, pero no encontró las palabras para contarle lo que sucedía. Daphne esperó con infinita paciencia a que hablasen mientras disfrutaba de una copa de jerez. Su esposo le había prohibido tomar alcohol tras aquel minúsculo incidente que los había llevado a Gretna Green, así que no podía tomar ni una mísera gota de jerez en su casa. ¡Menudo escándalo por nada! De no haber sido por aquella botella de *whisky* que Angus McDonald, el herrero del pueblo, le había regalado, en aquel momento no estarían casados ni disfrutarían de una feliz vida conyugal.

Tras casi veinte minutos de espera, lady Sophia se sentó frente a ella y, armándose de coraje, le explicó la situación.

—El señor River ha puesto como condición que Skye conozca todo lo relacionado con la consumación si quiere casarse con él.

Daphne se atragantó con la segunda copa de jerez y empezó a toser de forma descontrolada.

Lady Ailsa le palmeó la espalda y, poco después, lady Mersett se estaba desternillando de la risa, para sorpresa de sus acompañantes.

—¿De verdad consideran esto una crisis? Crisis sería que lord Tamworth estuviese a unas horas de Minstrel Valley.

—¡Milady! Mi sobrina es una mujer soltera. No me parece adecuado que...

Daphne rio de nuevo y sacudió la cabeza.

—El señor River solo dijo eso para espantarla, estoy segura. Sin duda pensó que, si le decía algo así, se asustaría y buscaría a otro. —Sacudió la cabeza—. ¡Qué absurdo! No es como si no tuviese a nadie que pueda explicárselo. —Miró a las otras dos mujeres—. Ustedes lo conocen todo sobre el asunto, ¿no?

Ambas se sonrojaron y se miraron la una a la otra, incapaces de decir nada.

—Aun así, son cosas que no debería saber hasta...

—Es bueno que lo sepa. Así no iré totalmente a ciegas a su noche de bodas, como hacen la mayor parte de las mujeres.

El sonrojo de lady Ailsa y lady Sophia fue en aumento, así que Daphne decidió tomar cartas en el asunto.

—Lady Skye, ¿está segura de que quiere conocer algo así? —Skye asintió—. ¿Y si el señor River no quiere casarse con usted de todos modos?

—Prefiero saberlo. Mi madre no me contará nada y... —Miró a las otras dos mujeres—. Hay tanto misterio sobre el asunto, que estoy asustada. No quiero ir con miedo a mi noche de bodas, milady. Ya sea con el señor River o con otro, tendré que pasar por eso, sea lo que sea.

Daphne suspiró y miró a las otras dos mujeres, que se veían tan incómodas con el tema, que parecían a punto de colapsar.

—Vamos a dar un paseo por el jardín, milady —dijo sonriendo a la mujer más joven—. Creo que necesitamos algo de intimidad.

A medida que lady Mersett hablaba, Skye se iba sonrojando más y más. La condesa no escatimó detalles y la animó a hacerle preguntas. Al principio no había sido fácil para esta empezar a explicarle todo, pero una vez había empezado, lo había hecho a conciencia. Y Skye, a pesar de sentirse avergonzada, también se sintió lo bastante confiada como para hacerle las preguntas que se le iban ocurriendo. Lo que más agradeció fue que le explicase las dos posibilidades con las que se podría encontrar: el hombre atento y considerado, que pensaría en ella tanto como en sí mismo, y el desconsiderado que la vería como un objeto y no como a una mujer. Solo puso en aprietos a la condesa cuando le preguntó qué tipo de hombre era el señor River. Por primera vez desde que había empezado a explicarle todo aquello, la vio sonrojarse y quedarse sin palabras.

—Si tuviese que apostar por uno, diría que del primer tipo. Pero hablar de Johnny de ese

modo... —Sacudió la cabeza—. Es como hablar de la intimidad de un hijo, y me hace sentir incómoda.

Skye agachó la cabeza, avergonzada.

—Lo siento.

Skye la tomó por la barbilla y la obligó a levantar la cabeza de nuevo y mirarla.

—No agache la cabeza, lady Skye. No hay razón por la que deba hacerlo y tampoco por la que deba pedir disculpas. —Sonrió y la tomó por el brazo—. Si le soy sincera, creo que usted sería una buena esposa para Johnny y estoy convencida de que él sería un buen esposo para usted. Lo que más ansía es formar una familia propia. —Caminaron un trecho en silencio—. Hace muchos años me casé con un hombre que me ayudó a salir de una situación muy difícil. No había amor entre nosotros, pero fui feliz mientras viví con él. Johnny me recuerda un poco a él. Eric era una persona muy generosa y afable. —Sonrió con tristeza—. El amor no tiene que ser lo único sobre lo que se sustente un matrimonio, se lo he dicho a Johnny. En ocasiones, incluso si no hay amor, puede haber otras cosas que unan a la pareja, algo que garantice que siempre se van a llevar bien y que ninguno será infeliz.

Skye la miró, dubitativa.

—¿No está molesta por mi deseo de casarme con el señor River?

Daphne negó con la cabeza.

—Lo único que deseo para mis hijos es que sean felices. Puede que Johnny solo lleve con nosotros diez años, pero lo conozco desde que era un niño y lo siento como si realmente fuese mi hijo. Estoy segura de que, a su lado, llevará una vida tranquila y feliz. —Sonrió—. Me gusta observar a la gente, lady Skye, y a usted la he observado lo bastante como para saber qué tipo de persona es. También sé que solo necesita un empujoncito para sacar todo lo que lleva dentro.

Skye la miró con sorpresa, pero enseguida le devolvió la sonrisa. Le gustaba lady Mersett, le gustaba mucho. También le gustaba que le hubiese dado armas para enfrentarse al señor River. A pesar de lo escandalizada que todavía se sentía por lo que había escuchado, se sentía agradecida por su generosidad. No sabía si podría convencer al señor River, pero haría todo lo posible para que fuese él quien la acompañase a Gretna Green.

La primera vez que Skye vio al señor River tras la conversación con lady Mersett, todo tipo de cosas relacionadas con lo que ella le había contado inundaron su mente. Pasó un mal momento tratando de eliminar las imágenes de un hombre desnudo haciendo algo que le costaba incluso imaginar. Durante algo más de media hora evitó mirarlo, temerosa de que, si lo hacía, descubriese el tipo de pensamientos que tenía. Sin embargo, no parecía demasiado interesado en ella, así que, poco a poco, pudo relajarse y observarlo a placer.

Los hijos de los condes de Mersett adoraban al señor River y reclamaban su atención

constantemente. Él se mostraba muy paciente con ellos y complacía todas sus peticiones entre risas y palabras cariñosas. Aunque, quizá, el que más exigía su atención era Jasper, el mediano. Era muy travieso, pero también considerado. A pesar de que disfrutaba provocando a sus hermanas, no soportaba verlas llorar y corría a secarles las lágrimas y consolarlas en cuanto se les humedecían los ojos. No necesitaban hacer ningún sonido para que él se presentase a su lado con un pañuelo en la mano.

Jasper, además, sentía una gran fascinación por Skye y su color de cabello. También le gustaban sus ojos y las escasas pecas con las que la naturaleza la había castigado.

—En China no la querrían porque tiene marcas en la cara —le dijo—, pero a mí no me importa. Soy chino, ¿sabe? —Señaló sus ojos rasgados con orgullo—. Pero, aunque sea chino, yo la querré igual. Cuando sea mayor me casaré con usted. —Pensó unos instantes—. Si soy más alto que usted, claro. Si no es así, tendrá que buscarse otro esposo. —La carcajada del señor River indignó al niño, que se volvió a mirarlo para mostrarle cuánto le había molestado su risa—. Seré tan alto como mi padre, tío Johnny. Mi padre es más alto que tú.

John le revolvió el cabello y se sentó en la misma manta que el niño compartía con Skye. Lady Blackwood había organizado una merienda campestre a la que habían acudido algunos nobles de la zona con la esperanza de que Skye encontrase a otro posible objetivo por si el señor River se mostraba más terco de lo que habían esperado.

—Estoy seguro de que serás más alto que tu padre —respondió John—. Pero no podrás casarte con lady Skye. Ella se va a casar con otro hombre.

El pequeño frunció el ceño, indignado porque la mujer a la que le había propuesto matrimonio tuviese a otro pretendiente en mente.

—¿Con quién? —preguntó imprimiendo a su mirada toda la fiereza de la que era capaz, aunque el resultado no era fiero en absoluto, sino más tierno de lo que John podía soportar.

—Con un hombre muy desagradable.

Jasper cruzó los brazos sobre el pecho imitando a su padre cuando mostraba su enfado y John tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sonreír.

—Entonces no puede casarse con él. —Señaló a John con el dedo mientras miraba a Skye—. Yo todavía soy muy pequeño, pero él ya es grande y es más alto que usted. Puede casarse con él hasta que yo sea mayor.

John ahogó una exclamación de sorpresa al escucharlo y Skye contuvo una sonrisa.

—¿Debería casarme con él?

El niño asintió con toda la seriedad de la que fue capaz.

—Pero solo hasta que yo sea mayor. —Miró a John y lo señaló con el dedo—. Solo puede ser tu esposa hasta que yo crezca, tío Johnny. No te encariñes mucho con ella.

John apretó los labios para contener la risa y asintió, conforme. Tras unos minutos algo llamó la atención de Jasper, que salió corriendo y entonces pudo reír a gusto.

—Incluso él cree que deberíamos casarnos —comentó Skye, decidida a no darse por vencida.

No estaba segura de cuándo había adquirido semejante descaro, pero agradeció al cielo el haber encontrado por fin el valor para perseguir aquello que quería.

John la miró, jocosamente.

—Lo único que quiere es que la mantenga a buen recaudo hasta que él sea lo bastante mayor como para casarse con usted.

—Puede considerarlo como un favor a Jasper, entonces.

Él la miró con la burla reflejada en la mirada.

—El problema es, milady, que, si me caso con usted, no la mantendré a buen recaudo y eso no es lo que quiere Johnny. ¿Ha olvidado acaso lo que hablamos el otro día? Eso de lo que no deberíamos hablar jamás y menos a la luz del día.

Skye se sonrojó al recordar de nuevo lo que lady Mersett le había contado, pero sabía que él intentaba alejarla y no iba a permitirlo. Iba a pelear aquella batalla hasta las últimas consecuencias. El resto de su vida dependía de ello.

—Lo recuerdo.

—Entonces supongo que sobra decirle que por más que él y usted quieran que me comporte como la más absoluta corrección, no podría hacerlo. No si fuese mi esposa.

Ella lo miró a los ojos y se encogió de hombros.

—Entonces no lo haga. Si esposo y esposa deben compartir cierto grado de intimidad, es absurdo evitarla.

Capítulo 10

John se atragantó con su propia saliva al escucharla y acabó teniendo un desagradable y vergonzoso ataque de tos. ¿Acababa de decir lo que él creía que acababa de decir o era solo cosa de su imaginación? Cuando se recuperó de la sorpresa, la miró como si estuviese viendo a un extraño.

—Milady... Milady, no puede ser que haya dicho...

Skye, que quería cavar un hoyo y meterse bajo tierra debido al bochorno que le producía su comportamiento, se las arregló para mantener la dignidad y responder como si estuviese hablando del tiempo.

—Me ha oído perfectamente, señor River.

John la miró unos instantes, estupefacto, y se tomó unos minutos para recuperarse de la sorpresa.

—Milady, reconozco que ni siquiera sé qué responder. Usted no habrá... no es posible que haya... No, no puede ser, ¿verdad?

Ella ladeó la cabeza, casi divertida por su reacción. Casi, porque su propia vergüenza le impedía disfrutar del momento.

—Sí, sí puede ser. He preguntado todo lo que tenía que preguntar. Usted me dijo que hablaríamos en cuanto supiese todo lo que necesitaba saber. —Se encogió de hombros—. Ahora ya lo sé. Y le aseguro, señor River, que se me acaba el tiempo. Malcom llegará a Minstrel Valley en dos semanas. Hoy recibí una carta suya en la que me decía que no puede vivir sin mí y que vendrá a visitarme. —John vio como cambiaba su expresión y sintió que se le encogía el corazón—. No tengo tiempo, señor River. Si estoy aquí cuando él llegue, sin duda tendré que regresar a casa en cuanto se marche. No quiero que tenga la más mínima...

—Lo entiendo —le cortó él—. Lo entiendo, pero lo que me pide es...

—Sé que usted es bueno con los números, señor River. Piense en todos los beneficios que conseguirá si se casa conmigo. Compensarán con creces sus pérdidas. Le prometo que no será una molestia para usted y, si en algún momento se enamora de alguien, podremos divorciarnos. No me importa el escándalo ni vivir como una mujer que ha sido desechada por su esposo. Puedo sobreponerme a eso. Pero no podría sobreponerme a un matrimonio con Malcom. Prefiero morir, señor River. Y créame, valoro esa posibilidad como una más.

Él se echó hacia atrás, horrorizado.

—¿Cómo puede decir eso? Es... terrible.

Skye asintió. Llegada a ese punto, podía decir cualquier cosa. Cualquiera. Estaba tan desesperada, que no le importaba ser honesta con aquel hombre al que no conocía. Pensó que poco importaba la imagen que él tuviese de ella, pues su tormento era tal, que necesitaba decir todo lo que pensaba, quemar todas sus naves. Lo que sucediese después lo dejaría en manos de él. Después de aquella tarde no insistiría más. Se había humillado lo suficiente como para no seguir haciéndolo. Si él la aceptaba así, entonces todo iría bien. Si no lo hacía, tendría que asimilar la derrota y valorar cualquier otra opción, incluso la muerte.

—¿Puedo hablar con total honestidad, señor River? —John asintió con gesto preocupado—. Todo el mundo piensa que no sé nada sobre Malcom, pero sé lo suficiente como para no desear casarme con él. Al principio acepté la situación porque estaba convencida de que, más pronto que tarde, me enviaría al campo. Él no me quiere ni me soporta, solo soy algo que quiere poseer. Sin embargo, mis intentos por romper el compromiso hicieron que sintiese más interés en mí. No porque no deseara perderme, sino porque me enfrenté a él. Continuamente me amenaza hablándome sobre el futuro que me espera, las cosas que quiere hacerme. —Guardó silencio unos instantes mientras intentaba recuperar la compostura. No quería echarse a llorar delante de tanta gente. Estaba haciendo un gran esfuerzo para fingir que estaban teniendo una charla superficial y distendida y dejarse llevar por sus emociones no era algo que hiciese jamás—. ¿Quiere saber cuál es su mayor anhelo, señor River? Lo que me repite en cada uno de los paseos que me veo obligada a dar con él. —John negó con la cabeza. No quería escuchar aquello, pero ella no estaba dispuesta a callar. Le había costado reunir el valor necesario para hablar y, ahora que por fin lo tenía, no iba a detenerse. No cuando sabía que, si callaba ahora, no hablaría de nuevo sobre todo lo que llevaba dentro—. Su mayor deseo es azotarme con su fusta para castigarme por cada vez que he intentado huir de él, evitarlo o romper el compromiso. ¿Entiende mi desesperación, señor River? No puedo deshacerme de este compromiso, no puedo huir del país y solo me quedan dos opciones: casarme con otro hombre o morir. No puedo ver a ninguno de los hombres que conozco como posible marido y, desde luego, ni uno solo tiene el valor necesario para enfrentarse a Malcom. —Lo miró a los ojos—. Solo usted.

John guardó silencio unos minutos, asimilando sus palabras. Conocía a Tamworth lo suficiente como para saber que lo que lady Skye decía era cierto. Sin embargo, él no era el caballero de la brillante armadura que ella pensaba. Era ambicioso, claro, pero también tenía conciencia. Por supuesto, casarse con ella, que poseía una fortuna personal considerable que aumentaría hasta casi triplicarse gracias a lady Blackwood, le aportaría muchos beneficios. Ella, a cambio, recibiría su protección. No era una mala decisión para ninguno de los dos. Sin embargo, estaban hablando de compartir el resto de sus vidas y ni siquiera se conocían lo suficiente para saber si se llevarían bien.

Por otra parte, no podía negar que la idea de salvar a lady Skye de las garras de Tamworth le

atraía poderosamente, tanto por el hecho de que ella estaría más segura a su lado, como por el saber que a Malcom lo consumiría la rabia si se quedaba con su más preciado objeto. Porque así veía aquel desgraciado a lady Skye: como un objeto.

—¿Está segura de que esto es lo que quiere, milady? ¿Incluso sabiendo lo que sucede entre un hombre y una mujer? —Skye lo miró unos instantes tratando de leer sus pensamientos y, al ver que no lo conseguía, asintió lentamente en un gesto cauto que arrancó un suspiro a John—. De acuerdo. Casémonos y que sea lo que Dios quiera. —Se frotó la cara con una mano—. Cuanto antes mejor. Si podemos partir esta noche, mejor que hacerlo mañana. No, no me mire de ese modo. Necesitamos hacer las cosas con tiempo.

—Pero aun así... esta noche...

—Ni siquiera nos conocemos y si nos quedamos aquí, rodeados de tanta gente, no llegaremos a hacerlo. Necesitamos tiempo, milady. No quiero viajar a marchas forzadas y usted tampoco. Si nos marchamos más tarde, corremos el riesgo de ser perseguidos por su familia. ¿No ha pensado en eso? —Skye negó con la cabeza—. También corremos otro riesgo: que yo me arrepienta de mi decisión.

Skye lo miró con desconfianza.

—¿Por qué ha cambiado de opinión tan rápido?

Él soltó un gemido.

—¿Rápido? —Rio con amargura—. He pasado un auténtico infierno dando vueltas a su propuesta de matrimonio.

Ella sonrió con timidez.

—Así que lo ha pensado...

—Por favor, ahora no se comporte como una chiquilla tímida, porque no me lo creeré.

Skye se sonrojó.

—Aun así... viajar de noche...

—No podemos irnos de día, milady. Sería como anunciar al mundo lo que estamos haciendo. Las huidas hacia Gretna Green deben hacerse de noche. Es más romántico... y creíble. De ese modo no pondrá en una situación delicada a su tía. Imagine que interrogan a los criados y dicen que la vieron salir de la casa conmigo. —Sacudió la cabeza—. No podemos hacerlo de ese modo.

—Veo que ha pensado en todo...

John se encogió de hombros.

—Ya le he dicho que he pasado un auténtico infierno pensando en su proposición.

Ella lo miró, contrita.

—Lo siento.

Él la miró y se echó a reír.

—Sí, estoy seguro de que sí.

Mientras preparaba el equipaje para el viaje en compañía de su tía y de Sophia, no podía evitar sentir miedo y el deseo de huir. También se sentía aliviada, pues se había librado de Malcom. No importaba lo que este hiciese, porque estaría casada con el señor River.

Por otra parte, temía lo que podría sucederle en el futuro, pues no sabía nada sobre él. Aunque, por lo que parecía, era un buen hombre y, además, le había prometido que nunca la obligaría a hacer nada que no deseara hacer.

Era un mar de dudas, pero estaba decidida a seguir adelante, porque el futuro que le esperaba al lado del señor River no podía ser peor que una vida al lado de Malcom.

John, por su parte, mantuvo una interesante conversación con lord Mersett, quien le dio consejos para su estancia en Gretna Green y le advirtió que debía tratar a su futura esposa con el mismo respeto con el que él trataba a la suya. No debía olvidar jamás que no era un objeto de su propiedad y que también tenía una opinión tan válida como la suya. En el terreno sexual le advirtió que no debía tratar de forzarla. Ni la primera noche, ni nunca. Si ella decía no, quería decir exactamente eso, así que debía respetarlo. Era su cuerpo y solo ella podía decidir sobre él.

A John todos aquellos consejos le recordaron las largas charlas que había escuchado cuando había empezado a mantener relaciones sexuales y lord Mersett lo había descubierto. Le había hecho tantas advertencias, que durante un tiempo había sido incapaz de acercarse a una mujer.

El conde no estaba de acuerdo con su decisión y durante la cena no le había dirigido la palabra a su esposa, a quien consideraba responsable de aquello. John había intentado explicarle que no era así, que él había tomado la decisión por su cuenta, pero no fue capaz de convencerlo. Al final, se vio obligado a pedir perdón a lady Mersett por ponerla en aquella situación. Ella se había limitado a abrazarlo y a decirle que había hecho lo correcto al aceptar a lady Skye.

John no estaba del todo seguro de lo que estaba haciendo, pero siguió adelante. De todos modos, nunca había pensado en el matrimonio, pues no se sentía suficiente para ninguna mujer debido a sus orígenes y, para las que sí podría serlo, no le resultaban atractivas. Lady Skye estaba muy por encima de lo que podría conseguir por su cuenta y, además, era ella quien se lo había propuesto. Solo un loco rechazaría semejante oportunidad y él era un hombre muy cuerdo.

Cierto, no lo movía solo la codicia, sino que realmente quería salvarla. No sabía por qué, pero había sentido la necesidad de hacerlo desde que ella le había propuesto matrimonio. Al principio la sorpresa había sido tal, que incluso se había sentido indignado por su descaro. Sin embargo, cuando más pensaba en ello, mejor la entendía y más deseaba ayudarla. Era una locura, lo sabía, pero sentía que, de algún modo, no estaba tomando una mala decisión. No se trataba de los beneficios económicos que le aportaría, sino de algo más, algo que no sabía explicar.

Despedirse de los condes resultó doloroso, pues a pesar de que ella lo animó y abrazó con sincera emoción, lord Mersett no dejó de mostrarse pesimista en todo momento. John estaba seguro de que lady Mersett acabaría por convencerlo de que todo estaría bien, aunque no estaba del todo seguro de que le resultase fácil.

En Blackwood Manor el ambiente era muy diferente. De hecho, las tres mujeres estaban felices

y, a pesar de los temores propios de la situación, todas trataron de desecharlos y hacer frente al momento con alegría. Tamworth no volvería a formar parte de la vida de Skye y eso era suficiente para ellas.

Lady Blackwood había enviado a la cama a los criados para evitar que hubiese testigo alguno de la fechoría que estaban a punto de realizar. Ninguna de las dos acompañó a la «fugitiva» hasta la verja de entrada de la mansión, sino que Skye caminó sola llevando un bolso con lo imprescindible y se enfrentó, temblorosa, al hombre que la esperaba dentro del carruaje apostado en la puerta. Fue el cochero quien la ayudó a entrar y, cuando cerró la portezuela, John se volvió hacia ella y la miró con intensidad.

—¿Está lista para una nueva vida, milady?

Skye asintió. Estaba lista, lo estaba desde el mismo momento en que Sophia le había propuesto aquel plan. Sí, estaba preparada para aquella nueva vida lejos de todo lo que la lastimaba. Deseaba aquel cambio tanto, que incluso había logrado ahogar el miedo que sentía horas antes.

—Sí, señor River, lo estoy.

Capítulo 11

Durante al menos media hora viajaron en silencio. A Skye le habían enseñado a no hablar a menos que le hablasen, especialmente cuando estaba en compañía de un hombre, pues tanto a su padre como a sus hermanos les molestaba mucho que intentase iniciar una conversación si ellos no daban el primer paso. Mas Skye detestaba el silencio, la hacía sentir incómoda y, además, tenía muchas preguntas que hacerle al señor River. No entendía por qué había apresurado tanto las cosas, ni siquiera por qué había decidido aceptar su proposición y necesitaba preguntárselo. Lo necesitaba tanto, que era incapaz de quedarse callada y treinta minutos fue lo máximo que pudo aguantar. Ya había roto tantas reglas que poco importaba si rompía una más.

El señor River tenía los ojos cerrados, pero Skye sabía que no dormía. Quizá no quería hablar con ella, tal vez... bueno, no importaba. Lo intentaría de todos modos.

—Señor River —dijo, titubeante—, ¿está despierto?

Tras un breve silencio que a ella le pareció eterno, él abrió los ojos y se volvió para mirarla.

—John.

—¿Qué?

¿Qué clase de respuesta era aquella?

—Que me llames John. No podremos convencer a nadie de nuestro apasionado amor si seguimos tratándonos como desconocidos.

Skye retorció la falda entre las manos, nerviosa.

—Pero es tan impropio...

John se echó a reír y la miró, jocoso.

—Si has sido capaz de arrastrarme a este matrimonio de conveniencia y me has convencido de huir contigo a Gretna Green tú sola, tutearme y llamarme por mi nombre no te resultará difícil.

Skye dudó. Tenía razón, desde luego. En la situación en la que estaban no podía mostrarse remilgada respecto a cosas tan insignificantes como aquella.

—John —dijo al tiempo que soltaba su falda. Por alguna extraña razón, le resultó mucho más fácil de lo que había imaginado—. John, ¿puedo hacerle... hacerte una pregunta? —Él asintió—. ¿Por qué has aceptado todo esto?

Él suspiró y se recostó en el asiento.

—Ni siquiera yo mismo lo sé. —Guardó silencio unos instantes—. Creo que todo empezó

cuando tu hermano me dijo que te habían azotado por leer *Vindicación de los Derechos de la Mujer*. Sentí tal rabia que quería protegerte de tu familia. Era absurdo, pues ni siquiera había intercambiado más de diez palabras contigo, pero detestaba la idea de que te hubiesen castigado por algo tan ridículo.

Skye lo miró, sorprendida, y luego se relajó en el asiento.

—Ni siquiera llegué a leerlo —se quejó—. Mi madre lo encontró antes de que pudiese hacerlo y lo quemó.

John rio.

—Tranquila, yo tengo un ejemplar. —De nuevo guardó silencio—. En mi casa no tienes que esconderte para leer lo que quieras, ni necesitas pedirme permiso para hacerlo.

El corazón de Skye latió desbocado a causa de la emoción.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—¿Incluso *Vindicación de los Derechos de la Mujer*?

—Cualquier cosa.

—¡Oh!

Fue todo lo que alcanzó a decir, pues se sentía demasiado emocionada como para encontrar las palabras adecuadas para aquel momento. Tras un breve silencio, volvió a hablar.

—Aun así, no has respondido a mi pregunta.

Tutearlo estaba resultando sorprendentemente fácil... y grato.

—No podía dejar sola a una mujer en tu situación. No niego que los beneficios que me aporta este matrimonio me resultaron de lo más tentadores. Sé que has heredado propiedades y una fortuna de tu abuela, pero no es lo único que me motivó. Tu valor al pedirme matrimonio, el que buscas información sobre la intimidad entre los esposos... el que te desafiases a ti misma y vencieses la vergüenza, enfrentándote incluso al rechazo, fueron la razón principal. No podía desoír tu súplica cuando habías tenido que pasar por tantas vicisitudes para expresar con palabras lo que querías, en lugar de delegarlo todo en lady Sophia. —Sonrió—. Admiro tu valor. Si hubieses hecho las cosas de una forma diferente, probablemente no habría aceptado.

—¿Tu enemistad con Malcom no tiene nada que ver?

John no dudó.

—¡Por supuesto que sí! Eso jugó a tu favor también. —Sonrió, divertido—. Sacar de quicio a ese cretino es como un deporte para mí.

Ella sonrió porque, lejos de sentirse ofendida por su franqueza, se sentía muy agradecida. No fingía ser lo que no era y tampoco la trataba con la condescendencia con la que lo haría cualquier otro hombre, pavoneándose por haberle salvado la vida.

—Ahora me toca a mí, Skye. ¿Por qué fui yo el elegido?

¿Debía decirle la verdad? ¿Debía mentir? Él había sido sincero con ella, por tanto, debía corresponderle, aunque no resultaba nada fácil. Sintió que el calor acudía sus mejillas, aunque no

estaba segura de haberse sonrojado. Solo... solo se sentía sofocada.

—Porque me gustabas antes incluso de que conocieses mi existencia. —Notó que él se tensaba a causa de la sorpresa, y se apresuró a explicarlo todo—. Mis hermanos hablaban de ti constantemente, de tu forma de tratar a las mujeres, del modo en que te burlabas de Malcom, de tus ideas sobre cómo debían ser tratados los trabajadores... en fin, cada cosa que decías se convertía en tema de conversación en mi casa. Era como si cada vez que abrías la boca provocases un terremoto que sacudía los cimientos de nuestro hogar. Cuando Seth te retó a aquella absurda pelea y te traicionaron, no se podían creer que hubieses acabado con cuatro hombres tú solo. Decían que volabas por los aires soltando patadas, que eras como un demonio al que no podían vencer. —Se detuvo unos instantes para recordar aquel momento y sonrió—. Yo te felicitaba mentalmente porque creía que eras como un héroe. Te veía como a un hombre inteligente y justo.

John rio.

—No soy nada de eso.

—Lo eres. Para mí lo eres. Pero además eres muy guapo y cada vez que entras en una fiesta haces que todas las mujeres se desmayen a tu paso.

John resopló con desdén.

—Hay hombres más guapos.

—Cierto. Así es. Lord Sibleton es mucho más guapo y tiene mejor porte, pero ninguno de ellos es tan... no sé cómo explicarlo. Es algo que va más allá de la belleza.

—Así que por eso me has elegido.

—Yo no lo hice, fue Sophia. Después de tu último enfrentamiento con Malcom pensó que serías un buen esposo para mí. Dijo que serías amable y respetuoso y que eso era muy importante en un matrimonio.

John suspiró y asintió.

—Supongo que sí.

—¿Te arrepientes?

—Estoy seguro de que lo haré en algún momento, pero por ahora prefiero no pensar en ello. —Sonrió y giró la cabeza hacia ella. Aunque solo podía percibir su silueta en la oscuridad, le pareció que su postura era mucho más relajada que antes—. Debo reconocer que no esperaba que fueses tan elocuente.

Skye se enderezó, sobresaltada. ¿Se había excedido? Lo había hecho, sin duda. Siempre lo hacía cuando estaba nerviosa. Y ahora él la estaba regañando. Deseó darse una palmada en la boca por idiota.

—Lo siento —dijo.

John suspiró, resignado.

—Tengo un largo trabajo por delante. Debo conseguir que dejes de disculparte cada vez que abres la boca. —Skye contuvo el aliento, sobresaltada—. No has hecho nada malo. Somos dos personas charlando e intentando conocerse antes de dar el sí quiero. —Giró la cabeza hacia ella

— Creo que debo decir esto antes de llegar a Gretna Green, así que lo haré ahora para que sepas lo que espero de una esposa. No deseo a una mujer que esconda sus sentimientos, que sufra en silencio o que me oculte su inteligencia para que yo no me sienta estúpido. Ya has visto cómo se tratan los condes de Mersett, ¿verdad? Pues eso es lo que deseo. No quiero un florero o una estatua. Quiero poder compartir contigo mis pesares y que tú compartas conmigo los tuyos. Somos compañeros de vida, Skye, así que no podemos vivir del mismo modo en que lo hacen los demás.

—Pero... los condes de Mersett se aman y nosotros... nosotros no.

—Si no nos amamos, si no conseguimos enamorarnos el uno del otro, al menos debemos hacer todo lo posible por tener una vida lo más satisfactoria posible para ambos. Y, aunque valoro la libertad e independencia de las mujeres, no toleraré que tengas amantes. Yo tampoco las tendré.

Ella sonrió con amargura.

—Todos los hombres las tienen, no es...

—Sí es importante, Skye. Para mí lo es. Mucho, de hecho. La fidelidad me parece primordial porque es la primera muestra de respeto que tienes hacia tu pareja. Cuando la engañas, sea por los motivos que sea, estás traicionando a esa persona, faltándole al respeto y, por supuesto, destrozando la confianza que esa persona ha puesto en ti. No lo haré. Soy un hombre de principios. No importa si algún día llego a desear tanto a una mujer como para traicionarte, porque no soy una bestia incapaz de reprimir mis instintos. Tampoco soy tan egoísta como para no pensar en tus sentimientos.

Skye guardó silencio.

—Pero yo me sentiré mal si... si te enamoras de otra persona y no puedes estar con ella porque yo te arrastré a esto.

Decir aquellas palabras le resultó tan difícil que se atragantó con ellas.

—Sin embargo, fui yo quien aceptó formar parte de tu plan. Por tanto, sean cuales sean las consecuencias, debo atenerme a ellas. Me guste o no. Y lo mismo te sucede a ti.

Skye asintió y se relajó contra el respaldo del asiento.

—Es reconfortante saber que has pensado en todo eso. Quiere decir que te lo estás tomando en serio.

John suspiró y cerró los ojos.

—Por supuesto. No habría aceptado de no haber valorado todas las posibilidades.

Skye asintió de nuevo y, de repente, empezó a retorcerse en el asiento. John se volvió para mirarla.

—¿Qué sucede?

—Nada.

—¿Quieres que detenga el carruaje? ¿Necesitas bajar? ¿Es eso?

—¡Oh, no! ¡No! Es solo que... quería hacerte otra pregunta, pero no sé si debería. Es un poco vergonzoso y...

John hizo un gesto con la mano para indicarle que hablase, pero ella guardó silencio durante

unos instantes. Luego, como si tuviese la necesidad de decirlo todo de una sola vez, se enderezó y lo soltó.

—Me preguntaba qué tipo de hombre eres durante... durante... durante la consumación. —Vio que John saltaba en el asiento como si hubiese sido accionado por un resorte—. Lady Mersett me habló del tipo de hombres que hay y... me preguntaba... la verdad es que me da mucho miedo ese asunto, pero no tenía nadie con quién hablar excepto lady Mersett, pero ella no quería hablar de la vida íntima de un hijo, así que solo he podido preguntarle a una persona más y su información es muy diferente de la de lady Mersett.

John, perplejo, se volvió hacia ella. Skye se dio cuenta de que había sido demasiado sincera, que habría tenido que cuidar sus palabras, que aquello, precisamente aquello, era algo que jamás tendría que haberle preguntado. Ni siquiera estaban casados, por amor de Dios. Se cubrió la boca con una mano y, de repente, escuchó la risa de John. Como siempre le sucedía cuando lo escuchaba reír, una agradable sensación le recorrió el cuerpo. No importaba si se estaba burlando de ella, le gustaba el sonido de su risa e incluso podía evocar la expresión de su rostro cuando reía. Ningún hombre reía como él. Ninguno. Tampoco se veía tan atractivo cuando lo hacía, ni la llenaba de tal calidez inexplicable. No. No había un solo hombre sobre la faz de la tierra capaz de hacerla sentir de aquel modo con algo tan simple como una carcajada.

—¡Santo Cielo! —lo oyó decir—. Esto sí que no me lo esperaba.

—¿He sido demasiado descarada? —Sabía que así era, pero se sintió en la necesidad de preguntárselo, aunque no sabía por qué.

—Desde luego que sí —dijo él jocosamente—, pero me gusta. Que me preguntes algo así... —Rio de nuevo—. Bien... no puedo responder a eso. Quizá lo averigües y puedas decírmelo tú misma cuando suceda. A no ser que quieras tu respuesta aquí y ahora.

Skye abrió mucho los ojos, sobresaltada.

—¡No! —exclamó.

En primer lugar, la idea de la intimidad la aterraba y, en segundo lugar, no veía cómo podía suceder «aquello» en un carruaje. La risa de John se convirtió en carcajadas, aunque Skye sabía que no estaban destinadas a avergonzarla.

—Bien, milady, no será ahora, pero prométeme que cuando lo averigües me darás la respuesta. Ahora yo también siento curiosidad.

Skye, a pesar de sentirse avergonzada, sonrió.

—Lo haré, no te quepa duda.

Por alguna extraña razón, se sentía cómoda hablando con él. El hecho de que hubiese aceptado aquel tipo de pregunta de una forma tan natural, que no la hubiese regañado y bromease con el asunto, hizo que se reafirmase en lo que ya había intuido antes: había tomado la mejor decisión de su vida al arrastrar a aquel hombre hasta Gretna Green. Quizá no llegasen a amarse nunca, pero serían buenos compañeros de vida, estaba segura.

Capítulo 12

Tras cuatro días de viaje a un ritmo más bien moderado, llegaron a Gretna Green. Skye, que no había entendido el porqué de su prisa cuando iban a viajar a aquella velocidad, se dio cuenta de que John había tomado la decisión acertada. No solo le había dado la oportunidad de arrepentirse y dar la vuelta, sino que se había ocupado del bienestar del cochero, quien sufría la peor parte del viaje. Lo admiró todavía más por cuidar de él y este pareció sentirse muy agradecido por la deferencia, a pesar de que Skye intuía que no se llevaban demasiado bien.

Lo más incómodo de todo era que se había visto obligada a compartir cama con él. Viajaban fingiendo ser esposos y él no quería dejarla sola en un cuarto de ninguna de las posadas en las que habían descansado, así que compartían el lecho, aunque él se había mostrado tan respetuoso como si quien durmiera a su lado no fuese su futura esposa, sino una hermana o algo similar. Aunque reconoció que su movimiento había sido hábil, pues tras dormir tres noches con él, se había acostumbrado a tenerlo a su lado y ya no le resultaba tan amenazante la idea de compartir el lecho en el futuro.

Skye se dio cuenta de que nada de lo que hacía era casual y todos aquellos comentarios sobre su inteligencia que había escuchado a hurtadillas regresaron a ella a medida que avanzaban hacia su destino. Su consideración la conmovió.

Para John aquellas noches habían sido un infierno. No había descansado apenas, pues la tenía tan cerca que le costaba resistirse a la tentación. No sabía cuándo había empezado a desearla, pero lo cierto era que se consumía por dentro cada vez que lo rozaba durante su sueño. Para Skye no fue más sencillo, a pesar de que el cansancio le hacía más fácil quedarse dormida. La primera noche que habían dormido juntos había estado tan tensa incluso en su sueño, que se había levantado con la espalda rígida. Las siguientes noches fueron más cómodas, pero no dejaba de sentirse insegura, temiendo que se abalanzase sobre ella como lord Scotford había hecho con Sophia.

Nada de lo que estaba haciendo había sido idea de John, porque si bien se tenía a sí mismo por un hombre considerado, todavía se le escapaban algunas sutilezas que, por lo visto, lady Mersett conocía muy bien. Había sido ella quien le había dicho que, si aceptaba su proposición iniciasen el viaje cuanto antes, pues debían viajar despacio para conocerse y darse la oportunidad de cambiar de opinión ya que, según ella, podía suceder. También le había dicho que compartiese la

cama con su futura esposa, pues a pesar de que él mismo no se habría atrevido a dejar sola a Skye, nunca se le habría ocurrido que compartir el lecho fuese tan importante para alcanzar cierto grado de intimidad. Y también para acostumbrarse el uno al otro. El problema era el deseo que había despertado en él y, estaba seguro de ello, lady Mersett había sido muy consciente de que aquello acabaría sucediendo, porque Daphne Lee nunca daba consejos sin que hubiese una segunda intención detrás.

John admiraba, respetaba y quería a lady Mersett. Antes incluso de que su esposo le ofreciese su mecenazgo, ella se había preocupado por él y le había regalado ropa, había preparado cestas de comida para él y lo había cuidado dentro de sus posibilidades, pues no estaba bien ni para cuidar de sí misma. Eso era algo que nunca olvidaría. Como tampoco podría olvidar el cariño que le había mostrado en todo momento, sin hacer distinciones entre él y sus propios hijos, animándolo y cuidándolo cuando lo necesitaba.

Quizá por eso estaba allí. Sabía que ella deseaba aquel matrimonio porque creía que Skye era la mujer adecuada para él y no había nada que desease más que complacerla. No estaba seguro de que fuese la única razón, pero desde luego era una muy poderosa.

Solo lamentaba el hecho de que lord Mersett se hubiese enfadado con su esposa por aquello. Esperaba que, a su regreso, las aguas hubiesen vuelto a su cauce.

Se casaron en la misma herrería donde los condes de Mersett lo habían hecho diez años antes. John pensó que no podría haberse casado en un lugar mejor.

También se alojaron en el mismo lugar en el que lo habían hecho ellos, aunque no estaba seguro de que los hubiesen alojado en la misma habitación. Aun así, le agradó la idea de pisar los mismos lugares que sus benefactores, porque de algún modo sentía que era un buen auspicio para su matrimonio.

Skye estuvo muy nerviosa durante las horas previas al matrimonio y su nerviosismo fue en aumento a medida que se acercaba la noche. Durante el viaje había recuperado el autocontrol que había perdido durante las primeras horas de viaje al hacerle todas aquellas preguntas a John, pero aun así logró mantener agradables conversaciones con él e incluso llegaron a intimar bastante, pues se contaron cosas sobre sus vidas y también algunos de sus sueños. El hecho de que un hombre la escuchase con tanta atención y la animase a expresar sus sentimientos, era tan novedoso que no le resultó nada difícil hacerlo. Si no estaba de acuerdo con algo se lo decía, pero con tanto respeto que no se sentía ofendida en absoluto. De hecho, le explicaba el porqué de su desacuerdo e incluso la animaba a rebatir sus argumentos.

Sin duda, había hecho una buena elección.

El problema era que todo aquello era maravilloso, sí, pero debía enfrentarse a la noche de bodas. En el carruaje habían hablado sobre aquello: debían consumir el matrimonio, pues si sus

padres exigían un examen físico, tendrían que demostrar que, efectivamente estaban casados en todos los sentidos. Él le prometió que le daría tiempo, que no se abalanzaría sobre ella, y confiaba lo bastante en él como para saber que era cierto. Sin embargo, no tenían mucho tiempo y era consciente de ello. No se lo había dicho a John, pero con la carta de Malcom había recibido una de sus padres diciendo que llegarían unos días antes que él, así que debían hacer «aquello» cuanto antes, y ella había decidido que fuese esa misma noche. Era como cuando se veía obligada a hacer algo que le resultaba doloroso: no perdía el tiempo y se lanzaba de cabeza. Afrontó aquel asunto del mismo modo. Estaba asustada, pero era mejor pasarlo cuanto antes.

Durante la cena, John condujo la conversación, en la que ella participó como una autómatas. Si le hubiese preguntado qué respuestas había dado a sus preguntas, no sabría qué contestar. Apenas probó nada de lo que habían servido y tampoco sabía qué era toda aquella comida. Solo quería terminar con aquello cuanto antes.

—Skye, relájate. No voy a hacerte nada. Te dije que no lo haría hasta que estuvieses preparada. Skye lo miró unos instantes y negó con la cabeza.

—Tiene que ser esta noche.

John le sirvió una copa de vino, que ella bebió de un trago. La miró, preocupado.

—¿Por qué tiene que ser esta noche?

—Porque cuando lleguemos mis padres ya estarán en Blackwood Manor. Pensaban visitarme antes de la llegada de Malcom. —Lo miró, suplicante—. Debe ser esta noche, ¿entiendes? No puedo permitir que anulen el matrimonio. No he pasado por todo esto para acabar casada con Malcom de todos modos.

John suspiró y se sirvió a sí mismo una copa de vino. No era que no lo deseara, porque de hecho llevaba anhelándolo desde que habían iniciado aquel viaje. Sin embargo, no creía que aquel fuese el mejor momento para ella. Había planeado iniciarla en el sexo despacio, sin prisa, dándole tiempo para acostumbrarse a sus caricias. Pero si le decía aquello, ¿qué debía hacer?

—Skye, no tiene que ser esta noche. Hagámoslo cuando estés más relajada.

—¡No! —exclamó ella—. Estoy tan asustada, que, si lo dejamos para otro día, moriré a causa de la ansiedad. Lady Mersett me dijo que no debía tener miedo, pero estoy aterrada. Quiero pasar por esto ya y olvidarme del asunto.

John se atragantó con el vino y la miró, jocoso.

—No me dejas en muy buen lugar si te comportas como si caminases hacia el patíbulo en lugar de hacia el lecho conyugal. Aunque no lo creas, también tengo mi orgullo.

Ella lo miró consternada.

—Lo siento.

John asintió, risueño.

—Tampoco me deja en muy buen lugar que quieras olvidarte «del asunto» en cuanto terminemos. Espero hacerte cambiar de opinión, aunque si no es así tendré que replantearme mis habilidades.

Skye se echó hacia atrás en la silla, horrorizada.

—¿Planeas repetir «eso»?

—Era mi intención tener un matrimonio completo, pero si tú no lo deseas, tendré que conformarme con uno platónico.

Ella frunció el ceño.

—¿Y si después de «eso» eres tú quien no quiere repetir?

John fingió pensar y asintió de nuevo, aunque esta vez con gesto meditabundo.

—Puede suceder, claro. Sería una tragedia. ¿Cómo engendraríamos hijos, entonces?

Skye abrió mucho los ojos.

—¡Es cierto! ¿Cuántas veces habría que repetirlo, entonces?

John estalló en carcajadas. La miró, con ojos brillantes a causa de la risa.

—¿Crees que hay un método matemático para algo así? Si lo hacemos diez veces conseguimos un niño y, si son doce, una niña.

Skye lo miró, indignada por la broma, pero él no podía dejar de reír.

—Sé que soy una ignorante en estos asuntos, no necesito que me lo recuerdes.

John hizo un gran esfuerzo para recuperar la compostura y, cuando por fin lo hizo, la miró a los ojos.

—No lo sé, Skye. Podría suceder esta noche, mañana, el año que viene... uno nunca sabe. Incluso podría no suceder nunca.

Skye se cubrió la cara, horrorizada.

—¿Tantas veces? ¡No podré hacerlo!

John, con infinita paciencia, le sujetó las manos por las muñecas y se las apartó de la cara. La obligó a mirarlo a los ojos.

—Si has hablado con lady Mersett, ¿por qué tienes tanto miedo? —Skye dudó. Se sentía estúpida, pues un hombre jamás entendería algo así—. ¿Te dijo algo que te asustó?

Negó con la cabeza.

—No fue ella.

—¿Entonces quién?

—Sophia.

John suspiró y le soltó las muñecas.

—¿Qué te dijo?

—Es vergonzoso.

—No, no lo es. Ahora estamos casados y necesito saber por qué estás tan asustada.

Skye se mordió el labio inferior y guardó silencio unos minutos.

—Me dijo que duele mucho. Que los hombres lo disfrutan, pero que para las mujeres es una tortura.

John ahogó una exclamación de disgusto.

—¿Qué más te dijo?

—Algo muy diferente de lo que me dijo lady Mersett.

—Dime qué te dijo, Skye.

—Me explicó que debo tumbarme en la cama y esperar a que te pongas encima de mí. No debo hacer nada, solo esperar a que termines. Y tampoco puedo quejarme del dolor, porque te disgustará.

John se cubrió la cara con las manos. Había confiado en que las palabras de lady Mersett la hubiesen tranquilizado, pero su amiga... En fin, que tendría que hacer un gran esfuerzo para calmarla. No podía dejar que continuase temiendo el contacto físico por culpa de la mala experiencia de lady Sophia.

—No siempre es así —le explicó—. No todos los hombres son como lord Scotford. Y, lo que es más importante: yo no lo soy. No recuerdo haber lastimado a ninguna de las mujeres con las que me he... —Al ver la expresión de su esposa, deseó haberse mordido la lengua—. Skye, con la persona adecuada no es tan terrible, te lo garantizo. Ni siquiera tiene que doler en tu primera vez. Tal vez no seas capaz de disfrutarlo como en ocasiones posteriores debido a la novedad y los nervios, pero te aseguro que no debes tener miedo.

—¡Qué fácil es decirlo!

John sonrió, compasivo.

—Hagamos una cosa, ¿vale? —Ella lo miró, esperanzada—. Si hago algo que no te gusta, lo que sea, me lo dices. Y si te lastimo, también. ¿De acuerdo?

—¡Pero se supone que...!

—Skye, el nuestro no es un matrimonio convencional, ni hemos llegado aquí de una forma muy normal, que digamos. Las normas en nuestro dormitorio tampoco tienen por qué ser las mismas que rigen en otros, ¿sí? —Ella dudó unos segundos y luego asintió, conforme—. Bien, entonces deja que yo decida el momento y disfruta de la cena, ¿te parece?

—Pero...

—Sin peros.

—¡Pero si mi padre y mis hermanos...!

—He dicho que sin peros. —Le sirvió otra copa de vino—. Confía en mí y deja que me ocupe de todo. ¿Lo harás?

Skye asintió. Confiaría en él, por supuesto, pero no estaba del todo convencida de que las cosas fuesen a cambiar por hacerlo. Aun así, necesitaba depositar en él toda su confianza, pues tenía demasiado miedo de lo que iba a suceder.

Lo miró unos instantes y agradeció al cielo haber encontrado a un hombre como él. No importaba lo doloroso que fuese todo aquel asunto, lo soportaría porque él se merecía que lo hiciese.

Capítulo 13

Encantadora. Skye era, sencillamente, encantadora. Le divertía la forma en que expresaba sus miedos y sus pensamientos cuando estaba nerviosa, pues era en ese momento cuando perdía aquel estricto control que ejercía sobre sí misma que, en ocasiones, llegaba a exasperarlo. Sin embargo, justo en el instante en el que la mujer cuidadosa y sofisticada dejaba paso a la joven asustada que en realidad era, el corazón de John se derretía. No era por su inocencia, ni siquiera por su miedo, sino porque le recordaba a sí mismo mucho tiempo atrás, cuando se había visto obligado a enfrentarse al mundo por su cuenta, lejos de la protección de Mildred Cotton. La convivencia con ella había sido terrible, pero al menos lo había protegido de cosas peores, aunque eso lo había averiguado mucho más tarde.

John quería proteger a Skye y, al mismo tiempo, ayudarla a enfrentar el mundo sin temores. Desde luego, lo que menos deseaba era que le tuviese miedo a él, el hombre con quien iba a compartir su vida. Incluso llegó a alegrarse de haber sido él quien la condujese al altar y no Tamworth, pues el muy desgraciado habría convertido a aquella deliciosa criatura en una mujer amargada y llena de resentimiento. Él no permitiría que sucediese eso. Y, si algún día llegase a suceder, no sería por sus acciones, de eso estaba seguro.

Skye era preciosa en muchos sentidos. Era bonita, claro, pero también era compasiva, inteligente, amable y cálida. Había percibido en ella el deseo de ser amada, pues era un anhelo que él mismo tenía. No había sido difícil ver cuánto necesitaba el afecto de alguien. John, al contrario que ella, tenía personas que lo querían sinceramente. Los condes de Mersett, Aaron Wadlow, Kate Fergusson, la antigua ama de llaves e íntima amiga de lady Mersett, y los hijos de los condes. Sin embargo, seguía sintiéndose vacío, era como si nada de aquello le perteneciese, como si todo aquel afecto lo hubiese robado o, lo que era peor, no estuviese dirigido a él. Por eso llevaba el enorme peso de la culpa, pues nadie había hecho nada para que se sintiese de aquel modo. Todos lo habían tratado bien, lo habían hecho sentir como parte de la familia, pero él... él no era capaz de aceptar aquel amor con plenitud porque estaba convencido de que no le pertenecía, que no lo merecía.

Quizá siempre había sido así, tal vez el saber que lo habían abandonado en la puerta de la iglesia había hecho mella en él hasta convertirlo en el hombre amargado que ahora era. Y, a lo mejor, sentía aquella debilidad por Skye precisamente porque ella parecía estar fuera de lugar en

cualquier sitio, igual que él. Era consciente del cuidado que tenía al hablar, al moverse, al comer... en fin, le recordaba a aquel niño que cuidaba cada gesto, cada movimiento, cada palabra, y que reprimía sus sentimientos porque conocía su posición demasiado bien. No era nadie, solo un huérfano al que habían abandonado, alguien al que nadie quería desde el mismo momento en el que había nacido. No mentía cuando decía que no sabía qué habría sido de él si lord Mersett no hubiese aparecido en su vida. Él había evitado que hiciese trabajos pesados, lo había protegido en todo lo que había podido, pero no podía estar con él veinticuatro horas al día, así que su protección era limitada.

La verdad era que, aunque al llegar a Minstrel House su vida había mejorado, también había empeorado en otras cuestiones. Solo tenía que mirar al cochero que los había acompañado para recordar algunos de los peores momentos de su vida.

Miró a Skye, que se retorció las manos, nerviosa, y se sirvió otra copa de vino. La bebió despacio, pensando en cómo debía enfrentar aquel asunto de la noche de bodas. No podía llevarse a la cama a una mujer tan asustada, desde luego. Ni siquiera él era tan desaprensivo. Por más que ella quisiera sacarse «el asunto» de encima, era lo bastante consciente de la situación como para no forzar las cosas.

La deseaba, por supuesto. La deseaba como no había deseado a ninguna mujer antes. No sabía por qué, pues no era un hombre de grandes pasiones, pero lo cierto era que jamás se había sentido de aquel modo. Quizá se debiese a la proximidad, pues nunca había tenido tal intimidad con ninguna mujer. Los últimos cuatro días habían compartido cada hora, cada minuto, cada segundo del día y la noche, separándose solo para concederse el suficiente espacio para realizar las tareas más íntimas, como el aseo, entre otras cosas.

Jamás había compartido tantas horas de su vida con nadie, ni siquiera con Aaron Wadlow. Aquello era nuevo para él y, al mismo tiempo, le resultaba agradable. Había algo especial en aquellos días que habían compartido que, estaba convencido de ello, no volvería a sentir jamás. Quizá sería reemplazado por otras cosas, algunas más reconfortantes y agradables, otras tal vez menos, pero nunca olvidaría aquel viaje.

Skye también lo observaba, pero presa de un nerviosismo que no había sentido jamás. No había en sus nervios miedo o desconfianza, sino algo similar al anhelo, aunque no entendía bien sus propios sentimientos.

Era consciente de su propia inocencia y se sentía frustrada por ella. Le gustaría saber algo más, lo suficiente para enfrentar aquella situación, al menos. Todo lo que había recibido habían sido informaciones contradictorias. Lady Mersett le había dicho una cosa y Sophia otra muy distinta, así que no sabía cuál era la verdad y eso la incomodaba mucho. Necesitaba tener las cosas muy claras para enfrentarse a las situaciones. Aunque nada la había preparado para compartir semejante intimidad con un hombre, y menos con uno que hacía cuatro días solo era un desconocido. Ahora se había convertido en su esposo, la persona con la que compartiría el resto de su vida.

No le preocupaba solo lo que sucedería aquella noche, sino que sentía una gran angustia al pensar en lo que pasaría a su regreso, en la posibilidad de ser examinada por un desconocido para comprobar que había consumado el matrimonio y en las miradas que recibiría cuando se descubriese que había huido a Gretna Green con el objeto de deseo de las debutantes, el héroe romántico de todas aquellas niñas que lo veían como el trágico personaje de una novela. Y su vida había sido trágica en algún momento, estaba segura, a pesar de que apenas le había hablado sobre sí mismo, solo le había preguntado cosas sobre su vida. No le había hablado del tiempo que había vivido en Minstrel Valley, solo de su vida con Aaron Wadlow y los condes de Mersett, nada más.

Se sentía afortunada, pues estaba convencida de que sería un buen esposo. No importaba si tenía que pasar por aquel acto desagradable, ya que era parte de sus deberes. Estaba segura de que la vida con él compensaría aquellos momentos tan horribles.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Skye se estremeció al percibir la intensidad de su mirada, e incluso ella, que no sabía nada de la vida, había sido capaz de interpretarla. Lujuria. Sin duda era deseo lo que veía en él—. ¿Alguna vez te han besado?

Skye se sonrojó hasta la raíz del cabello y agachó la cabeza, avergonzada. Asintió, sintiendo que, al haber permitido que otro hombre la besase, había traicionado a su esposo. Quería explicarle que no era una fresca, que no había tenido opción, que le habría gustado negarse, pero no había podido hacerlo.

—¿Te gustó? —le preguntó él de nuevo.

Pensó en los dedos de Malcom clavándose dolorosamente en su cuello y los labios húmedos presionando los suyos con tanta fuerza que le hacía daño, pero lo peor era la lengua abriéndose paso hacia el interior de su boca. Había sido horrible, una de las peores experiencias de su vida.

—No —dijo con firmeza—. Lo odié.

Escuchó un suspiro y alzó la cabeza para ver su expresión. Parecía consternado y pensó que, quizá, no tendría que haber sido tan sincera.

—Tamworth, supongo.

No parecía molesto por su respuesta, solo... ¿preocupado? Asintió, sin saber muy bien cómo reaccionar a aquella situación. Él se sirvió otra copa de vino y Skye temió que se emborrachase. No le gustaban los borrachos. Sus hermanos y su padre se convertían en monstruos cada vez que lo hacían.

—No me voy a emborrachar —dijo él como si le hubiese leído el pensamiento—. Solo estoy buscando el valor necesario para afrontar la noche.

Skye interpretó mal sus palabras y pensó que necesitaba ahogarse en alcohol para encontrar el valor para consumir el matrimonio con ella. ¿Tan desagradable le parecía? ¿O el hecho de que tuviese tanto miedo de «ese asunto» lo incomodaba? Se sintió insultada. No sabía bien por qué, pero la sensación de haber sido humillada la invadió. Frunció el ceño, cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró, airada.

—Lamento que necesites emborracharte para consumir el matrimonio conmigo.

John la miró, estupefacto. ¿Había dicho lo que él creía que acababa de decir? ¿De verdad pensaba que necesitaba emborracharse para llevársela a la cama? Sonrió con amargura.

—Cariño, habría consumado el matrimonio contigo antes incluso de habernos casado. Es un milagro que hayas llegado a esta noche virgen.

Skye se sonrojó y contuvo la respiración, sorprendida por sus palabras. Ella estaba segura de que no...

Se llevó las manos a las mejillas para ocultar su sonrojo. Detestaba su inocencia. La odiaba con todo su ser.

—¿Y por qué estás bebiendo ahora?

John bebió otro trago.

—Porque tendré que aguantar las ganas una noche más. No quiero asustarte. Odiaría que me detestases por lo que suceda tu primera vez.

—¡Oh!

Lo miró, consternada. Él se echó a reír.

—Eres tan elocuente cuando quieres y en un momento como este solo dices «¡oh!». —Suspiró y dejó la copa sobre la mesa—. Llevo tres noches sin pegar ojo, Skye, mientras que tú dormiste como un bebé. Créeme, necesito emborracharme para superar otra noche más sin... sin... sin disfrutar de los placeres de la vida conyugal.

Suspiró y se apoyó en el respaldo de la silla. La observó con atención. La expresión sorprendida que dio paso a una sonrisa tímida, la comprensión de la situación que se reflejó en su mirada y luego su sonrisa se ensanchó, como si le hubiese agradado su confesión. No pudo evitar sonreír también. No sabía por qué, pero sus labios se curvaron en una sonrisa porque sí, sin más motivo que ver sonreír a Skye.

—Ven aquí —le dijo al cabo de unos minutos.

Quizá no era el momento de demostrarle que lo que le había dicho lady Sophia no era del todo cierto, pero al menos podía hacerle olvidar los besos de Tamworth. La idea de que él la hubiese besado lo enfurecía, aunque no entendía el porqué. Detestaba a Tamworth, quizá se debiese a eso. O tal vez fuese el pensar que, quizá, la había obligado a hacerlo.

—¿Ahí? ¿Por qué?

John suspiró.

—Solo... solo ven.

Ella dudó unos instantes, pero al final se levantó y se acercó a él. John se palmeó el regazo para indicarle que se sentase allí y ella lo miró horrorizada. ¿Sentarse en su regazo? No recordaba la última vez que se había sentado en el regazo de alguien, ¿cómo iba a hacer algo tan escandaloso? John, tras un suspiro resignado, tiró de ella para sentarla allí, y Skye, sobresaltada intentó levantarse. Dos veces. Aquello era demasiado íntimo para ella.

—¿Tanto te desagrado, Skye? —Ella negó con la cabeza con tanta vehemencia, que John no pudo evitar sonreír—. Entonces quédate quieta. —Le rodeó la cintura con un brazo y la sujetó por

la barbilla para obligarla a mirarlo—. Voy a besarte, ¿de acuerdo? —Skye se estremeció al pensar en aquel acto tan desagradable, pero sabía que era su obligación aceptar aquel tipo de cosas, así que asintió mostrando una conformidad que no sentía—. Si no te gusta, dímelo.

Ella, deseando terminar con aquello y temiendo que prolongase el momento demasiado y, con él, su tortura, le tomó el rostro entre las manos con firmeza, cerró los ojos con fuerza y aplastó sus labios contra los de él tal y como lo había hecho Malcom con ella. También empujó su lengua hacia el interior de la boca de John, quien la miraba estupefacto y la dejaba hacer, incapaz de reaccionar. Skye prolongó aquel beso haciendo exactamente lo que Malcom le había hecho a ella hasta que sintió el sabor metálico de la sangre. Se apartó de él y, al mirarlo, satisfecha porque había terminado con aquello, intentó levantarse de su regazo, pero John se lo impidió. Lo miró, molesta, y vio que se limpiaba la sangre del labio inferior con rabia. Los ojos azules tenían un brillo peligroso que la hizo estremecer. Cuando arrojó la servilleta con la que se había limpiado sobre la mesa con un gesto iracundo, se estremeció.

—¡Deja de compararme con Tamworth, maldita sea! ¡Yo no soy como él!

Capítulo 14

Estaba furioso y ni siquiera sabía por qué. Quizá fuese por ese intento de Skye de terminar con todo con rapidez, tal vez porque sentía que en todo momento tenía que demostrar que él no era como los demás hombres. Aunque lo más probable fuese que estaba haciendo un gran esfuerzo para no comportarse como lo haría cualquier otro en aquella situación y ella seguía tratándolo de aquel modo.

Había intentado terminar con el asunto del beso cuanto antes haciendo exactamente lo que Tamworth le había hecho, o al menos eso creía. Le resultaba ofensiva su prisa y también que lo comparase con él. Lo odiaba. Y lo hacía porque, en realidad, él no era tan considerado como aparentaba ser y cada ápice del autocontrol del que se sentía tan orgulloso, estaba siendo puesto a prueba por aquella mujer.

Decidido a demostrarle una vez más que él era muy diferente de su antiguo prometido, la sujetó por la nuca y la acercó a sus labios. Ella los apretó con fuerza y cerró los ojos al mismo tiempo que se tensaba, pero no se resistió. Su deber era satisfacer a su esposo y lo haría, aunque le resultase desagradable.

Con un suspiro resignado la soltó y la ayudó a levantarse. Skye lo miró sorprendida y él, incapaz de pasar un minuto más en la misma habitación que ella, cogió la botella de vino y salió dando un portazo. Empezaba a replantearse el asunto de tener una amante. No se había casado para soportar a una mujer que sentía tal rechazo hacia él.

Vagó sin rumbo buscando un lugar agradable donde beberse la botella de vino que llevaba en la mano y acabó en una taberna. No pensaba regresar hasta el amanecer, cuando ella durmiese profundamente y él se hubiese lamido las heridas lo suficiente como para no comportarse como un energúmeno con ella.

Bien, él había decidido aceptar aquel matrimonio y, excepto porque su esposa lo rechazaba como hombre, los beneficios que le aportaría en el futuro aquella decisión compensaban con creces las carencias en otros terrenos... o al menos deberían hacerlo. Tenía que ser así. Porque él no volvería a sentir el rechazo de su esposa nunca más. No intentaría aproximarse a ella, no trataría de convencerla. Se ocuparía de sus padres y de todos los asuntos relacionados con estos, pero se negaba a pasar por aquel tormento de nuevo. Había sido tan doloroso como humillante y, en su opinión, no tenía la necesidad de humillarse más de lo que ya lo había hecho.

Por primera vez en sus veintiséis años de vida, bebió hasta desmayarse y, cuando recuperó la conciencia, el sol ya estaba en lo alto.

Tras la marcha de John, Skye se sintió tan frustrada como culpable, así que lo esperó despierta para disculparse. Era obvio que lo había ofendido e incluso ella comprendía que sus acciones y su comportamiento habían sido precipitados. Lo había juzgado de forma errónea porque había dado más credibilidad a las palabras de Sophia que a las de lady Mersett y, quizá, su amiga estaba equivocada. Ciertamente, su experiencia con Malcom había sido muy desagradable, pero como le había dicho la condesa, no todos los hombres eran como él.

¡Ay, cómo se arrepentía de haberse comportado como lo había hecho! Pero el miedo era algo que no podía evitar. A lo largo de su vida le habían enseñado que los hombres eran bestias incapaces de contener sus instintos y que por eso debía mantenerse alejada de ellos, pues su virtud y su reputación estarían condenadas si se acercaba a uno sin la compañía adecuada. Ella se lo había creído a pies juntillas y las continuas amenazas de Malcom sobre las cosas que le gustaría hacerle, junto con sus besos, la habían convencido todavía más sobre aquel asunto. ¿Cómo iba a deshacerse de todo aquello en un par de días? Sabía que John era diferente, su cerebro y su corazón se lo decían, pero su cuerpo tenía vida propia, y el primero se negaba a pensar de forma racional cuando se trataba de la intimidad entre un hombre y una mujer.

Esperó despierta toda la noche, pero John no apareció. Empezó a imaginar todo tipo de situaciones y, entre ellas, el abandono fue cobrando fuerza. ¿Y si anulaba el matrimonio alegando que no había sido consumado y que ella se resistía a tener una noche de bodas? Eso sería una tragedia, pues había tenido que hacer cosas que jamás habría hecho de no haber sido por la desesperación que sentía. La simple idea de pensar que por sus errores sería desechada y lanzada a los brazos de Malcom de nuevo, la hacía temblar.

Cuando John apareció de nuevo con la ropa revuelta y apestando a alcohol, pensó que su matrimonio había terminado allí, pues él ni siquiera la miró. Pidió que le preparasen un baño y, en cuanto lo hicieron, empezó a desnudarse como si ella no estuviese presente, como si no hubiese nadie en la habitación. De no ser por lo violento de la situación, se habría sentido muy ofendida por que la tratase como a un ser invisible.

—Si no vas a ayudarme, date la vuelta.

El gruñido proveniente de la bañera la enfureció y, de haber tenido algo a mano, se lo habría lanzado a la cabeza. Sin embargo, no lo tenía y no quería darle el placer de ver como lo obedecía. ¿No le había dicho que respetaría sus decisiones? Pues tendría que respetar aquella también.

Su intención en todo momento había sido hacerlo sentir tan incómodo como se sentía ella, pues de los dos él era el que estaba en una situación más vulnerable, al fin y al cabo, ella estaba cubierta de ropa, mientras que él tenía la piel expuesta. Sin embargo, no consiguió lo que se

proponía y acabó poniéndose en evidencia. Había olvidado lo que todo el mundo decía de él, de sus poderosos músculos, de su belleza...

Lo había olvidado y se quedó subyugada ante aquella imagen. Al verlo vestido, una podía intuir que estaba en forma, que era musculoso, pero el apreciar su musculatura desnudo era otra cosa muy diferente. El suyo era un cuerpo perfecto, como el de las estatuas griegas que había visto en un libro que había robado de la biblioteca de su padre. Sin embargo, su piel estaba llena de cicatrices, como si todas las penurias que había sufrido en su vida estuviesen reflejadas allí, en aquella piel dorada y sedosa que quería tocar. Era como si sus dedos creyesen que, si acariciaba aquellas marcas, se esfumarían. Y, por alguna extraña razón, quería que lo hiciesen, quería conocer la historia de cada una de ellas y hacerlas desaparecer una por una.

John la miraba con el ceño fruncido y ella se sonrojó al saberse descubierta.

—Si tanto te molesta lo que ves, date la vuelta —le dijo—. No tienes por qué soportar la visión de mis cicatrices.

Y, en lugar de decirle que no eran aquellas marcas lo que la incomodaban, sino el saber que había sufrido mucho más de lo que ella había imaginado, se dio la vuelta a pesar de saber que la malinterpretaría. No tenía la experiencia de vida necesaria para afrontar aquel momento con naturalidad ni el valor necesario para decirle que le dolía el corazón al pensar en el pequeño Johnny al que nunca había conocido y del que solo había oído hablar.

De haber podido, habría abrazado a aquel niño hasta la vida adulta para protegerlo de cualquier daño, para ayudarlo a convertirse en el hombre que ahora era.

No, no podía decirle eso. No sabía cómo hacerlo, pero podía tratar de suavizar el asunto de otro modo. Podía hablarle de sus propias marcas. Quizá de ese modo entendiese que no sentía aversión hacia ellas

—Yo también tengo algunas cicatrices —confesó—. En los muslos y el trasero. —Lo miró por encima del hombro—. Mi madre solía azotarme con una fusta hasta que me hacía sangrar. —Guardó silencio unos segundos al pensar en su madre—. No importaba si lo que había hecho merecía tal castigo o no, siempre me golpeaba. Era como si descargase todas sus frustraciones en mí. No lo entendía, claro. Cuando crecí me di cuenta de que represento todo lo que ella odia porque mi carácter es muy similar al de mi abuela. Ella odiaba a su madre. Era escocesa, ¿sabes?

John sonrió al escucharla. Sentía las entrañas revueltas y le dolía la cabeza, pero en cuanto había entrado en la habitación y la había visto se había sentido mucho más tranquilo, como si de repente hubiese llegado al lugar al que pertenecía. Era una sensación extraña en la que no quería pensar demasiado. Solo quería... quería disfrutarla. El hecho de que con aquellas palabras tratase de demostrarle que no le molestaban las marcas de su piel lo llenó de una gran calidez.

—¿Eras muy rebelde?

La vio asentir y su sonrisa se ensanchó.

—Mucho —dijo ella—. Siempre hacía lo contrario de lo que me decían.

—Así que te castigaban con frecuencia.

—Casi todos los días.

Eso explicaba que hubiese llevado a cabo aquella locura. Solo habían reprimido su verdadero carácter, no habían logrado erradicar aquello por lo que la habían castigado con tanta frecuencia. Suspiró y salió del agua.

—¿Qué clase de travesuras hacías?

—Robaba comida de la cocina y de la despensa porque siempre tenía hambre.

—¡Pero si comes como un pajarito! —Se envolvió en una bata de seda de color zafiro.

—Por eso siempre tengo hambre. Mi madre dice que no puedo comer mucho, que no es...

John la abrazó por la espalda con la intención de darle consuelo, pero ella dio un respingo por la sorpresa. La sujetó con firmeza.

—Quédate quieta, solo quiero abrazarte.

Ella lo hizo. Tiesa como un palo al principio, pero al pasar los minutos se relajó e incluso disfrutó de la calidez del abrazo.

—Así que siempre tienes hambre —dijo él apoyando la barbilla en su hombro. El cabello mojado goteaba sobre la tela del vestido de mañana amarillo que Skye llevaba puesto, pero ninguno de los dos pareció percatarse de aquello—. Tenemos que solucionar eso.

Skye negó con la cabeza.

—No puedo engordar. Tendría que apretar más el corsé y los vestidos no...

Un beso en el cuello la silenció. A pesar de lo extraño que le resultaba aquel contacto, a Skye le gustó. Le gustó mucho. Había sido un beso lleno de calidez, igual que los brazos que la rodeaban. Incluso siendo como era una persona sin experiencia, fue capaz de distinguir aquello de la lujuria. Había en aquel abrazo una especie de necesidad vital, algo que iba en ambas direcciones, pero que no fue capaz de identificar.

John, en cambio, conocía muy bien aquella emoción. Se trataba de afecto. Ambos necesitaban amor, gestos cariñosos como aquel, un abrazo, una sonrisa, una palabra cálida...

Él, sin duda, había recibido todo aquello de los condes de Mersett, pero nunca lo había disfrutado del todo porque no lo sentía como propio, porque era demasiado consciente de que no era parte de aquella familia a la que tanto amaba. Un pensamiento absurdo, habida cuenta de lo mucho que lo amaban y siempre se había sentido como una persona desagradecida y desconsiderada por pensar de aquel modo, pero no era algo que pudiese evitar por más que lo intentase.

Skye, en cambio, era parte de su vida ahora. Alguien con quien se sentía identificado y a quien se había unido con la plena intención de formar una familia propia.

—No me importa que engordes, solo quiero que estés saludable. —La mano que reposaba sobre el vientre de Skye lo palmeó con suavidad—. Debes llevar a mis hijos aquí y quiero que todos seáis muy saludables y viváis una vida muy larga. No soportaría que ninguno de vosotros me abandonase.

Skye sonrió, conmovida. Él no era consciente de todo lo que sus palabras le transmitían, como

el miedo al abandono que vibraba dolorosamente en su voz. Ya había sido abandonado una vez y no quería ser dejado atrás de nuevo.

—Nunca te abandonaré, John River, te lo prometo.

Capítulo 15

John la obligó a volverse para mirarla. Quería perderse en aquellos ojos verdes, quería... quería amarla. Se dio cuenta de que su mayor deseo era enamorarse de ella, si es que no lo estaba ya.

—Me enamoré de Derek la primera vez que me abrazó para darme ánimo y consuelo —le había dicho lady Mersett—. Entonces comprendí que el amor no se rige por ninguna regla, solo surge en el momento más inesperado sin motivo ni razón. A veces te enamoras de la persona adecuada y, en ocasiones, no. Pero así es la vida.

La experiencia de lord Mersett, en cambio, había sido muy diferente.

—Me enamoré de ella en un parque. Iba vestida con un *qipao* verde y llevaba el cabello recogido en dos trenzas, igual que la muchacha que la acompañaba. Era tan hermosa, tan increíblemente hermosa, que mi corazón dejó de pertenecerme, Johnny. Ella ni siquiera me había mirado y yo ya había caído rendido a sus pies.

Quizá a él le estaba sucediendo lo mismo. Quizá aquella emoción era mucho más de lo que él creía que era. Tal vez...

Sonrió para sus adentros y le acunó una mejilla con una mano, mientras sostenía su cintura con la otra. La acercó a su cuerpo y, antes de darle tiempo a pensar en lo que estaba sucediendo, la besó. Fue un beso suave, lento, destinado a borrar los recuerdos de Tamworth, pero también a imprimir sus propias memorias. Al principio, Skye se quedó muy quieta, como si esperase algo de lo que le había hecho su prometido. No forzó nada, lo hizo poco a poco, dándole el tiempo necesario para acostumbrarse a aquel contacto tan íntimo. Tras la primera impresión, ella se relajó entre sus brazos y él sonrió al notar su rendición. No quería asustarla porque sabía que de lo que sucediese en aquel cuarto, de lo que pasase en su primera vez, dependería el rumbo que tomase su relación. No quería que su matrimonio se convirtiese en uno solo de nombre. Deseaba una relación plena y completa con ella. Una familia feliz como la de los condes de Mersett, eso era lo que quería y haría todo lo posible para conseguirla.

Cuando ella le rodeó el cuello con los brazos de forma instintiva, se atrevió a ir un poco más allá y tanteó el interior de su boca con la lengua. Tan pronto como notó que ella se tensaba, la retiró para intentarlo de nuevo en cuanto se relajó otra vez. Poco a poco consiguió que Skye se acostumbrase a aquel contacto y respondiese a él. Era rápida aprendiendo y enseguida empezó a imitar sus movimientos. Estaba disfrutando del beso y eso permitió que John pudiese relajarse y

disfrutar también.

Fue Skye quien puso fin a aquello, sonrojada hasta la raíz del cabello. De repente había comprendido por qué se había enfadado John la noche anterior y se sintió estúpida. Desde luego que él nunca se comportaría como Malcom, no era ese tipo de hombre. Él... él... él jamás la lastimaría.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al darse cuenta de que lo había insultado. Ni siquiera sabía que estaba llorando hasta que él, preocupado, le secó la humedad de las mejillas con los pulgares.

—Siento haberte asustado, no quería... —Suspiró—. Lo lamento mucho, no volverá a pasar. No llores, por favor.

Ella le sujetó las muñecas y lo miró a los ojos.

—No me has asustado, no has hecho nada malo. Llora porque me siento mal, porque anoche te insulté, porque estaba equivocada en todo, porque... —Sacudió la cabeza—. Porque soy estúpida y no sé nada sobre nada.

John sonrió y la envolvió en un abrazo al que ella correspondió aferrándose a él con tanta fuerza, que a punto estuvo de dejarlo sin respiración.

—No eres estúpida —dijo mientras le acariciaba la espalda—. Es normal que no sepas nada sobre estas cosas. Solo necesitas tiempo para perder el miedo, y tenemos toda la vida para conseguir que dejes de pensar en lo que te contó lady Sophia y lo que te hizo Tamworth.

Ella aflojó el abrazo, para alivio de John, que pudo respirar con normalidad.

—Entonces, ¿lo que me contó lady Mersett está más cerca de la realidad?

—No. Para cada pareja las cosas son diferentes. Lo que le sucede a tu amiga, por desgracia, es muy frecuente. Diría que casi habitual. Los condes de Mersett se aman desde niños, así que para ellos hacer el amor es algo placentero. Pero hay algo de cierto en lo que la condesa te contó: si encuentras a la pareja adecuada, puedes disfrutarlo.

Skye se apartó de él.

—¿Crees que yo también puedo disfrutarlo? —John quería reír ante la pregunta, pero acabó asintiendo mientras se esforzaba todo lo que podía para mantener una expresión seria—. Quiero tener una familia feliz, John. No quiero vivir como mis padres. Quiero que nuestra casa esté llena de ruido como la de los condes de Mersett. Quiero que tengamos una relación como la suya. Podemos hacerlo, ¿verdad?

John suspiró y se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió con sinceridad—. Ellos lo comparten todo. ¿Estás dispuesta a compartirlo todo conmigo? —Ella asintió y él sonrió, divertido—. ¿Confiarás en mí? —Skye asintió de nuevo—. Entonces podemos intentarlo. Pero ahora... —Se llevó una mano a la sien—. ¿Qué te parece si dormimos algo? Tengo una resaca de mil demonios y necesito descansar un rato. No parece que tú hayas dormido mucho tampoco.

—No.

—Entonces vamos a la cama.

La llevó hasta el lecho y la obligó a tumbarse. John se acostó a su lado y la abrazó por la espalda. Para su sorpresa, ella no se tensó ante el contacto, sino que cubrió su mano con una de las suyas y, minutos después, escuchó la respiración lenta y pesada que acompañaba al sueño y sonrió. Al menos era capaz de dormir a su lado. Confiaba en él lo suficiente como para no estar tensa toda la noche. Había sido así desde el principio. El problema no era ese, sino su miedo a la intimidad. ¡De buen grado le habría echado un buen rapapolvo a lady Scotford por haberla asustado!

A pesar de la resaca, John fue incapaz de dormir y, cuando se aseguró de que Skye no despertaría, se levantó y se vistió para dar un paseo. Por mucho que le gustase la idea de quedarse allí y dar tiempo a que su relación avanzase algo antes de enfrentarse al mundo, no podían permitírselo. Tarde o temprano irían a buscarlos para tratar de evitar no solo el matrimonio, sino también que hubiese algún acto irreparable, así que era mejor para ellos enfrentarse a aquello lo más pronto posible, pues cuanto menos lastre arrastrasen, más fácil sería para ellos formar esa familia que los dos querían tener.

Encontró a Thomas Anderson, el cochero, sentado en el comedor de la posada. Las miradas burlonas que le había lanzado desde que habían salido de Minstrel Valley no le habían pasado desapercibidas, aunque había intentado ignorarlas en todo momento en beneficio de un viaje pacífico. Se tragó la rabia que sentía cada vez que lo veía y se sentó frente a él. Enseguida le sirvieron una jarra de cerveza que dejó a un lado mientras esperaba por un plato de guiso. Era la hora del almuerzo, pero él no tenía hambre, solo quería decirle a aquel tipo que debía prepararse, pues partirían aquella misma tarde.

—Hace diez años hice el mismo viaje con mi hermano, aunque los viajeros eran los condes de Mersett —le dijo Thomas hundiendo el tenedor en una patata—. Nunca imaginé que te traería a ti también. —Lanzó una rápida mirada hacia las escaleras—. Eres un tipo listo, te has casado con la heredera de Blackwood Manor.

John contuvo la ira, consciente de que era la envidia lo que lo había llevado a hablar de aquel modo y, por tanto, responder a sus palabras no merecía la pena.

—Ten cuidado con la forma en la que te refieres a mi esposa —advirtió enarcando una ceja—. Podrías terminar necesitando una dentadura nueva.

Thomas se echó a reír. La idea de que él le hiciese daño alguno le resultaba hilarante hasta el punto de las lágrimas, que se secó con el dorso de la mano.

—¿Me vas a decir que ya no eres el Johnny que eras y que puedes hacer lo que no podías hacer antes?

Lo miró de arriba abajo, evaluando su aspecto, y decidió que era imposible. Los nobles no sabían pelear y él había sido educado como uno, así que no creía que fuese capaz de hacer otra cosa más que llorar, como cuando tenía dieciséis años.

John habría deseado demostrarle allí mismo que, efectivamente, no era el mismo John que una vez había sido, pero se limitó a negar con la cabeza.

—No te confíes, Thomas, porque uno no sabe con qué puede encontrarse. —No iba a alardear de sí mismo, se negaba a hacerlo—. Lady Mersett aprecia mucho a mi esposa, así que si la insultas podrías acabar en la calle. —El rostro del cochero se puso serio de repente—. Prepárate, partiremos esta tarde.

Iba a levantarse, pero Thomas lo detuvo y John lo miró, molesto. Cuando los condes le habían dicho que él sería su cochero, había tenido que hacer un gran esfuerzo para no echarse atrás en aquel asunto de la boda. Lord Mersett conocía bien la mala relación entre ambos, así que cuando viajaban a Londres era su hermano mayor quien los acompañaba y no él. Pero en aquella ocasión se había negado porque uno de sus hijos estaba enfermo y no quería hacer un viaje tan largo. John, a pesar de sentirse molesto, había aceptado la situación porque no tendrían que verse demasiado las caras, aunque no había conseguido librarse de la incomodidad que le producía el saber que estaba en el pescante o que dormía cerca.

—No creas que porque ahora disfrutas del dinero de otros eres diferente de lo que eras, Johnny River. Puede que ahora tenga que llamarte señor y todas esas cosas, pero no dejas de ser el huérfano muerto de hambre que hacía recados para todos por unas monedas o un plato de comida. A lo mejor crees que todos lo han olvidado porque llevas esos trajes caros y te comportas como un caballero, pero todo el mundo pensará en cómo eras al verte.

John lo sabía y detestaba la idea de que todos lo juzgasen por su pasado, en lugar de por los esfuerzos que había hecho para convertirse en el hombre que ahora era.

—Al menos yo tenía el ingenio suficiente para ganarme el pan. —Se soltó del agarre de Thomas—. También tuve la voluntad suficiente como para salir de aquel agujero. —Lo miró de arriba abajo—. Por algo sería.

—Solo tuviste suerte de que lord Mersett quisiera ayudarte. De no haber sido por él...

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Crees que tenía intención de quedarme en Minstrel Valley para siempre? —Negó con la cabeza—. A pesar de ser un niño, tenía planes. Muchos planes.

Otra cosa era que hubiese tenido la posibilidad de hacer todo lo que deseaba sin la ayuda de lord Mersett, pero esa era una cuestión que no discutiría con Thomas.

Mientras se encaminaba hacia las escaleras, pensó en lo mucho que había sufrido a manos de Thomas y de otros muchachos que, como él, lo usaban como divertimento. La mayor parte de las marcas que tenía en su cuerpo, esas que habían llamado la atención de Skye, eran resultado de sus golpes, de sus intentos por salir de los lugares en los que lo encerraban. Las demás eran obra de Mildred Cotton y su obsesión por hacerle pagar por los pecados de sus padres, a pesar de que nadie sabía quiénes eran.

Suspiró, resignado, y empujó la puerta del dormitorio que compartía con Skye. Todavía dormía, pero debía despertarla ya para que almorzase y se preparase para el largo viaje que les esperaba.

Agradeció que su esposa tuviese un buen despertar, pues no fue todo lo considerado que tendría que haber sido, a pesar de que se había propuesto despertarla de una forma suave.

Skye aceptó la idea de iniciar el viaje sin protestar, aunque era obvio que habría preferido

quedarse un tiempo más, igual que él. Le explicó que era mejor enfrentarse a lo que les esperaba cuanto antes y ella le dijo que no quería que supiesen que ni siquiera habían consumado el matrimonio. La idea de regresar al lado de Malcom la aterraba sobremanera.

—Confía en mí, no permitiré que eso suceda —le dijo John tomando sus manos entre las suyas—. Pero tampoco voy a precipitar las cosas. Hagamos todo a su debido tiempo, pues no deseo que acabemos odiándonos por lo que suceda en los primeros días que compartamos juntos.

No estaba dispuesto a destrozar el resto de su vida por no comportarse como debía. La deseaba mucho, sí, tanto que el pensar en compartir cuarto con ella durante tres noches más se le antojaba una tortura, pero estaba seguro de que merecía la pena. Tenía que ser así, o todo su esfuerzo no serviría de nada.

Capítulo 16

Tal y como había imaginado, el viaje de regreso fue una tortura, pues era cada vez más consciente de la proximidad de Skye. Aunque podía ver que ella ya no era tan indiferente como al principio y no rechazaba su contacto. Aceptaba sus abrazos y besos e incluso los buscaba. Le pareció un gran avance, habida cuenta de los temores de su esposa.

John estaba convencido de que las cosas entre ambos mejorarían todavía más en cuanto llegasen a Minstrel Valley, así que, si bien estaba sufriendo, merecía la pena al pensar en todo lo que ganaría en el futuro.

Por otra parte, habían tenido que desviar su camino en dos ocasiones para evitar a la persona que los condes de Ryedale habían enviado tras ellos. No habían tenido suerte y John se había visto obligado a atacarlo de una forma no demasiado directa. Lo había noqueado golpeándolo en la cabeza con un palo enorme que había encontrado en el establo de la posada en la que se alojaban. No le había dicho nada a su esposa para no asustarla, pues no había necesidad de ponerla ansiosa por algo tan trivial.

Ambos habían acordado que vivirían con los condes durante un tiempo. John no tenía una casa en Londres y necesitaban comprar una, así que, mientras tanto, se alojarían en Landford House. Skye se mostró encantada ante la idea de pasar tiempo con lady Mersett, pues la admiraba y respetaba mucho. Quería parecerse a ella y John deseaba que no fuese así, pues conocía de sobra la preocupación constante de su esposo y no quería vivir de ese modo. Aunque, si se abría más al mundo gracias a la guía de la condesa, tampoco se quejaría. No tenía la más mínima intención de cortarle las alas. Además, estaba deseando ver su transformación una vez se viese libre de las restricciones que su madre le había impuesto.

Llegaron a Landford House al anoecer del cuarto día y, para su sorpresa, no fueron recibidos por los condes, que se encontraban en Blackwood Manor. La señora Tamtrum, el ama de llaves — los Mersett habían prescindido de la figura del mayordomo en aquella casa—, les informó de que no debían acercarse al hogar de lady Blackwood hasta que los condes diesen el visto bueno a su visita. Jasper, que salió corriendo a recibirlos y a agradecerle a John que se hubiese casado con Skye para mantenerla a salvo del hombre malvado hasta que él fuese más alto que ella, les contó que los condes de Ryedale habían llegado a Landford House tan furiosos, que incluso habían roto el preciado jarrón de la dinastía Ming que adornaba el salón ámbar. Lady Mersett se había

enfadado tanto que había estado a punto de arrearle en la cabeza a lord Ryedale con el atizador y que la rápida intervención de lord Mersett había evitado una tragedia, pues la condesa tenía el objeto en la mano y listo para castigar a quien había osado romper su amado jarrón. Al parecer, lo había visto todo «por casualidad» desde el jardín.

—Hasta nosotros sabemos que ese jarrón valía más que nuestra propia vida —dijo el niño sacudiendo la cabeza con infinita tristeza—. Mamá siempre nos decía que prefería vendernos a un traficante de esclavos antes que perder su jarrón.

Skye miró al niño horrorizada por el comentario, pero John se echó a reír.

—El pobre jarrón siempre estaba en peligro. Ya fuesen los niños, las gatas o la perra de lord Mersett, sobrevivió hasta ahora a duras penas. Los amenazaba así para que se mantuviesen alejados de él. —Revolvió el cabello de Jasper—. Él fue el peor de todos. Andrew siempre ha sido un niño tranquilo, y las gemelas no disfrutaban de los juegos que impliquen hacer grandes esfuerzos. Pero Jasper... —Sacudió la cabeza—. Jasper es un pequeño demonio. De hecho, el jarrón estaba en Londres, pero lo trajeron a Minstrel Valley para mantenerlo a salvo de este gamberro.

—Y mi padre lo rompió —dijo Skye, consternada.

—Tu padre, no tú.

Andrew bajó las escaleras y miró a la pareja con una sonrisa.

—No se preocupe, milady —dijo el niño—. Nadie la culpa a usted por lo sucedido. Solo ha sido una desgracia inevitable.

John sonrió al primogénito de los condes de Mersett.

—Puedes llamarla tía Skye, Andrew. Ahora forma parte de la familia. —Andrew le devolvió la sonrisa y asintió, conforme—. Vamos, te enseñaré nuestro dormitorio.

—Papá y mamá discutieron mucho sobre dónde alojaros —dijo Jasper—. Fue lo único que hablaron en ocho días. Al final ganó mamá, porque como dice papá, es terca como una mu...

Andrew tapó la boca de su hermano y le lanzó una mirada de advertencia que este recibió con el ceño fruncido. Aun así, no se resistió a que lo arrastrase escaleras arriba. John supuso que le echaría un buen rapapolvo por tener la lengua tan suelta, pero no sintió pena por el niño. Más bien por Andrew, que se encontraría con una pared de piedra que no lo escucharía porque no estaba interesado en lo que tenía que decir.

Le preocupó, sin embargo, que los condes llevasen sin hablarse el mismo tiempo que él había estado fuera y lamentaba profundamente ser la causa de aquella desavenencia. Sabía que, en algunas ocasiones, mantenían una guerra de voluntades que podía durar semanas, pues ninguno quería ceder ante el otro. Aun así, nunca había llegado la sangre al río porque jamás discutían. Se limitaban a ignorarse como suponía que había sucedido en aquella ocasión. Ahora John tendría que mediar entre ellos y explicarle a lord Mersett que, en realidad, era feliz con aquel acuerdo. No se arrepentía en absoluto de haberse casado con Skye y, a pesar de que ambos tenían miedo del momento de la consumación —por diferentes razones, pero ambos lo temían—, disfrutaba de

su compañía de un modo que no había disfrutado jamás de la de otros. Ni siquiera de la de Deirdre, a pesar de que todavía la tenía enterrada muy hondo en su corazón. Solo que ahora no tenía demasiado claro el porqué de esos sentimientos o si realmente había sido amor o lo que lady Mersett le había dicho. No importaba tampoco, pues la hija del queso siempre tendría un lugar muy especial en su vida. Todavía tenía que averiguar cuál, pero no podía ignorar que seguía siendo muy importante para él.

Llevó a Skye al dormitorio que había ocupado antes de casarse y la dejó sola para que se diese un baño y descansase. Habían cenado en una posada para recuperar fuerzas antes de enfrentarse al mundo, pero no habían esperado que las cosas sucediesen tan rápido.

Mientras esperaba su turno para quitarse el polvo del camino, se dirigió hacia el cuarto de los niños, donde Andrew regañaba a su hermano, mientras este permanecía de pie, con las piernas ligeramente separadas y los brazos a la espalda, postura que le recordó a un soldado raso que estaba recibiendo una buena bronca de alguno de sus superiores. Sonrió al verlo. Entendía el sentido de responsabilidad del mayor, pues creía que era su deber controlar los desmanes de su problemático hermano. Para John, el encanto de Jasper radicaba precisamente en su locuacidad y en aquella vitalidad que manaba por cada poro de su piel. También en el orgullo que sentía hacia los orígenes de su padre. «Soy chino», decía con total naturalidad, sin importarle las miradas sesgadas o las palabras crueles que pudiese recibir.

John conocía bien al niño y sabía que, en realidad, todo aquello ocultaba una gran fragilidad. Se sentía inferior a Andrew porque no comprendía el gran esfuerzo que su hermano tenía que hacer para comportarse como lo hacía, ni la cantidad de cosas a las que debía renunciar porque era el primogénito y en algún momento ostentaría el título de marqués de Leavenfield. Quizá algún día comprendiese el gran peso que su hermano llevaba sobre los hombros, pero por ahora era demasiado pequeño como para entenderlo.

Lord Mersett quería que sus hijos recibiesen una educación occidental, alejarlos de sus orígenes, pues no quería que sufriesen el rechazo de la sociedad. Su esposa no estaba de acuerdo, pero comprendía el dolor que arrastraba su marido y se había adaptado. Jasper, en cambio, se enorgullecía de sus ojos rasgados, de sus facciones asiáticas, del fuerte parecido que guardaba con su padre. No se llevaba bien con él, pero le gustaba tener sus rasgos.

Se alejó de la habitación, pues no quería interferir en lo que Andrew estaba haciendo. No deseaba que el niño viese mermada su autoridad por su culpa.

Como no sabía qué hacer, salió al jardín y se sentó en uno de los bancos ocultos entre unos arbustos. Desearía estar en su cuarto, disfrutando por fin de un merecido descanso, pero no quería incomodar a su esposa. No importaba lo receptiva que fuese ahora, no podía acelerar las cosas solo porque cada vez le costaba más contener sus instintos.

Suspiró y cerró los ojos.

Ya disfrutaría de aquello de lo que se había visto privado hasta ahora en otro momento. Y, cuando por fin la tuviese entre sus brazos, lista para rendirse ante él, disfrutaría al máximo de

cada instante; era una promesa que se había hecho a sí mismo y que, al igual que todas las demás, pensaba cumplir sí o sí.

A pesar de que había temido el momento de enfrentarse a sus padres y a su anterior prometido, lo cierto era que en cuanto había pisado Landford House el miedo se había evaporado. De hecho, anhelaba el momento de enfrentarse a ellos y dejarles claro que ahora era la esposa de John River y que no pensaba dejarse someter por nadie que no fuese él.

Los nueve días que habían pasado juntos habían sido inolvidables. El respeto que él le había mostrado en todo momento, la forma en que la había cuidado y protegido incluso de sí mismo, la habían conmovido profundamente. Era inocente, pero no estúpida, y sabía que había hecho un gran esfuerzo para hacerla sentir cómoda y protegida. Era imposible no valorar algo así.

Mientras se bañaba con ayuda de la doncella de lady Mersett, pensó que era el momento de dejar sus temores a un lado y entregarse a él. No solo era lo justo, sino que ahora incluso lo deseaba. Con miedo, pero quería llegar a disfrutar de aquella intimidad y descubrir por sí misma cómo sería. Sus besos y caricias le gustaban. Le agradaba que la tomase de la mano o la abrazase cuando menos lo esperaba, incluso dormir entre sus brazos le resultaba agradable. Si todo aquello le gustaba, ¿por qué no le iba a gustar todo lo demás? Quizá todo aquel asunto no fuese tan terrible si John era su pareja.

Se sonrojó al recordar el cuerpo desnudo de su esposo. Solo lo había visto en aquella ocasión en Gretna Green, pero había sido una visión más que agradable. Sonrió para sus adentros al recordarlo.

Cuando por fin estuvo bañada, se sentó al lado de la ventana y la abrió para permitir que entrase el aire fresco de la noche. Para su sorpresa, vio a John sentado en un banco y, o mucho se equivocaba, o estaba durmiendo. La tenue luz de la casa lo iluminaba y, aunque el banco estaba escondido entre unos arbustos, desde aquella altura podía verlo bastante bien. Desde luego, si hubiese estado paseando por el jardín habría sido incapaz de descubrir la presencia de su marido entre la vegetación.

A Skye le gustaba verlo dormir. De hecho, le parecía mucho más guapo dormido que despierto, pues la preocupación que solía teñir su rostro desaparecía y dejaba paso a una expresión relajada que le había arrancado más de una sonrisa. Hablaba mucho en sueños, aunque no siempre era capaz de entender lo que decía. Lo que sí sabía era que algo le había sucedido en Minstrel Valley que todavía le provocaba pesadillas. Así que, en esos momentos en los que se retorció en la cama mientras trataba de librarse de algo y hablaba como el campesino que una vez había sido, ella le acariciaba la espalda con movimientos circulares, pues había descubierto que lo tranquilizaba, y enseguida desaparecía aquello que perturbaba su sueño.

Era absurdo, pero la llenaba de un gran orgullo el ser capaz de calmarlo, sentía que de algún

modo estaba pagando todo lo que él hacía por ella, aunque ni siquiera el dinero que poseía sería suficiente para compensar el sacrificio que había hecho para salvarla de las garras de Malcom.

Mientras lo veía dormir con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas estiradas frente a sí, pensó que, ya que él la había cuidado y defendido hasta ahora, era el momento de que ella hiciese lo mismo por él. No permitiría que su familia lo humillase, ni siquiera consentiría que lo mirasen mal. Él se había convertido en su salvador, pero ella lo defendería hasta que ya no le quedasen fuerzas para seguir haciéndolo.

Capítulo 17

Aquella noche no vieron a los condes de Mersett, pues llegaron demasiado tarde a casa. Por la mañana, sin embargo, se reunieron en la sala del desayuno, donde charlaron sobre los acontecimientos del día anterior tras una retahíla de disculpas de Skye por la rotura del jarrón, por arrastrarlos a aquel asunto y, en fin, por todo lo que se le ocurrió disculparse. Daphne pensó que incluso pediría perdón por haberse llevado a Johnny. Habría sido divertido ver la cara de su esposo, con el que todavía no se hablaba y al que no pensaba dirigirle la palabra hasta que reconociese que era él el equivocado en aquel asunto y no ella. Tendría que suplicarle de rodillas que lo perdonase y reconocer que ella era mucho más sabia, que conocía mejor a Johnny y que él era un patán sin empatía...

Sonrió al pensar en aquella situación tan improbable. Ella era muy orgullosa, pero Derek todavía lo era más. Por eso aquella mañana John se encargó de trasladar las palabras que se dirigían el uno al otro mientras fingían que no podían escuchar lo que el otro decía, a pesar de estar en la misma habitación.

Skye, que asistió a la escena con sorpresa, acabó sonriendo divertida ante la vena infantil de los condes y, de no haber sido descortés, incluso se habría reído. El «Johnny, dile a lord Mersett que...» con la consecuente respuesta «dile a lady Mersett que...», resultaba hilarante, pues era obvio que ninguno estaba enfadado, solo se estaban comportando como niños orgullosos que no querían dar el brazo a torcer. John parecía indiferente a todo aquello, como si lo hubiese presenciado centenares de veces. Le había dicho que nunca discutían, pero no que, en su lugar, se comportaban de aquel modo.

Lady Mersett les contó que Tamworth había montado una escena bastante desagradable en la que había apelado a su honor y otras tantas sandeces similares. Había sido él quien había exigido un examen físico para comprobar que el matrimonio se había consumado, en lugar de hacerlo sus padres. De hecho, incluso si así había sido, estaba dispuesto a perdonarla e ignorar aquel «absurdo desliz». Lord Mersett, por su parte, habló sobre la actitud desconsiderada de lord Ryedale, aunque de todos los presentes, era el único que aceptaba la situación, a pesar de lo disgustado que estaba. Los hermanos de Skye apoyaban a su amigo, por supuesto, mientras que su madre no había abierto la boca ni una sola vez. Esto sorprendió a la recién casada, pues estaba segura de que estaba furiosa con ella. Tal vez había callado porque se enfrentaba a los condes de

Mersett y los despreciaba tanto, que había sido incapaz de hablar en su presencia.

Skye estaba asustada de la reunión que se celebraría en Landford House antes del almuerzo, pero el saberse arropada por los condes y por John le daba el valor necesario para enfrentar cualquier cosa.

—Su tía y yo acordamos que no se inmiscuiría en el asunto —explicó Daphne—. Es mejor que permanezca neutral, pero le da todo su apoyo. Lady Scotford tuvo que regresar a Londres, pero le habría gustado estar aquí para alentarla.

Skye se sentía bendecida por tener a tanta gente a su alrededor, pero no podía evitar sentirse culpable por causar tantas molestias.

Tal y como habían anunciado los condes de Mersett, la familia de Skye llegó a Landford House dos horas antes del almuerzo, aunque con la notable ausencia de sus dos hermanos, que habían preferido quedarse en Blackwood Manor. Desde la ventana del cuarto de los niños, Skye pudo ver que miraban el jardín de estilo oriental con desdén, mientras que la estatua de Buda —John le había hablado sobre aquella delicada figura de piedra— pareció horrorizarlos. A Skye, en cambio, le transmitía paz.

—¿Han llegado ya? —preguntó Andrew acercándose a ella. Skye asintió y el niño le tomó la mano para darle aliento—. No se preocupe, tía Skye, estoy seguro de que todo esto se solucionará enseguida.

Skye se volvió hacia él y sonrió. Apretó la pequeña mano con afecto.

—Gracias.

Andrew sonrió y asintió con la cabeza, dando a entender que todo iría bien. Skye no estaba tan segura, pero su sonrisa se ensanchó al ver lo mucho que se parecía a su madre. Tenía el porte de su padre, incluso le veía cierto parecido con su abuelo, pero la mirada afable y la sonrisa eran, sin lugar a dudas, de lady Mersett.

Cuando John fue a buscarla, estaba temblando, pero él, al igual que Andrew, la tomó de la mano y la miró a los ojos dándole el aliento que necesitaba. Y, a pesar de que no era correcto, entraron en un salón decorado en tonos verde del que, según le susurró John, habían retirado todos los objetos de valor por si sucedía alguna otra tragedia. Skye miró a su alrededor y vio que las vitrinas estaban vacías y los muebles más costosos habían sido apartados hacia un rincón. Le pareció tan divertido como escandaloso que lady Mersett no tuviese reparo alguno en hacer una firme declaración de intenciones como aquella, al tiempo que les recordaba lo sucedido con su apreciado jarrón de la dinastía Ming. Ella, desde luego, no habría tenido el valor de insultar a nadie de aquella manera por más que se lo mereciese.

—Espero que nos dé una explicación, señor River.

El tono de lord Ryedale no sonó ni tan severo, ni tan atemorizante como seguramente le habría gustado. Skye lo observó con atención y se dio cuenta de que estaba cansado. Probablemente no había dormido mucho durante los últimos días, mas no se sintió culpable, pues estaba segura de que lo que le había quitado el sueño no había sido su preocupación por ella, sino la vergüenza que

había traído a la familia con aquel matrimonio.

—No creo que necesite explicar lo que es obvio, milord —respondió John con calma.

Lord Ryedale lo miró con sorpresa. No estaba acostumbrado a que nadie le llevase la contraria y, desde luego, esperaba que aquellos a quienes consideraba inferiores le rindiesen pleitesía sin dudar. Sin embargo, John no era ese tipo de persona. Era lo bastante orgulloso y arrogante como para no arrodillarse ante nadie sin motivo y, en su opinión, no tenía ninguna razón de peso para hacerlo en aquel momento.

—¡Ha secuestrado a mi hija! ¡Por supuesto que tiene que darme una explicación! Incluso... — Resopló como si se estuviese quedando sin aliento—. ¡Incluso ha atacado al hombre que envié para rescatarla!

John sonrió ante la expresión estupefacta de Skye, que no sabía nada de aquel asunto.

—Milord, como comprenderá, no podía permitir que se la llevase. Es mi esposa. Sería un marido terrible si me dejase amilanar por unas cuantas amenazas. ¿Acaso querrían un esposo tan poco confiable para su hija?

—Lo que no quería era un marido como usted.

—Pero no es usted quien debería decidir lo que su hija quiere. Al fin y al cabo, es ella la que tendrá que compartir el resto de su vida con el hombre que elija. —Lanzó una mirada cargada de intención a lord Tamworth—. Y créame, milord, entiendo perfectamente que Skye no desee casarse con el hombre que usted ha elegido para ella. —Se volvió hacia su esposa y sonrió—. Se supone que los padres deben desear la felicidad de sus hijos, no condenarlos a una vida de dolor y tristeza.

—Sin duda lo dice porque sus propios padres han cuidado muy bien de usted.

La pulla lanzada por el conde fue lo bastante certera como para dejar a John sin palabras durante unos minutos. Y, en ese momento, Skye decidió intervenir. No iba a permitir que trataran de ese modo a su marido. Tal vez no se caracterizase por ser la mujer más valiente del mundo, pero estaba segura de que sería capaz de defender su matrimonio.

—Dejen de culpar a John por lo que ha sucedido.

Cuando su madre la miró de aquel modo amenazante que siempre la había aterrorizado tanto, las piernas empezaron a temblarle y sintió unas gotas de sudor corriéndole por la espalda. Imágenes de ella golpeándola con la fusta se agolparon en su mente y fue incapaz de decir nada más. John le apretó la mano para tranquilizarla y ella se volvió a mirarlo, agradecida.

—En cualquier caso —dijo su esposo—, no tiene caso discutir ahora. Ya no hay vuelta atrás y, por si en algún momento se les ha pasado por la cabeza obligar a Skye a someterse a un reconocimiento médico para comprobar que estamos casados en todos los sentidos, pueden olvidarse de la idea. No lo permitiré.

John no supo si los condes de Ryedale tenían algo que decir sobre el asunto, pues fue lord Tamworth quien se levantó raudo de su asiento y, armado de un valor que nadie sabía de dónde había sacado, se abalanzó sobre John y lo cogió de la solapa de la elegante chaqueta color

burdeos que lucía aquella mañana. De un tirón lo levantó del sofá y lo zarandeó sin que el agredido hiciese nada para detenerlo.

—¿Quién te crees que eres, maldito campesino, para decir que no permites que Skye sea examinada? —Lo zarandeó de nuevo—. ¡Ella todavía es mi prometida! ¡No hemos roto el compromiso!

John lo sujetó por las muñecas e, impassible, apretó con todas sus fuerzas hasta que Tamworth gritó de dolor.

—En primer lugar, este «maldito campesino» exige respeto. —Se colocó bien la chaqueta y luego miró al conde a los ojos—. Y, en segundo lugar, milord, estoy en todo mi derecho de impedir ese examen que tanto la incomodaría, pues soy su esposo. Puede que no hayan roto el compromiso de palabra, pero Skye ya está casada, le guste o no.

—¡Maldito desgraciado!

Tamworth, encarnado como la grana, lanzó un puñetazo a la barbilla de John. Este encajó el golpe con una sonrisa y el otro hombre, furioso porque no obtenía la respuesta que esperaba, lo sujetó de nuevo por las solapas y lo zarandeó. Skye, incapaz de soportar la idea de que John fuese golpeado y olvidando por unos minutos que su esposo tenía fama de ser un excelente luchador, se abalanzó sobre los dos hombres intentando separarlos, como Tamworth no cedía y John no hacía nada para apartarse de él, la joven, que jamás se había visto en una situación semejante, cerró los ojos con fuerza y, sujetando el brazo de su antiguo prometido, agachó la cabeza y le clavó los dientes con toda la fuerza de la que fue capaz. Sin embargo, no fue el grito del agresor el que escuchó, sino el de su marido.

—¡Ay! —gritó John. Skye abrió los ojos y, atónita, vio que el brazo que sujetaba era el de su esposo y no el de Tamworth. Mientras intentaba apartarla para que no fuese golpeada por accidente, ella lo había sujetado con la certeza de que era el de Malcom. John la miraba, estupefacto—. ¿Por qué me has mordido?

Skye se sonrojó, avergonzada, y señaló a lord Tamworth con un dedo.

—Creí que era su brazo.

John tuvo que contener una carcajada, pues a pesar de que la situación se le antojaba muy divertida, no lo era en absoluto y estaba haciendo un gran esfuerzo para no golpear al tipo que lo sujetaba por la chaqueta y lo zarandeaba como si fuese un espantapájaros porque no quería destrozar el salón de sus benefactores, pues si bien habían tenido la precaución de retirar todas las cosas valiosas que solían adornarlo, todavía quedaban algunos muebles que lord Mersett apreciaba y había comprado especialmente para aquella casa.

—Pues era el mío —respondió, jocosamente—. El suyo es este.

Señaló el brazo de su rival y luego se frotó la zona dolorida, convencido de que tendría la marca de los dientes de su esposa en el antebrazo el resto de su vida. Nunca había imaginado que aquella delicada criatura tuviese tanta fuerza en las mandíbulas.

Skye, que estaba sonrojada y avergonzada, lanzó una rápida mirada al brazo de Tamworth y

luego se encogió de hombros.

—La próxima vez que intente morderlo, lo haré con los ojos abiertos.

El conde, furioso porque ninguno de los dos se lo estaba tomando en serio, zarandó a John un par de veces.

—¿Te parezco un chiste, campesino? —Lo empujó y le soltó las solapas de la chaqueta—. ¿Acaso te crees mejor que yo? ¿Por eso te ríes? —Lo señaló con un dedo en un gesto que pretendía ser amenazante—. ¡Esto no quedará así! ¡Te aseguro que...!

—Croac, croac.

Capítulo 18

John nunca, jamás en sus veintiséis años de vida, había visto a ningún hombre gritar con un tono tan similar al de una soprano.

—Croac, croac.

Claro que, para ser justos, tampoco había visto a ningún hombre, conde o no, subirse a un sillón con tal rapidez. Con un solo salto y casi sin darle tiempo a pestañear, Malcom Selsford, conde de Tamworth y futuro duque de Trevisham, se encaramó al sillón tapizado en tonos verdes que lord Mersett había encargado a China para decorar aquella habitación. Al conde no le hizo ninguna gracia ver sus zapatos ensuciando la carísima tela del sillón y frunció el ceño para demostrarlo.

—Croac, croac.

Y, a decir verdad, tampoco había visto a nadie desternillarse de risa por la aparición de una rana en un salón, como sucedía con lady Mersett, que ordenó a su marido que cerrase la puerta para impedir que el pobre animal recorriese el pasillo y acabase aplastado por un criado despistado. Tampoco había visto jamás a una condesa desmayarse solo por haber escuchado la palabra «rana», ni a un conde mirar a su alrededor tan escandalizado como asqueado y —no estaba seguro, pero quería creer que sí—, al mismo tiempo, asustado.

No, nunca había presenciado un caos semejante a causa de una simple rana. Lo que sí vio, sin embargo, fue la cara de puro regocijo de Jasper asomada a la ventana abierta de par en par que, minutos antes, había estado entreabierta. También lo vio meter las manos en el interior de la sala mientras miraba maliciosamente a su alrededor antes de soltar una segunda rana. Cuando se dio cuenta de que John lo estaba mirando, abrió mucho los ojos y se agachó, como si de ese modo pudiese borrar el hecho de que ya había sido descubierto.

De no haber estado tan preocupado por Skye, se habría echado a reír por lo absurdo de la situación. Lady Mersett intentaba cazar a una de las ranas, mientras su marido trataba de dar caza a la segunda intrusa al tiempo que maldecía a su hijo mediano por su amor hacia los «malditos anfibios», sin olvidar el agradecerle a Dios el que no hubiese dado muestras de su denodada pasión por los roedores y se hubiese conformado con soltar a aquellos dos «bichos inmundos».

John se volvió hacia su esposa, que asistía a la escena demasiado estupefacta como para asustarse, reír o sentir nada en absoluto. Así que, confiando en que no acabaría subiéndose al sillón con Tamworth, decidió ayudar a los condes a atrapar a las ranas. En un momento dado se

encontró en el mismo punto que lady Mersett, quien lo miró con picardía y sonrió.

—En ocasiones no puedo evitar sentirme orgullosa de Jasper —susurró mientras lanzaba una mirada a la escandalizada familia de Skye y al conde de Tamworth, que no había bajado del sillón y miraba a su alrededor, aterrado—. No me hace ninguna gracia cazar ranas, pero solo por ver esto, merece la pena hacerlo.

John se echó a reír, aunque su risa fue reprimida enseguida por la mirada severa de lord Mersett, quien no pudo ocultar del todo lo mucho que le divertía aquella situación.

—Ese demonio es igualito a ti —le dijo a su esposa—. Yo jamás habría hecho algo así.

—¡Ja! —respondió lady Mersett—. Jasper es igualito a ti. Yo no siento pasión alguna por las ranas. Tú, en cambio...

John se alejó de ellos sonriendo. Se habían olvidado del orgullo y de cualquier otra disputa mientras evaluaban las similitudes del carácter del niño con la de cada progenitor. Y así, tras casi veinte minutos tratando de cazar ranas sin mucho entusiasmo ni interés en deshacerse de los animales solo por el placer prolongar la tortura de lord Tamworth y lady Ryedale como pequeña venganza por el trato que habían dado a Skye y John, fue la propia hija de los condes de Ryedale quien cazó al primer anfibio, para sorpresa de John, que, al escuchar su exclamación de regocijo mientras sostenía al animal, se volvió a mirarla y a punto estuvo de correr a abrazarla. Parecía una persona diferente, sonrojada por el esfuerzo de correr tras la rana y con los ojos brillantes a causa de la risa. John, demasiado concentrado en los condes, no había prestado atención a su esposa suponiendo que, quizá, buscaría un rincón para esconderse. Sin embargo, allí estaba, sosteniendo la rana en alto como si fuese un trofeo en lugar de un animal que daría asco a buena parte de las mujeres y, por lo que acababa de comprobar, a algunos hombres también. Lanzó una mirada de reojo al antiguo prometido de Skye y tuvo que reprimir una sonrisa burlona al verlo todavía subido al sillón.

Lady Mersett no tardó en dar caza a la segunda rana, aunque John estaba seguro de que habría podido cazar a las dos ella sola en menos de cinco minutos, pero estaba disfrutando tanto del caos que los animales habían ocasionado como para terminar con la diversión demasiado rápido.

Tras llamar a una doncella y pedirle una cesta, las ranas fueron evacuadas a salvo del salón en el recipiente cerrado rumbo a la cocina. Más tarde las llevarían a su hogar, tras reprender a Jasper por haberlas asustado, aunque los Mersett, John y su esposa estaban demasiado contentos con la intervención del niño como para pensar en regañarlo. Los condes de Ryedale y Tamworth, en cambio, estaban horrorizados. Lady Ryedale, que se había desmayado tres veces en veinte minutos, los llamó salvajes y advirtió a su hija sobre los peligros de vivir en una casa así mientras se dirigía a la puerta. El hombre despechado que había ido a Landford House buscando ser resarcido de algún modo por la pérdida de la heredera que tan poco había valorado, hinchó el pecho, enderezó la espalda, alzó la cabeza y trató de salir con paso regio de la casa, pero le temblaban demasiado las piernas como para conseguir el efecto deseado. John siempre había sabido que era un cobarde, pero nunca había imaginado que dos míseras ranas lo obligarían a

marcharse con el rabo entre las piernas.

Las cosas habían sido mucho más fáciles de lo que había imaginado, aunque de no haber sido por Jasper, probablemente no habrían acabado nada bien. Tal vez tendría que agradecerle que se pasase el día espiando las conversaciones de los adultos, pues de otro modo no habría salido bien parado de aquel percance.

Skye parecía tan satisfecha con el resultado como él y, cuando salieron del salón, dijo con voz jovial:

—No me había divertido tanto en toda mi vida.

A decir verdad, John tampoco, aunque esperaba seguir divirtiéndose de aquel modo durante muchos, muchísimos años más.

Después de aquel encuentro, Skye y John empezaron a tratar su matrimonio como algo mucho más serio y acordaron darse tiempo para conocerse y conseguir la confianza necesaria antes de intimar. A pesar de que John todavía no había encontrado el valor necesario para salir de Landford House y mostrarse ante la gente del pueblo, paseaban mucho por el jardín, charlaban hasta altas horas de la noche. Y, cuando aquellas conversaciones terminaban, dormían abrazados, porque habían descubierto que no podían prescindir de aquel abrazo, de aquella intimidad. No era la que los dos habrían deseado, pero era suficiente para hacerlos sentir más cerca el uno del otro.

Tras un mes viviendo con los condes de Mersett en Minstrel Valley, John y lord Mersett se marcharon a Londres a atender algunos asuntos. Lady Mersett, a pesar de adorar a su esposo, le confesó que se sentía aliviada porque por fin estaban solas las dos. Skye tuvo que reconocer que, aunque disfrutaba mucho de la compañía de John, aquel tiempo a solas con la condesa le apetecía mucho.

El primer día lo dedicaron a los niños. Jugaron con ellos, los llevaron de paseo, se unieron al mercadillo semanal, donde compraron dulces para los pequeños y algunas fruslerías. El segundo día lo pasaron juntas mientras los niños estudiaban. Y, por la noche, cuando estos dormían, lady Mersett la llevó al salón ámbar y la invitó a sentarse en la alfombra. Skye ya no se sorprendía por las extravagancias de la condesa, así que hizo lo que le pedía y esperó paciente a que fuese tras un biombo y manipulase algún mueble para, minutos después reaparecer con una botella de licor en la mano y dos copas. Le dedicó una sonrisa perversa y agitó la botella en el aire.

—Mi esposo me ha prohibido beber alcohol a causa de un suceso acontecido hace diez años. —Se echó a reír y se sentó frente a Skye—. Dice que teme que repita aquello con otro hombre y eso me convertiría en una mujer polígama. —Skye la miró sin comprender lo que quería decir y Daphne se encogió de hombros—. Es una historia muy larga. Larguísima. Quizá algún día se la cuente. Hace diez años que no bebo *whisky*, pero creo que la ocasión lo merece.

—¿*Whisky*? —preguntó Skye, sorprendida.

—Sí. Y un *whisky* muy caro, además. Si Derek descubre que le he escondido esta botella, me cortará el pescuezo. —Sonrió, maliciosa—. Por suerte no está aquí.

—Nunca he bebido esto —dijo Skye levantando la botella y mirando el líquido ambarino con curiosidad.

—Es muy fuerte, así que debemos tener cuidado con la cantidad que bebemos, ¿de acuerdo? —Skye asintió y Daphne abrió la botella con una sonrisa. Luego llenó las dos copas—. ¡Adelante!

Skye lo probó y, a pesar de que se atragantó con el primer sorbo, se bebió el resto del licor de un trago y tendió la copa a lady Mersett para que la llenase de nuevo, y esta lo hizo, sonriendo. Tras dos copas, empezó a hablar por los codos. Daphne solo había bebido una y decidió no seguir bebiendo para escucharla. No había sido su intención al principio, pero pensó que la muchacha necesitaba hablar y no sería ella quien se lo impidiese. Cuando le confesó que todavía no habían consumado el matrimonio, se sirvió una copa y se la bebió de un trago. Aquella confesión la había impresionado más que cualquier otra cosa que pudiese haber escuchado en... en... ¡en toda su vida!

¿Cómo podía ser? Era obvio que los dos se llevaban de maravilla, que tenían una relación muy buena y que había sentimientos entre ellos. Entonces ¿por qué no habían dado ese paso todavía? Skye le confesó que al principio había sido por su ignorancia y miedo, pero que no sabía por qué él seguía manteniéndose apartado de ella, cuando le había demostrado de mil formas distintas que ya no estaba asustada.

—Entonces eres tú quien debe dar el primer paso —le dijo, olvidándose de la formalidad con la que se habían tratado hasta aquel momento—. Los hombres también tienen miedo. Seguro que piensa que va a ser rechazado.

—¿Y cómo puedo hacer eso? ¡No sé cómo hacerlo! Me acerco a él, lo beso, lo abrazo... pero después de unos minutos me aparta como si le molestase.

Daphne rio y llenó las copas de nuevo.

—Solo... desnúdalo. No le des opción a decir que no.

Skye, un tanto ebria ya, se echó a reír. Se había sonrojado un poco, pero no le importó.

—¡No puedo hacerlo!

Aunque la idea de dar aquel paso le agradaba mucho.

—Si yo secué a mi marido, tú puedes seducir al tuyo.

Skye asintió, conforme, pero en cuanto las palabras de Daphne penetraron en su cerebro, abrió mucho los ojos a causa de la sorpresa.

—¿Secus... seque... secutras...? —Frunció el ceño, molesta porque era incapaz de encontrar la palabra correcta, olvidando por completo el trato formal, igual que lo había hecho Daphne antes—. ¿Te llevaste a tu marido?

Daphne asintió con solemnidad, y Skye, sin saber muy bien por qué, acabó rodando por la alfombra a causa de la risa, aunque de repente se puso seria y miró a la que consideraba su suegra con el entrecejo fruncido.

—¿Debería secuestrar al mío?

—¡Nah! Enciérralo en la habitación y esconde la llave.

La idea de encerrar a John les pareció tan divertida, que acabaron riendo a carcajadas. No sabían qué tenía de divertido encerrar al pobre señor River, pero les encantaba la idea.

—¿Lo encierro solo? —preguntó Skye poniéndose seria de repente.

—¿Y cómo demonios vas a seducirlo si lo encierres solo?

Skye pensó unos segundos y asintió, como si las palabras de Daphne estuviesen llenas de una sabiduría ancestral transmitida durante generaciones a las mujeres de Inglaterra.

—Pues es verdad —respondió con gravedad.

Y de nuevo rieron como si todo en el mundo les pareciese de lo más divertido, como si no tuviesen preocupación alguna y sus vidas fuesen lechos de rosas.

—¿Y si no consigo seducirlo? —preguntó Skye, de repente.

Daphne, que todavía se estaba desternillando por el comentario anterior, señaló los atizadores al lado de la chimenea e hizo el gesto de golpear a alguien con ellos.

—¡Arréale con uno en la cabeza!

Skye estalló en carcajadas al escuchar aquel comentario y Daphne la secundó al imaginarse a sí misma golpeando a su marido con él. Aunque de haber sabido que había más gente escuchando sus palabras, seguramente no las habría dicho...

O tal vez sí.

Capítulo 19

Tras un alocado viaje de poco más de tres horas, Derek y John estaban agotados. Se suponía que estarían entre una semana y quince días en Londres, pero el conde había pasado el día con una sensación extraña en la boca del estómago, como si algo terrible fuese a suceder. John había aprendido a dar importancia a lo que su benefactor llamaba «premoniciones», porque siempre estaban relacionadas con su esposa e hijos y nunca se equivocaba. Era como si un hilo invisible lo uniese a ellos y supiese exactamente cómo estaban, aunque estuviese a cientos de kilómetros de ellos.

En aquella ocasión, al parecer, tampoco se había equivocado, pues lady Mersett estaba a punto de provocar un problema con sus comentarios sobre John. Y, aunque a él le hizo mucha gracia ver a las dos mujeres ebrias, el conde se enfadó mucho. Sabía que no permitía que la condesa bebiese alcohol, pero no tenía ni idea del porqué, aunque no tardó en descubrirlo.

—¡Deja de decir estupideces! —exclamó Derek entrando en la habitación y arrebatándole la botella de *whisky* medio vacía a su esposa—. ¿Quieres que la pobre lady Skye acabe yendo por los bosques secuestrando a gente inocente?

Daphne se echó a reír y lo señaló con el dedo.

—Solo he secuestrado a una persona. Un chino. No hay más chinos en Minstrel Valley a los que pueda secuestrar. —Negó con la cabeza mientras su marido la ponía en pie—. No puedo convertirme en una *polotogamita*.

Derek suspiró y miró a su esposa con fastidio.

—Polígama —la corrigió.

—¡Ay, Señor! —exclamó la condesa compungida—. Mi querido marido ha perdido su oído de *tago*.

John se echó a reír al ver cómo abrazaba a Derek que, si bien fingía estar molesto, no podía ocultar la diversión que le producía ver a su esposa en aquel estado.

—¡Oh! —exclamó la condesa—. Estás sonriendo. —Ella también sonrió, aunque la suya fue una sonrisa perversa—. ¡Ay, *pácaro*! Cuando sonríes así no puedo resistirme.

—Pícaro —la corrigió él llevándola hacia la puerta.

—Eso, *pácaro*...

John la miró unos instantes y luego fue hacia su propia esposa. Daphne, al verlo, lo señaló con

el dedo y se volvió hacia Skye.

—¡Enciérralo hasta que consu...!

Derek le tapó la boca con una mano y la arrastró fuera del salón, aunque John había escuchado lo suficiente como para saber cuáles eran sus intenciones. Skye le tendió los brazos y agitó los dedos de las manos para que la ayudase a levantarse, pero John, en cambio, tomó la botella que lord Mersett había dejado sobre una mesa, llenó la copa de su esposa y bebió el contenido de un trago. La llenó de nuevo con lo que quedaba y, sin dejar de mirar a Skye, apuró otra vez el licor.

—¿Estás muy borracha? —preguntó con los ojos entrecerrados. Skye negó con la cabeza con tanta seriedad que John estuvo a punto de echarse a reír. Era obvio que estaba más ebria que lady Mersett—. Pero planeas encerrarme hasta que consumemos el matrimonio.

Skye se cubrió la boca con una mano y soltó una risita mientras asentía.

—Sí.

John rio y sacudió la cabeza. Estaba seguro de que su esposa desearía esconderse en un agujero por la mañana a causa de la vergüenza, pero a él le parecía demasiado divertido verla en aquel estado como para detener aquello, tal y como había hecho lord Mersett con la condesa. Cualquier caballero impediría que ella se avergonzase más a sí misma, pero él disfrutaba demasiado de lo que estaba viendo y se sentía incapaz de hacerlo. La siempre contenida y comedida Skye estaba mostrándole una cara mucho más agradable de sí misma y le gustaba. Le gustaba mucho.

—¿Y si no lo hago? —La retó, juguetón.

Ella lo miró muy seria y frunció el ceño, pensativa. Luego asintió como si le agradase mucho la idea que se había formado en su cabeza y sonrió, radiante.

—Te secuestraré y te llevaré a Gretna Green.

John soltó una carcajada. ¡Señor! Aquello era demasiado divertido. ¡La adoraba! ¡Por Dios que adoraba a aquella mujer!

—Cariño, ya hemos estado en Gretna Green —le recordó con alegría.

Ella se encogió de hombros con indiferencia. Era obvio que tenía una idea muy clara de lo que haría si el plan de llevarlo a Gretna Green no funcionaba.

—¡Entonces nos quedaremos aquí y te encerraré! —exclamó con entusiasmo.

John rio de nuevo.

—Sabes que lo que dices no tiene sentido, ¿verdad? —Ella alzó la barbilla para demostrarle que la había ofendido, pero él no le dio la oportunidad de protestar o quejarse por sus palabras—. Aunque no me importa en absoluto.

Se inclinó hacia ella y le tomó el rostro entre las manos para besarla. No fue un beso tierno destinado a acostumbrarla a su contacto, como todos los que le había dado hasta ahora, sino que se liberó de todas las restricciones que se había impuesto durante todo aquel tiempo y la besó como siempre había querido hacerlo. Exploró su boca con la lengua, incitándola, jugando con ella, invitándola a acompañarlo en un viaje del que no habría retorno. Y Skye respondió. ¡Vaya si lo hizo! Libre de sus miedos y de la contención a la que la habían obligado las inhibiciones

impuestas por su madre gracias al alcohol, se mostró mucho más apasionada de lo que él había imaginado. Ni siquiera se asustó cuando las manos de John recorrieron su espalda, ni cuando los labios de su marido buscaron el camino hacia la clavícula, donde descubrió un punto sensible que se aseguró de explotar hasta que ella se derritió entre sus brazos.

¡Señor! ¡Qué esfuerzo tenía que hacer para apartarse de ella! No quería que su primera vez fuese en la alfombra del salón ámbar de lady Mersett, y mucho menos se aprovecharía de una mujer ebria. La deseaba tanto que sentía que moriría si tenía que apartarse de ella. Sin embargo, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para alejarse de Skye, a pesar de sus intentos para evitar que pusiese distancia entre ellos.

—A la cama, Skye, a dormir la borrachera.

Ella protestó, se aferró a él e intentó besarlo de nuevo, pero al final, entre protestas y pucheros, consiguió llevarla al dormitorio. Por desgracia, Skye no tenía la más mínima intención de renunciar a su plan y John, fascinado por el valor que le había dado el alcohol, la dejó hacer con el convencimiento de que lograría detenerla antes de llegar demasiado lejos.

Su intento de seducción no empezó demasiado bien, pues tras cerrar la puerta con llave, tal y como había planeado con lady Mersett, trató de meterla en el escote para esconderla de John, mas cayó al suelo y se deslizó debajo del armario. Molesta por tamaña inconveniencia, se puso de rodillas para recuperarla y metió la mano bajo el mueble, pero al hacerlo se golpeó la cabeza contra la puerta y soltó una maldición bastante débil que no habría sonrojado ni al sacerdote más conservador de Inglaterra.

John, que la observaba apoyado en una pared, no quiso intervenir en aquel ritual. ¡Dios lo librase de ser reprendido por una Skye ebria y furibunda!

Tras varios minutos tanteando bajo el armario con la mano, y como no conseguía recuperar la llave, se dio por vencida y se levantó, evidentemente molesta por la situación. John supuso que no quería perder el tiempo con tonterías y no se equivocó, pues justo en ese instante lo miró con lo que ella sin duda pensaba que era una mirada seductora, pero que en realidad parecía la de un miope intentando ver algo que estaba muy lejos. En ese punto tuvo que contener la risa para no ofenderla.

Tras aquella mirada no tan sensual como a ella le habría gustado, empezó a desabrocharse el corpiño del vestido, aunque lo hizo con la misma torpeza con la que había intentado esconder la llave de la puerta. Tardó unos diez minutos en terminar aquella tarea tan simple y John pensó que, a ese paso, los efectos del alcohol desaparecerían antes de que lograra deshacerse de la prenda. Y, cuando la vio dar saltitos creyendo que el vestido caería por su propio peso con aquellos movimientos, pensó que era el momento de intervenir y detener lo que se convertiría en la mayor vergüenza de su vida.

—¿Por qué no te detienes? —preguntó—. Mañana te arrepentirás de todo esto.

Ella se sentó en la cama y lo fulminó con la mirada. Con algo similar a la furia, golpeó el colchón y lo señaló con el dedo.

—¡Ven aquí y ayúdame!

Él negó con la cabeza.

—No voy a aprovecharme de una mujer ebria.

Por muy esposa suya que fuese y por mucho que lo estuviese divirtiendo todo aquello, había algunos límites que jamás traspasaría y uno de ellos era el llevarse a la cama a una mujer que ni siquiera sabía lo que hacía. Para él el sexo era algo más que satisfacer sus propias necesidades. Y más aún si se trataba de Skye.

—Mañana, Skye —dijo apartándose de la pared y acercándose a ella—. Te prometo que mañana, cuando estés en plena posesión de tus facultades, haremos el amor tantas veces como quieras. Pero ahora no.

—¿No te gusto? —preguntó con voz lastimera.

—¡Señor! Me gustas tanto que estoy a punto de abalanzarme sobre ti. No es por ti, te lo prometo. Es por mí. Estoy cansado después del viaje. —Fingió un bostezo. Por nada del mundo le haría saber que la estaba rechazando—. Tal vez después de dormir pueda complacerte mejor... —Bostezó de nuevo—. Durmamos, ¿sí? Ven, deja que te ayude a ponerte el camisón.

Skye lo miró con desconfianza.

—¿Prometes que mañana lo harás?

John asintió.

—Por supuesto. No te quepa la menor duda.

—¿Prometes también que te gusto?

John asintió de nuevo con tal solemnidad que arrancó una sonrisa a su esposa. Satisfecho con el resultado de su triquiñuela, la ayudó a desvestirse y le puso el camisón. Luego se acostó a su lado y la abrazó. De nuevo tuvo que fingir quedarse dormido al momento y, cinco minutos después, ella dormía profundamente entre sus brazos.

—Espero que la próxima vez que quieras seducirme no te emborraches —murmuró antes de besarla en la mejilla—, o acabaré convirtiéndome en un eunuco.

Nunca, jamás en su vida, había tenido un dolor de cabeza semejante. Incluso la luz del sol que entraba por la ventana era una tortura.

—¡Señor! —gimió incorporándose en la cama al tiempo que se cubría los ojos—. ¡Qué jaqueca, por Dios!

Escuchó una risilla cerca de ella y se volvió con sumo cuidado, pues sentía que la cabeza se le caería del tronco si se movía con rapidez. Vio a su esposo sentado en una silla en una posición indolente, con las piernas extendidas frente a sí y los brazos cruzados sobre el pecho. Vestía un traje de montar de color canela que le sentaba como un guante. ¡Qué apuesto era! Tenía un cuerpo magnífico y un rostro esculpido por los dioses. O quizá no, pero ella no podía verlo de otro modo.

Tal vez no era objetiva, pero adoraba mirarlo y eso lo convertía en la criatura más hermosa sobre la faz de la tierra, pues nunca había sentido tal placer al mirar a nadie.

—Cariño, no tienes jaqueca, tienes resaca. Una gran resaca, por cierto.

Ella se llevó una mano a la sien y suspiró. Se encontraba realmente mal y el tono jocoso de su marido no auguraba nada bueno. ¿Qué había sucedido la noche anterior, por amor de Dios? No podía recordarlo y su mente estaba envuelta en una neblina tan densa que tardaría horas en disiparse, si es que lo hacía en algún momento.

—¿Cómo es que estás aquí? ¿Cuándo has regresado?

John rio de nuevo y sacudió la cabeza.

—No pienso contestar a tus preguntas mientras estés desnuda. No es que no me sienta atraído por lo que veo, pero dudo que estés en condiciones de hacer lo que a mí me gustaría hacer.

Ella lo miró, azorada, y luego se miró a sí misma y, al ver que tenía el camisón puesto, frunció el ceño y fulminó a su marido con la mirada antes de subir las sábanas hasta la barbilla, para regocijo de John, que rio a carcajadas.

—¿Qué es tan divertido? —gruñó Skye.

—¡Oh, cariño! Lo sabrás en cuanto tu cerebro se despeje un poco y recuerdes todo lo que sucedió anoche.

Skye lo vio levantarse y dirigirse hacia la puerta.

—Llamaré a tu doncella para que te ayude a asearte y vestirte. Deberías bajar a desayunar para dar apoyo a lady Mersett. Anoche... —Se encogió de hombros—. Mucho me temo que lord Mersett no estaba nada contento con lo que se encontró al llegar.

Ella lo miró sin comprender y él salió de la habitación sin darle las respuestas que necesitaba. Aunque ni siquiera las necesitó porque, poco a poco, las imágenes de lo sucedido la noche anterior llegaron a ella con tanta claridad como si las estuviese viendo a través de un espejo. Se cubrió la cara con las manos y gimió. ¿Qué había hecho? ¿Qué demonios había hecho?

¡Cómo le gustaría esconderse en algún lugar y no salir jamás! En realidad, si se la tragase la tierra, no lo lamentaría. De hecho, estaría encantada. Se sentía tan avergonzada por el espectáculo de la noche anterior, que pensar en bajar a desayunar con su marido y lord Mersett se le antojaba imposible.

¡Ay, Señor! ¿De dónde había sacado el valor para hacer todo aquello? Si se lo hubiesen dicho un mes atrás, no habría sido capaz de creérselo. Pero allí estaba, una mujer borracha que había intentado seducir a su marido y había terminado haciendo el ridículo más espantoso.

No volvería a beber, lo juraba por... por...

Bueno, lo juraba y punto.

Capítulo 20

Compartir el desayuno con lord Mersett y su esposo fue muy vergonzoso. Nunca se había emborrachado y el recuerdo que tenía de su comportamiento no era nada agradable, aunque en su memoria no había ni una sola escena en la que apareciese haciendo el ridículo frente al conde. Recordaba, eso sí, el apasionado beso que John le había dado en el salón ámbar. El recuerdo la estremecía de puro anhelo, aunque no estaba segura del significado de aquello. Intuía que era deseo, pero no podía estar del todo segura.

Lady Mersett, en cambio, no parecía avergonzada en absoluto, solo tenía el aspecto de haber sido pisoteada por un centenar de caballos y tenía profundas ojeras bajo los ojos. Las sonrisas y miradas que lord Mersett lanzaba a su esposa le decían que algo muy bueno había sucedido entre ellos, aunque ella no parecía percatarse de la adoración con la que la miraba. Tampoco se le escapaban las sonrisillas de la condesa, aunque parecía encontrarse demasiado mal como para deshacerse en sonrisas y miradas amorosas hacia su marido. Se sintió como una intrusa, como si estuviese invadiendo un momento muy íntimo, aunque no lo entendía todo con la claridad que le gustaría. Si lo comprendiese, sabría por qué se sentía de ese modo.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó lord Mersett al darse cuenta de que no había dicho ni una sola palabra desde que la había visto entrar.

Ella asintió, pero su marido resopló, burlón.

—Tan bien como lady Mersett, seguro. —Se volvió hacia el conde, jocoso—. Ha sido una noche muy interesante. No sabía que una mujer ebria podía ser tan... —Miró a su esposa de reojo, que estaba encarnada como la grana—. Tan divertida.

Derek enarcó una ceja y la miró unos instantes.

—Es una suerte que tu esposa en estado de embriaguez sea divertida. —Lanzó una mirada de reojo a Daphne—. La mía, por desgracia, es un peligro para el resto de seres humanos.

—Solo para los chinos —gruñó ella con expresión ofendida—. Y, querido, tú eres el único chino que ha recibido mis atenciones en estado de embriaguez.

—Como dijiste anoche, soy el único chino de Minstrel Valley.

El gruñido cargado de resentimiento del conde arrancó una sonrisa a la condesa, que negó con la cabeza.

—No, querido, todavía está Yuyen, tu asistente. —Derek le lanzó una mirada asesina y ella le

respondió con una sonrisa encantadora—. Por supuesto, no tengo ojos para nadie que no seas tú.

Él trató de mantener una expresión seria, pero no pudo ocultar el placer que le producían sus palabras. Skye sonrió, divertida. Le gustaría tener una relación con John similar a la de los condes y, aunque se llevaban muy bien y cada vez confiaban más el uno en el otro, todavía les faltaba aquello que Skye no lograba identificar. ¿Amor? ¿Cariño? No estaba segura. Desde luego, ella sentía cosas por John. Le gustaba estar con él y, cuando estaba lejos lo echaba de menos y quería pasar más tiempo a su lado. Se preocupaba por él y no quería que sufriese. También le gustaban sus besos y abrazos, disfrutaba de sus sonrisas y quería verlo sonreír siempre. El sonido de su risa la llenaba de calidez y deseaba que siempre, absolutamente siempre, riese de aquel modo. Quería hacerlo feliz. Si el amor era aquello, entonces estaba enamorada de su marido. Pero él...

Suspiró y se concentró en el té que tenía delante. Él era encantador, la cuidaba y la trataba con suma delicadeza, pero estaba segura de que no la amaba ni amaría jamás. Suponía que nunca estaría a la altura de las mujeres que lo perseguían en Londres. No tenía experiencia alguna, no era sofisticada y su familia no solo le había retirado su apoyo, sino también la palabra. No querían saber nada de ella y, de no ser por lady Blackwood, ni siquiera sabría del estado de salud de sus padres, por quienes todavía se preocupaba. Le dolía estar separada de ellos, pero al mismo tiempo se sentía aliviada. Nunca había sido tan libre y jamás había sido tratada con tanto respeto como en la casa de los condes de Mersett.

Sophia, en sus cartas, le había hablado del revuelo que se había montado en Londres a causa de su matrimonio, aunque este enseguida se había olvidado debido a otro escándalo mayor: el duque de Trevisham había enviado a su hijo a una de sus propiedades de Escocia, de donde no podría salir hasta que él le diese la orden de volver. Estaba tan furioso porque la rica heredera que esperaban se hubiese esfumado, que no lo perdonaría con facilidad, pues si había algún responsable en aquello ese era él, que había alargado el compromiso demasiado tiempo y había paseado su relación ilícita con lady Radford por todos los salones de Londres. Y esta, quizá por intervención del duque, tal vez porque su esposo estaba cansado de sus desmanes, había sido enviada a Devonshire, de donde se rumoreaba que no saldría hasta la muerte de su marido, quien no tenía la intención de morir demasiado pronto, pues había abandonado el que se suponía era su lecho de muerte y paseaba por ahí como si en lugar de setenta años tuviese cincuenta. Al parecer, librarse de su esposa lo había rejuvenecido.

A Skye no le preocupaba el escándalo de su boda por sí misma, sino por quienes la habían ayudado en todo aquello, pero al parecer el impacto había sido mucho menor de lo que había esperado gracias a todo lo que había sucedido después.

Tras el desayuno, el conde y John anunciaron que regresarían a Londres y que no volverían a casa hasta finales de semana, tal vez tardarían un día o dos más. Dependería de la llegada del buque mercante que estaban esperando. Skye nunca había conocido a un conde que manejase un negocio por sí mismo, pero tampoco había conocido a un lord chino, así que no tendría que haberse sorprendido por nada de lo que aquel hombre hiciese.

Antes de marcharse, John la llevó aparte, lejos de la mirada de los condes. Ella pensó que le advertiría que no volviese a beber alcohol, que la regañaría por su comportamiento imprudente, pero no hizo nada de aquello. La acorraló contra una pared con expresión amenazante y, tras inclinarse hacia ella, la besó. No fue un beso tierno y contenido como los que le había dado hasta ese momento, sino uno tan apasionado como el de la noche anterior. El corazón de Skye se detuvo por un segundo y enseguida empezó a latir de nuevo muy rápido, como si hubiese pasado la mañana corriendo, en lugar de haber estado sentada. John, que pareció adivinar que sus rodillas se doblarían, la sujetó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo. Ella, temerosa de caer al suelo debido al temblor de sus piernas, le rodeó el cuello con los brazos y se entregó a aquel beso. No hubo ni miedo, ni dudas, ni vacilación. Solo aquel anhelo que iba aumentando poco a poco y que, de repente, consiguió identificar. Deseaba a su marido. ¡Lo deseaba! Aquella certeza la atravesó como una flecha, llenándola de una emoción inexplicable.

John...

¡Ay! John había conseguido liberarla del miedo y no podía sentirse más feliz.

Protestó cuando él se apartó de ella, dando fin al beso. Sin embargo, su mirada estaba llena de promesas.

—Esposa mía —murmuró sobre sus labios—, espero que a mi regreso estés sobria, pues juro que no podré contenerme una noche más.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—Prometo no probar una sola gota de alcohol hasta entonces.

—Cariño —le acarició una mejilla con infinita ternura—, puedes beber todo lo que quieras, siempre y cuando no permitas que lady Mersett te arrastre a sus locuras. —La besó en la punta de la nariz—. No quiero vivir continuamente preocupado por la travesura que harás a continuación. Moriría demasiado joven a causa de la angustia, y aprecio mucho mi vida como para permitirlo.

Skye rio.

—Intentaré ser comedida —respondió siguiendo la broma.

Él sonrió y asintió, conforme con su respuesta.

Skye lo vio marchar con el corazón encogido. No quería separarse de él, pero no podía quejarse. Al fin y al cabo, ni siquiera tenían una casa en Londres y la de lord Mersett estaba demasiado cerca de la de sus padres. Le habría gustado visitar a Sophia, pues la echaba de menos, pero se conformaría con las cartas. No iba a molestar a su marido con aquello.

Separarse de Skye le resultó más difícil de lo que había imaginado, pero era un hombre responsable y, por más que deseara quedarse al lado de su esposa, no podía hacerlo. No tenía intención de vivir de su dinero, pues él podía ganarlo también, así que tenía que trabajar y ya había estado demasiado lejos de sus negocios, cosa que lo incomodaba sobremanera. Además,

tenía que comprar una casa y lord Mersett le había dicho que lo ayudaría a encontrar una lo más lejos posible de la de los condes de Ryedale.

Nunca había imaginado que llegaría a enamorarse y mucho menos que haría tantos sacrificios por alguien. La noche anterior, de hecho, había llegado a su límite. De no haber estado ebria, sin duda habría consumado el matrimonio, tal y como había deseado hacer desde el primer momento. Sin embargo, su conciencia no le permitía comportarse de aquel modo y el temor a que aquella primera vez se convirtiese en la causa de una vida llena de resentimiento, lo había detenido. Aunque el hecho de que ella estuviese tan borracha como para hacer el ridículo de una forma tan espantosa había sido el principal aliciente para contenerse. De buen grado habría aceptado sus avances, porque lo deseaba con todo su ser, pero no podía hacer aquello. Sencillamente no podía.

Lady Mersett había dejado en manos de su esposo el hablarle sobre el sufrimiento y el miedo de las mujeres cuando las relaciones íntimas no eran satisfactorias. El conde le había contado que, en aquellas cuestiones, debía ser cuidadoso y considerado, pues Skye era una mujer que había recibido una educación muy estricta. El sexo era algo que temían porque no lo conocían, y en sus manos estaba que resultase placentero y satisfactorio para ambos. Si ella temía aquellos encuentros, acabarían odiándose, estaba seguro. No creía que lo que sucedía en el dormitorio fuese lo único sobre lo que se fundamentaba un matrimonio, pero reconocía la importancia de que ambos se entendiesen bien en todos los terrenos.

Skye no sabía lo agradecido que se sentía por lo que le había dado la noche anterior. No importaba si estaba ebria o si no habían llegado a consumir el matrimonio, pues le había mostrado su deseo de avanzar en su relación. Ya no le tenía miedo, ya no temía la intimidad ni se tensaba cuando la tocaba. Había sido un proceso lento, pero le agradaba pensar que había hecho lo correcto, pues una mujer que había sufrido tal represión no podía ser lanzada al mundo sin una red de protección. Sin quererlo, él se había convertido en aquella red, la había cuidado y protegido todo lo bien que había podido y, aunque sabía que había cometido errores, el resultado final no podía ser más satisfactorio.

—Supongo que Daphne está en lo cierto y te has enamorado de tu esposa.

John se volvió hacia lord Mersett y sonrió. Asintió sin pudor, no tenía caso ocultarlo. Estaba seguro de que se reflejaba en cada músculo de su cara. El conde se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Y yo que critiqué su decisión... —Suspiró—. Supongo que no debería desconfiar de su criterio de nuevo, o me arrojará a los perros.

—Dudo que la pobre Killia sea capaz de darle un mísero mordisco, milord.

Derek soltó una carcajada.

—Creo que preferiría morderme a mí antes que enfrentarse a Holly y Snow. Créeme, esa perra es muy traicionera.

John también rio al pensar en la tensa relación entre las gatas de lady Mersett y la perra del conde. En diez años no había mejorado ni un ápice.

—¡Y yo que pensaba que era de lealtades firmes!

—¡Ojalá! Pero no, prefiero su comodidad antes que protegerme.

—Siempre le quedará su esposa. Todavía recuerdo el escobazo que se llevó la señora Cotton cuando se atrevió a insultarlo al verlo pasar. —Derek se volvió hacia él con sorpresa. Nunca había escuchado tal historia—. ¿No lo sabía? —Derek negó con la cabeza—. Fue durante un día de mercado. Lady Mersett estaba cerca del colmado, donde la señora Gibbs barría el espacio frente a su puerta. La señora Cotton lo vio pasar a caballo y dijo que parecía el mismísimo demonio. La condesa le arrebató la escoba a la señora Gibbs y golpeó con ella la espalda de la señora Cotton.

Derek lo miró horrorizado.

—¿Y cómo justificó semejante ataque?

—Dijo que estaba intentando matar a una lagartija que trataba de meterse en el colmado, pero que la señora Cotton se había puesto en su camino.

—¿Había alguna lagartija por la zona, al menos?

John negó con la cabeza.

—Ni una sola. Era febrero y hacía un frío del demonio. Incluso había nevado.

Derek miró a John y luego al frente, atónito. Luego miró de nuevo a John y estalló en carcajadas. De haber estado su esposa presente, sin duda la habría amonestado por semejante acción, pero lejos de ella reía a mandíbula batiente.

—¡Santo Cielo! Esta Daphne... —John temió que cayese de la montura debido a la risa—. Lo peor es que tengo la impresión de que tu esposa no es muy diferente de la mía. Dale tiempo y verás como tu pelo se volverá blanco por su culpa.

John asintió, compungido, y las carcajadas de lord Mersett se redoblaron, aunque esta vez no rio solo, sino que John lo acompañó. Sí, él intuía que Skye acabaría por volverlo loco, igual que lady Mersett lo hacía con su mentor. Aunque estaba seguro de que disfrutaría enormemente de aquellos momentos, igual que lo hacía el conde, a pesar de que de cuando en cuando se mostrase cascarrabias para impedir que su esposa diese mal ejemplo a sus hijos. Quizá él acabaría haciendo lo mismo y, a decir verdad, la idea no le desagradaba en absoluto.

Capítulo 21

El barco que habían estado esperando llegó dos días antes de lo esperado, lo que llenó de regocijo a los dos hombres, pues estaban deseando regresar con sus esposas. Corrieron al puerto para comprobar que todo estaba bien mientras sus mentes estaban llenas del anhelo por las mujeres que los esperaban en Minstrel Valley.

Durante tres días trabajaron ayudando a descargar el barco, haciendo recuento de la mercancía y distribuyéndola entre los distintos compradores. John se olvidó de Skye durante ese tedioso proceso, pues estaba demasiado ocupado como para pensar en otra cosa que no fuese el trabajo. Incluso soñaba con ello.

La mañana del cuarto día, tras comprobar que todo estaba en orden y podían marcharse tranquilos, decidieron dejar el resto en las manos del experimentado antiguo ayudante de Aaron Wadlow y regresar a casa aquella misma tarde. Por desgracia, estaban demasiado cansados para hacer el viaje, aunque sí aprovecharon para hacer algunas compras. Derek compró algunas fruslerías para los niños y un brazalete de oro y esmeraldas para Daphne. John compró un anillo para Skye de oro y diamantes. Una joya sencilla que, en su opinión, casaba a la perfección con ella. Lord Mersett estuvo de acuerdo con él y miró su propio anillo de jade y oro, orgulloso. Tanto lady Mersett como él lucían anillos iguales. Uno de los que la condesa lucía había estado destinado a la madre de Derek, quien había fallecido sin llegar a lucirlo jamás. John pensó en regalarle una joya que tuviese semejante significado, pero luego se dijo que esperaría a que hubiesen compartido más momentos juntos y luego diseñaría algo especial, algo significativo para ambos.

Tras una merecida noche de descanso, emprendieron el viaje de regreso a Minstrel Valley. John estaba feliz, mientras que Derek mostraba una gran preocupación por lo que su esposa podría haber hecho en su ausencia.

—Jasper se parece mucho a ella —comentó mientras el carruaje avanzaba lentamente por la ciudad—. Nunca sé por dónde van a salir. No niego que en muchas cosas se parece a mí, pero las similitudes con su madre... —Sacudió la cabeza, resignado—. Estoy seguro de que acabaré quedándome calvo con tanto susto.

John sonrió, compasivo.

—Espero no verme en la misma situación que usted.

El suspiro desesperado del conde lo hizo reír.

Sí, esperaba que las cosas con Skye fuesen más tranquilas, pero no podía negar que le gustaba mucho lady Mersett. Era una mujer muy diferente de todas las que conocía y, aunque en ocasiones hacía algunas locuras, era una mujer muy afectuosa, leal, honesta y generosa. Y, sobre todo, amaba a su esposo por encima de todas las cosas. De no ser así, de no tener aquel carácter, jamás habría reunido el valor necesario para casarse con él. Había tenido que enfrentarse a infinidad de situaciones difíciles debido a los orígenes del conde, pero las había superado todas. Además, era una gran madre, alguien en quien sus hijos podrían apoyarse siempre. Jamás los trataría como los condes de Ryedale habían tratado a Skye. Siempre los protegería y buscaría su felicidad, igual que había hecho con él.

Esperaba y deseaba que fuese una buena influencia para Skye, pues no había mujer que admirase más que Daphne Lee, condesa de Mersett.

Tras recorrer los puestos del mercado un par de veces, a Skye le dolían los pies. Lady Mersett, en cambio, estaba rebosante de energía. Con ellas iban los niños y, para sorpresa de Skye, Jasper no le soltó la mano en todo el rato y, además, se comportaba con una seriedad y una formalidad inusuales.

—Al salir de casa me dijo que debe cuidarte —dijo Daphne con una sonrisa—. Al parecer se casará contigo cuando sea más alto que tú. Dice que Johnny te está cuidando hasta que crezca.

Habían decidido prescindir de las formalidades, pues ahora eran familia. Para Daphne, Skye era su nuera, una hija más que se había unido a su bulliciosa casa. Skye, por su parte, estaba encantada de vivir en un ambiente tan informal. Había restricciones, por supuesto, pero no tantas como en casa de sus padres. No recordaba que sus hermanos hubiesen hablado con sus padres del modo en que lo hacían aquellos niños con los suyos, igual que ella jamás había tenido la libertad de comportarse como lo hacían las gemelas. Que, si bien siempre eran tranquilas, comedidas, no dudaban en poner en aprietos a su hermano Jasper cuando nadie las veía. De hecho, las había encontrado tirándole del pelo y dándole mordiscos porque creían que había metido un pájaro en su habitación, cuando la pobre criatura se había colado por la ventana sin ayuda de nadie. Al principio habían llorado y montado una escena dramática digna de los mejores teatros de Europa hasta que su madre había logrado echarlo del dormitorio. Pero, en cuanto descubrieron que el que creían que era el responsable de semejante afrenta no sería castigado, se tomaron la justicia por su mano. Skye, a pesar de conocer a Daphne lo bastante como para saber que jamás las golpearía como su madre hacía con ella, temió por las niñas. Y las castigó, sí, pero a pasar la tarde encerradas en habitaciones distintas reflexionando sobre sus actos. A la hora de la cena ya le habían pedido perdón a Jasper y no hacían más que besuquearlo, cosa que el niño adoraba. Le encantaba dar y recibir besos, incluso de su hermano mayor, quien trataba de huir de los continuos

ataques de sus labios y, cuanto más huía, más se empeñaba él en lograr su objetivo.

No había palabras para expresar lo feliz que se sentía en aquella casa. Nunca, jamás en su vida, se había sentido de aquel modo. Disfrutaba de cada momento, de cada risa y de una libertad que nunca había tenido. Leía los libros que le apetecía y luego los comentaba con Daphne, asistía a las reuniones de la Liga de las Mujeres, con la que la condesa estaba muy comprometida, visitaba a su tía con frecuencia, paseaba por el pueblo sola o con Daphne, salía a montar a caballo todas las mañanas con ella y, en definitiva, llevaba una vida muy diferente a la que había llevado hasta aquel momento.

Ella también era muy diferente a la Skye de antaño. Ya no se sonrojaba con cada palabra que le decían, como tampoco callaba sus opiniones. John las valoraba mucho, igual que lo hacían Daphne y su esposo. Tampoco se avergonzaba de hacer preguntas que podían resultarle incómodas, pues se había descubierto a sí misma intentando conocer todo aquello que antes le había estado vetado. Había engordado un poco y, como a John no le gustaba que apretase el corsé como lo hacían todas las damas, había tenido que encargarle varios vestidos a la modista de lady Mersett. Disfrutaba de la comida y, aunque tenía cuidado con la alimentación, ya no se pasaba el día con hambre. Además, se ejercitaba mucho más de lo que lo había hecho jamás.

Le gustaba aquella Skye. Le gustaba mucho. Sabía que todavía tenía que cambiar muchas cosas de las que su madre le había enseñado y que, en su opinión, eran erróneas, pero no tenía prisa. Cada pequeño paso que daba la satisfacía enormemente.

Solo había algo que la preocupaba: John. Sabía que lo había pasado mal mientras vivía en Minstrel Valley debido a su situación, pero nunca le hablaba sobre aquello y tampoco quería acompañarla en sus paseos por el pueblo, sino que limitaba sus salidas al jardín o, como mucho, acompañaba a lady Mersett en sus paseos cerca del lago si no había gente cerca. Quería que le contase lo que le había sucedido y por qué no era capaz de enfrentarse a su pasado, ya que los condes jamás le darían aquella información. Así que, decidida a ayudar a su marido a liberarse de aquello que tanto lo lastimaba, se prometió a sí misma que lo averiguaría todo como fuese. Incluso lo torturaría si hacía falta.

La llegada de Derek y John llenó Landford House de gritos de puro regocijo. Los niños bajaron las escaleras corriendo y gritando, felices de ver a su padre. Incluso el siempre comedido Andrew mostró la emoción que correspondía a su edad. Aunque los regalos que el conde llevaba consigo estaban mucho más relacionados con aquel escándalo que la alegría por la llegada del conde. John también les llevaba regalos y, durante al menos veinte minutos, los mantuvieron ocupados mientras abrían los paquetes y mostraban a todo el mundo lo que habían recibido.

Cuando por fin se vieron libres de los niños, pudieron saludar a sus esposas, aunque con la corrección y el comedimiento propio de la situación. Había demasiada gente, al fin y al cabo y,

por muy informales que fuesen en el hogar de los condes de Mersett, había barreras que jamás se atravesarían.

A John le gustó ver la expresión de alegría de Skye. Los ojos verdes brillaban, emocionados, y su sonrisa fue mejor que cualquier recibimiento efusivo. Jasper la arrastró hasta el lugar donde estaban sus hermanos para mostrarle sus nuevas adquisiciones y Daphne soltó un hondo suspiro.

—Tienes un duro competidor, Johnny.

John sonrió y miró al grupo unos segundos.

—Parece que estos días sin mí le han venido muy bien.

Daphne asintió y la miró, sonriendo.

—Necesitaba un tiempo a solas con su suegra para dejar de comportarse como una mojigata.

John no pudo ocultar el regocijo que sintió al escuchar la palabra «suegra» de boca de la condesa. Esta lo tomó del brazo y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Cuándo dejarás de tratarnos con tanta formalidad, Johnny? Skye ya lo hace.

Él la miró con sorpresa.

—¿De verdad?

Daphne asintió.

—Quizá le cueste un poco más hacerlo con Derek, pero acabará haciéndolo. Tú llevas diez años tratándonos como si no fuésemos familia. Y lo somos, Johnny. Lo somos.

Él suspiró y negó con la cabeza.

—Todavía me siento como un impostor. No puedo...

—Entonces reúne valor para enfrentarte a todo eso. Ahora tienes a Skye y algún día tendrás hijos y crecerán con ellos. —Señaló a sus hijos—. Con suerte los tratarán como a sus tíos y a nosotros como a sus abuelos. ¿No quieres que crezcan en una familia tan grande? Has crecido sin padres y sin familia, cierto, pero diez años son demasiados para seguir llamándonos milord y milady.

John suspiró.

—Solo puedo decir que lo haré... cuando esté preparado para hacerlo.

—Me conformo con eso.

Él sonrió. En muchas ocasiones había deseado tratarlos con menos formalidad, pero no se había atrevido. Ellos nunca habían hablado del asunto abiertamente y él no había tenido el valor de mencionarlo. Ahora solo tenía que buscar el momento de lanzarse a tratarlos como deseaba hacerlo.

—Empiezo a sentirme celoso de Jasper —dijo al cabo de un rato, cuando vio que el niño besaba tres veces seguidas a Skye en la mejilla—. Creo que voy a tener que hablar muy seriamente con ese caballero.

Lord Mersett se echó a reír.

—Quizá deberíamos buscarle a una pelirroja de su tamaño. Seguro que así se olvidaba de tu esposa.

John suspiró.

—¿Y dónde encontraremos una?

—Podrías engendrarla —bromeó Daphne—. Una niña con su pelo y tus ojos. Jasper estaría encantado. Esta noche...

—¡Daphne! —exclamó Derek fingiendo un escándalo que no sentía.

—No seas exagerado, Derek. Iba a decir que lo he preparado todo para que cenéis a solas en vuestro cuarto. Una cena romántica destinada a... ¡Ay!

Lord Mersett le había dado un codazo en las costillas y Daphne lo fulminó con la mirada.

—¡De acuerdo! No diré nada más. Solo quería decir que está destinada a que compartan tiempo a solas. ¡Solo llevan un mes casados!

Derek le lanzó una mirada sardónica y John rio.

—No la regañe, milord. Agradezco que haya pensado en todo.

—Ha sido idea de Skye —confesó Daphne—. Algunas sutilezas se me escapan.

Tanto John como Derek la miraron burlones y ella se encogió de hombros.

Sí, John River estaba muy feliz por formar parte de aquella familia a pesar de sentirse como un ladrón. También se alegraba de haber aceptado la loca proposición de matrimonio de Skye, pues de otro modo no habría sido capaz de acercarse a otra persona tanto como se había acercado a ella. La amaba. La amaba como no había amado a nadie antes, ni siquiera a Deirdre. La adoraba como no adoraría a nadie más.

Skye era, sin lugar a dudas, lo mejor que le había pasado en la vida.

Capítulo 22

Tal y como lady Mersett había dicho, John y Skye cenaron a solas en su cuarto. Y, tal y como le confirmó la misma Skye, ella había sido quien había pedido permiso a la condesa para ausentarse de la mesa aquella noche, pues deseaba pasar tiempo a solas con él. Le sorprendió la estrecha relación entre las dos mujeres y le agradó que se llevasen tan bien. La rapidez con la que su esposa se había adaptado a su nueva familia lo hacía sentir orgulloso, a pesar de que lamentaba que sus padres y hermanos le hubiesen dado la espalda. Ella le había dicho que había pensado mucho en ello y que estaba preparada para el rechazo y todo lo que viniese después de su escandalosa boda, y no lo había engañado. Skye era mucho más fuerte de lo que parecía a primera vista.

John le habló de los rumores que corrían sobre ellos en Londres y la forma en que la condesa viuda de Landford, tía abuela de Skye, y lord Leavenfield hacían frente a ellos. Habían esperado un escándalo de proporciones épicas, pero lo único que John había encontrado al llegar había sido una historia más similar a la de Romeo y Julieta que a la verdad. La maquinaria de los rumores de Londres, en ocasiones, funcionaba de una forma bastante deficiente.

Él sabía que tendrían que volver tarde o temprano y que, si bien ponía la excusa de verse en la obligación de comprar una casa, tenía la opción de vivir en la de Aaron Wadlow, que llevaba años vacía y no parecía que su propietario fuese a regresar pronto. Además, su mentor estaría encantado de que la ocupase y estaba convencido de que su esposa disfrutaría del ambiente de Bloomsbury.

Skye, en cambio, ni siquiera pensaba en regresar. Sus días en Minstrel Valley transcurrían tranquilos y ya empezaba a conocer a los vecinos. También había escuchado algunas historias interesantes, como las dos leyendas del pueblo. Ambas relacionadas con amores trágicos. Una implicaba el lago, y la otra el puente del Pasatiempo. Tantos fantasmas en tan poco espacio le parecieron de lo más divertido. De hecho, le habría gustado ver uno. El del hombre sin cabeza que vagaba cerca de las ruinas romanas no, por supuesto. Pero sí el de su esposa, incapaz de abandonar el puente para salvarle la vida a su marido.

Ella, en cambio, conseguiría salvar al suyo. Por eso había pedido que los condes los excusasen. Tenía que ser aquella noche o perdería el valor.

—Mañana hay un baile en la plaza del pueblo —comentó mientras John le servía agua en una

copa. Le había dicho que aquella noche tenía prohibido beber una sola gota de alcohol, pues la quería sobria—. ¿Vas a ir conmigo?

La mano de John se congeló en el aire y Skye vio una gota de sudor deslizándose por su sien. Una mísera muestra de su temor que ocultó en cuestión de segundos.

—Sabes que no me gusta pasear por el pueblo.

—Lo sé. Pero quiero que me acompañes.

—Pídeselo a lady Mersett, ella...

—Quiero que seas tú.

John frunció el ceño, molesto por su terquedad.

—¿Por qué?

—Eres mi marido.

—Y sabes que odio salir de...

—Sé que lo odias. Pero quiero que seas tú quien me acompañe. Los condes lo hacen siempre, incluso mi tía. Pero quiero ver Minstrel Valley a través de tus ojos, quiero conocer a Johnny y quiero que seas tú quien me lo presentes.

John sonrió con amargura.

—Lo tienes delante.

Skye negó con la cabeza.

—Frente a mí tengo a John, el hombre que eres ahora. Johnny se quedó en Minstrel Valley hace diez años.

Él se echó hacia atrás en la silla y clavó la mirada en su plato.

—Te sentirás avergonzada si te acompaño, Skye.

—No creo que sea yo quien se sienta avergonzada, señor River. Me casé contigo sabiendo que eres huérfano, que trabajabas como chico de los recados en la Escuela para Señoritas de lady Acton, que también trabajaste en las caballerizas Bissop y que, además, alguien te rompió el corazón frente a la estatua de la dama y el juglar. Además, te abandonaron en la puerta de la iglesia.

John hizo una mueca que reflejaba su amargura.

—Lo sabes, pero en cuanto veas cómo me tratan los demás, te sentirás avergonzada.

—Yo no —insistió Skye—. Tal vez tú te avergüences de tu pasado, pero para mí es solo una parte más de ti. Quiero conocer a Johnny, quiero que me hables sobre él.

—¿Por qué hablas como si fuese una persona distinta?

—Porque tú lo haces. Tú odias a Johnny, por eso no sales a la calle cuando estás aquí. Por eso tardaste diez años en regresar a tu hogar.

John la miró unos instantes y negó con la cabeza.

—No es odio, Skye, es dolor. Un dolor inmenso.

—Entonces hálame sobre eso.

—¿Ahora? —Ella asintió—. Había planeado otra cosa para esta noche.

Para su sorpresa, Skye sonrió, aunque sin sonrojarse. Le gustó que aceptase su comentario de aquel modo, que ya no le causase pudor el pensar en la intimidad que compartirían.

—Podemos hablar sobre Johnny y hacer lo que planeaste.

John parpadeó, sorprendido, y luego se echó a reír.

—No hay mucho que contar, Skye. No he sufrido nada diferente de lo que han sufrido otros niños huérfanos. Es solo que... no me gusta recordarlo.

—¿Tengo que salir al pueblo a preguntar por ti? Porque créeme, después de arrastrarte a Gretna Green, soy capaz de hacer cualquier cosa.

Él sonrió y asintió, divertido.

—No lo dudo.

—¿Entonces?

John no quería hablar sobre aquello, pero tarde o temprano tendría que hacerlo. No podría seguir escondiéndose en Landford House el resto de su vida y, dado que ella solo había tenido un mes para prepararse para lo que sucedería aquella noche y él había tenido diez años para hacer frente a lo que lo angustiaba, decidió que lo más justo sería abrirse a ella tal y como Skye lo había hecho antes con él.

—Ya te dije que me abandonaron en la puerta de la iglesia. Algunos dicen que, en realidad, me encontraron en los alrededores de Minstrel House, donde ahora está la escuela para señoritas. Durante unos años viví con el padre Roberts, que era un hombre encantador y muy cariñoso. Tengo muchos recuerdos de él, pero todos muy vagos. Tenía diez u once años cuando murió. Después me acogió la señora Cotton. —Guardó silencio unos minutos, pensativo—. Fueron unos años muy difíciles. Estaba convencida de que, si me lavaba en agua muy caliente y me restregaba con un cepillo, lavaría los pecados de mis padres, fuesen quienes fuesen. En ocasiones me frotaba tanto que me hacía heridas que tardaban mucho tiempo en sanar. Otras veces me azotaba con un látigo diciendo que mi alma pecadora se salvaría si aceptaba el castigo que me merecía. —Sonrió con amargura—. Acabé huyendo de su casa.

—¡Menos mal! —exclamó Skye, horrorizada—. ¡Estaba loca!

John se encogió de hombros, dando a entender que no lo sabía y que tampoco le importaba.

—Me acogieron en Minstrel House como ayudante de Jarvis Bonder, el jefe de cuadras, pero lord Mersett prohibió a todo el mundo que me diesen trabajos pesados. En realidad, de no haber sido por él, habría tenido que cargar los baúles de las alumnas y los pesados sacos de la cocina. Acabé haciendo recados sin importancia para todos.

—Lo dices como si fuese algo terrible.

John negó con la cabeza.

—No estaba tan mal. Ganaba algunas monedas e incluso me daban comida. Cada vez que llevaba las cartas de las alumnas a la posada para que las enviasen con el resto del correo, Dottie, la hija del dueño, me servía un plato de guiso. Nunca he comido nada tan delicioso en mi vida. Había mucha gente que me trataba bien.

Skye lo miró con tristeza.

—Intuyo que hay un pero.

Él asintió y bebió un sorbo de la copa que sostenía en las manos.

—También había gente que me trataba mal. O, más bien, que se aprovechaba de mi debilidad. Un niño huérfano que no había sido capaz de desarrollarse a la misma velocidad que los demás, que no tenía a nadie que lo protegiese era un blanco fácil para matones y desaprensivos.

—Pero tenías a lord Mersett...

—No vivía aquí, Skye. En ocasiones no podía venir durante meses debido a la nieve o la lluvia. Lady Mersett hacía lo que podía, pero nadie la tomaba en serio. Era algo así como la viuda loca con la que todos eran permisivos porque tenía dinero, nada más.

Skye frunció el ceño, indignada.

—¡Qué ignorantes!

John no pudo evitar sonreír ante la expresión de su esposa.

—Cariño, esto no es más que un pueblo. Ha alcanzado cierta popularidad gracias a la escuela, pero en aquel momento no hacía mucho que el colegio estaba funcionando. Lo abrieron en mil ochocientos treinta y cinco. Ahora con tanto ir y venir de nobles que vienen a visitar a las muchachas, ha mejorado mucho, por lo que me ha dicho lady Mersett.

—Aun así... Daphne es una dama encantadora, inteligente y divertida...

—Y es un peligro, cariño. Un peligro andante. Su esposo padece fuertes dolores de estómago por su culpa.

Skye rio, traviesa.

—Pero la adora.

John sonrió y asintió.

—Cierto.

—Sigue contándome cosas.

—Algunos chicos de mi edad e incluso algo mayores disfrutaban mucho golpeándome, burlándose de mí y encerrándome en lugares de los que debía ser rescatado porque yo solo no habría conseguido salir. En una ocasión... —Dudó unos segundos—. En una ocasión me ataron con una cuerda y me bajaron al pozo de los deseos. Si hubiesen dejado la cuerda atada a algún lugar habría intentado salir, pero la arrojaron dentro en cuanto toqué fondo.

Skye recordó el pozo en cuestión y se cubrió las mejillas con las manos, horrorizada.

—¡Santo Cielo! —exclamó.

—Por suerte, Deirdre descubrió lo que habían hecho porque escuchó a los chicos hablar, así que fue a buscar a lord Mersett, que se alojaba en The Old Flute... la posada. —Dudó—. Deirdre es la hija del quesero.

Skye, que había oído hablar de ella y del amor que John había sentido por ella, asintió.

—Lo sé.

—Pasé muchas horas en aquel pozo y, cuando el conde bajó a salvarme, ya estaba casi

inconsciente. —Miró a su alrededor con tristeza—. Fue la primera vez que me alojé en esta habitación y también que deseé que lady Mersett fuese mi madre. Me cuidó tal y como cuida a sus hijos cuando enferman.

—Por eso decidieron acogerte.

John negó con la cabeza.

—No. Lord Mersett me había ofrecido su ayuda mucho antes. Solo que yo la rechazaba.

—¿Por qué?

—Por orgullo. Y por miedo. Siempre me he sentido como un ladrón, como alguien que está ocupando un lugar que no le corresponde.

—Eso es ridículo.

—Sé que lo es, pero no puedo evitarlo.

—Eso es porque sigues tratando a los condes como personas ajenas a ti. Como si les debes algo, cuando ellos te tratan como a su familia. Seguro que es porque tienes miedo de ser abandonado otra vez.

John la miró con sorpresa y luego sonrió.

—Eres realmente aterradora, Skye.

Ella se encogió de hombros y lo animó a continuar con la historia.

—Casi todas las marcas que viste en mi cuerpo son de las palizas que recibía. Otras, de mis intentos de huir de los lugares en los que me encerraban y, las demás, son obra de la señora Cotton. No hay mucho más que contar, Skye.

—Háblame de Deirdre. —Él negó con la cabeza, temeroso de herir sus sentimientos, pero ella frunció el ceño—. Insisto. Algún día regresará a Inglaterra y sé que Daphne la tiene en muy alta estima. Me gustaría enfrentarme a ella conociendo vuestra historia.

—¿Señor! ¿Lady Mersett te ha hablado de ella también?

—Me ha dicho que pisoteó tu corazón frente a la estatua de la dama y el juglar, pero ya me habías dicho algo similar cuando intentabas deshacerte de mí, así que no me sorprenderé ni lloraré si me dices que la amabas como no amarás a nadie más en la vida.

John se echó a reír y negó con la cabeza.

—Creía amarla, cierto. Estaba convencido de que aquello era amor, pero ella era más lista que yo y les puso freno a mis tonterías del único modo posible: con crueldad. La odié durante mucho tiempo, pero solo porque creía que me menospreciaba por ser huérfano y no tener nada. Tenía dieciséis años, Skye, y ella era amable conmigo, me cuidaba y protegía todo lo que podía. Fui yo quien confundió el agradecimiento con amor y también quien usó su rechazo como excusa para marcharme y...

Se quedó callado unos minutos.

—Y para no volver —terminó Skye por él.

John la miró unos instantes y asintió.

—Cierto, también para no volver.

—Pero la verdad es que temes encontrarte con todos esos que te golpeaban cuando eras niño.
—John asintió—. Pero ahora eres John River y todo el mundo sabe que peleas como un demonio, que incluso puedes volar y dar patadas en las cabezas de tus enemigos. Eres un héroe.

Él la miró, estupefacto, y luego se echó a reír.

—Así que esta es la Skye que se escondía tras todas esas capas de timidez y represión.
Skye asintió.

—Siempre y cuando algo me interese lo suficiente como para prestarle atención, claro.

—Entonces, ¿yo te intereso tanto?

—Tú eres lo que más me interesa en el mundo, John.

Capítulo 23

John miró a Skye durante unos instantes. Ella también era lo que más le interesaba en el mundo a él. De hecho, en aquel momento era su todo, no podía pensar en nada que le importase más que ella. Nunca había imaginado que llegaría a enamorarse, que ella se convertiría en alguien tan importante para él. Desde el primer momento había tenido la intención de atesorarla y cuidarla, pero no de desarrollar sentimientos tan profundos. Tampoco había esperado que ella llegase a amarlo. Los sentimientos no entraban en su acuerdo, después de todo.

Se levantó sin dejar de mirarla a los ojos y se acercó a ella, quien se levantó también.

—¿Puedo llamarte Johnny? —murmuró Skye, nerviosa.

Él la tomó por la cintura y se inclinó para besarla.

—Cariño, puedes llamarme como tú quieras —dijo antes de unir sus labios a los de Skye.

La entusiasta respuesta de su esposa le arrancó una sonrisa. Había esperado ciertas reticencias por su parte, que se mostrase incómoda o que se pusiese nerviosa por lo que iba a suceder aquella noche, pero no se encontró con nada de aquello. Muy al contrario, Skye recibió su beso con tan buena predisposición como él se lo había dado.

Mientras la besaba, pensó en cuál sería la mejor forma de tratar aquel asunto para evitar que se asustase y saliese corriendo. Si iba muy despacio, le daría demasiado tiempo a pensar en lo que estaba pasando, y si iba demasiado rápido, huiría despavorida.

¡Señor! ¡Qué difícil era ser hombre en algunas situaciones!

Skye, por su parte, pensaba en los consejos de lady Mersett, a quien le horrorizaba la idea de que viviesen el resto de sus vidas sin llegar a consumir el matrimonio. Le había dicho que, si John había sido capaz de aguantar tanto tiempo durmiendo a su lado sin tocarla, no tenía nada que temer de él, pues no era un buen hombre, no, sino un santo al que había que ponerle un altar. Skye no tenía ni idea de que algo como aquello fuese tan difícil para los hombres, así que había supuesto que, si bien él deseaba acostarse con ella, no le suponía demasiado sacrificio el no llegar a consumir.

¡Qué tonta había sido! Menos mal que Daphne la había instruido bien, o nunca habría reunido el valor necesario para llegar a la consumación.

Tal y como le había dicho la condesa, empezó a desnudarlo para indicarle que no necesitaba ir con tiento, pues no estaba asustada. Él permitió que le sacase la chaqueta, incluso el pañuelo del

cuello, pero cuando empezó a desabrocharle la camisa, se apartó de ella, perplejo. Ella, no menos desconcertada que él por su reacción, lo miró interrogante.

—¿Lady Mersett? —preguntó mientras se desabrochaba la camisa.

Skye lo miró a los ojos y asintió. No necesitaba que le explicase la pregunta, pues sabía bien a qué se refería. John se quitó la prenda y la arrojó al suelo.

—Supongo que debería mostrarle mi agradecimiento por haberte preparado en mi ausencia. Ven aquí...

Extendió los brazos para recibirla, pero ella negó con la cabeza y clavó la mirada en su torso. Los dedos de Skye deseaban tocar cada una de sus cicatrices y lo hizo. Se acercó a él y tocó una alargada que tenía en el pecho. La acarició con dedos temblorosos, fascinada por la suavidad de la piel que la rodeaba. Alzó la cabeza y lo miró, interrogante.

—El cepillo de la señora Cotton —explicó con voz ronca.

Nunca había permitido que nadie tocase las marcas de su piel, incluso se había sentido avergonzado de ellas, pero por alguna razón sentía que el hecho de que fuese Skye quien lo hiciese estaba bien. Ella, ajena a la miríada de emociones que embargaba a su marido, posó los labios sobre la cicatriz y repitió el proceso con todas y cada una de ellas, incluyendo las de la espalda y los brazos.

—¡Pobre Johnny! —murmuró abrazándolo—. ¡Cuánto ha tenido que sufrir!

John soltó una exclamación que era una mezcla de sorpresa, risa e indignación.

—El pobre Johnny está sufriendo mucho ahora mismo, señora. ¿Planea darle consuelo o se quedará ahí detrás el resto de la noche?

Percibió su tensión y luego su risa. La había sorprendido, pero no escandalizado.

—Lo siento. Deseaba hacer esto desde que te vi desnudo en Gretna Green y no fui capaz de contenerme.

John sonrió y se dio la vuelta sin deshacer el abrazo.

—El hecho de que me toques sin miedo hace que no me importe en absoluto seguir sufriendo.

Skye le devolvió la sonrisa y se puso de puntillas para besarlo.

—Te amo, Johnny River.

El corazón de John se detuvo por un breve instante antes de latir de nuevo como si no lo hubiese hecho jamás. Miró a su esposa a los ojos y la besó en la frente, conmovido y emocionado.

—Yo también te amo, lady Skye River.

Ella rio.

—¡Qué tonto! Si me llamas lady Skye pierde credibilidad.

Él la miró con sorpresa, pues su declaración había salido del fondo de su corazón, y luego se echó a reír.

—¡Santo Cielo, Skye! Nunca imaginé que tuvieses tal capacidad para destrozarnos los momentos más románticos.

Vio que se preparaba para contestar y no le dio tiempo. No iba a permitirle prolongar aquello

por más tiempo. Había sido una tortura el sentir sus dedos recorriendo su pecho, su vientre, su espalda y sus brazos y había aguantado estoicamente porque había sido un momento conmovedor, pero no lo iba a distraer de sus verdaderas intenciones. Iba a poseerla aquella noche y nada lo evitaría.

Skye respondió a sus besos con una pasión que igualaba la suya y permitió que la desnudase sin remilgos, aunque su piel se sonrojó a causa de la vergüenza de verse sin ropa frente a él. Consciente de lo vulnerable que se sentía, se desnudó también para igualar la situación. A él tampoco le gustaba mostrar su cuerpo desnudo, por más que se sintiese satisfecho de lo que la naturaleza y el duro trabajo en los muelles le habían dado.

—¡Señor! —exclamó ella, extasiada—. ¡Eres como una de las estatuas del jardín de lord Levisham!

John rio ante la comparación. Las estatuas en cuestión representaban a guerreros de la antigüedad con poderosas musculaturas en posiciones muy poco apropiadas para los ojos de una joven sin experiencia. Se sintió halagado por su admiración y decidió que debía igualar el piropo.

—Y tú pareces una diosa pagana. —Liberó las guedejas pelirrojas de las horquillas y enredó las manos en ellas—. Una hermosa y seductora diosa pagana.

Skye sonrió, complacida por el cumplido y tendió los brazos hacia él. Ya no había barreras ni vergüenza entre ellos. Lo único que quedaban eran el amor que se profesaban y el deseo que sentían.

Salir de Landford House fue más difícil que enfrentarse a cien valquirias prestas a acabar con él, pero con la compañía de los condes de Mersett y de Skye, fue capaz de llegar hasta la plaza del pueblo. Le sudaban las manos y le temblaban las piernas, pero sus acompañantes lograron que se olvidase del entorno manteniéndolo distraído todo el tiempo. Skye sostenía su mano y, cada vez que la soltaba, era sustituida por lady Mersett, quien le susurró que había prometido que jamás la soltaría.

Todos sus temores resultaron ser ridículos. Aunque muchos lo reconocieron, nadie se burló de él ni trató de agredirlo. Ahora ocupaba una posición demasiado elevada como para hacer nada. Ya no era el huérfano sin protección que una vez había sido, sino un hombre que tenía una familia que lo quería y cuidaba. Y, por primera vez en diez años, se sintió parte de la familia Lee de una forma absolutamente plena. No era un ladrón, no era alguien que se estuviese aprovechando de la generosidad de otros, ni siquiera una obra de caridad, sino alguien a quien los condes habían acogido en su corazón antes de hacerlo en su casa. Lo amaban y él los amaba a ellos.

John siempre había tenido el deseo de llamar madre a lady Mersett. No tenía una y la anhelaba tanto como el amor de una esposa. No se atrevió a pedirle que le permitiese hacerlo, pero fue capaz de llamarla Daphne tras un gran esfuerzo. Sin embargo, su nombre, para él, sonaba como

«mamá». Derek se convirtió en su forma de llamar «papá» a lord Mersett. Ellos nunca lo sabrían, pero el llamarlos de aquel modo lo llenaba de una calidez que no podía expresar con palabras.

No fue fácil, por supuesto, pero Skye lo había convencido la noche anterior de que los tratase de aquel modo y no podía negarle nada a su esposa. Nada en absoluto. Ni siquiera el baile al que lo había arrastrado. Una vez libre de la presión de su madre, se había convertido en una mujer llena de vitalidad y alegría. Todavía le quedaba un largo camino por recorrer, pues aún ejercía un gran control sobre sí misma, pero solo había pasado un mes desde que se habían casado. En un par de años, aparecería la verdadera Skye en todo su esplendor, estaba seguro.

Aquella noche, Johnny se divirtió como no lo había hecho en mucho tiempo. Saludó a quienes se acercaron a él para hablarle, conoció a la esposa de Angus McDonald, a quien había odiado en su juventud por ser el hombre más apuesto del pueblo, y bailó con ella, que resultó ser una mujer encantadora. Al terminar el baile ni siquiera recordaba su nombre, pero lo había hecho reír con sus ocurrencias y eso seguramente no lo olvidaría en mucho tiempo. También bailó con Daphne y con algunas mujeres que le pidieron un baile y que, aunque le costó reconocerlas, ellas tenían muy claro quién era él. Algunas le hicieron confesiones de amor tardías mientras rememoraban lo atento y considerado que siempre había sido con ellas. Estaba tan sorprendido, que no tenía palabras para expresar su agradecimiento.

Cuando regresaron a Landford House, los cuatro estaban agotados, pero John se sentía absolutamente feliz. Skye charlaba animadamente sobre el baile, lo bien que se lo había pasado, lo divertido que había sido bailar con una anciana que se había empeñado en arrastrarlo a la pista a pesar de que apenas podía moverse y lo agradable que había sido conocer a tanta gente.

—Lo más divertido ha sido verte fruncir el ceño cuando bailaba con el herrero —dijo mientras John le sacaba el corsé. Había echado a la somnolienta doncella de Skye con cajas destempladas, pues quería hacerlo él—. Me dijo que, cuando eras niño, lo odiabas.

John sonrió y negó con la cabeza.

—No lo odiaba. Lo envidiaba. Ten en cuenta que tuve un desarrollo tardío. El señor McDonald me parecía inmenso, pero... no lo es tanto.

Skye rio.

—Tú eres mucho más apuesto.

—Solo porque soy más joven.

—No, porque eres más apuesto y punto.

John la obligó a volverse y la miró jocoso.

—Lo has dicho sin sonrojarte. ¿Dónde ha quedado mi Skye? —Le tomó el rostro entre las manos y le giró la cabeza de un lado al otro mientras fruncía el ceño, fingiendo pensar en algo—. ¿Me la han cambiado por otra?

Ella le dio una palmada en el pecho y sonrió.

—He tomado dos vasitos de ponche. —Se cubrió la boca con una mano—. Derek nos descubrió y nos alejó de él. Teme que su esposa regrese a los bosques a cometer alguna tropelía.

Los dos rieron y John la ayudó a desvestirse y a ponerse el camisón.

—¿No vamos a hacer... «eso» ... esta noche? —En esa ocasión sí se sonrojó, para regocijo de John, que negó con la cabeza—. ¿Por qué?

—Porque has bebido alcohol y ya te dije que solo te haré «eso» cuando estés sobria.

Ella chasqueó la lengua con fastidio y se sentó en la cama con gesto refunfuñón. Él se sentó a su lado y le tomó una mano que se llevó a los labios.

—Esa es tu forma de prohibirme beber alcohol, ¿verdad? —John se encogió de hombros con indiferencia mientras metía una mano en el bolsillo y sacaba una cajita de terciopelo negra—. Derek es mucho más directo que tú. Al menos podrías decir que...

John abrió la caja, sacó el anillo que había comprado en Londres y lo deslizó en el dedo de Skye, que lo miró con sorpresa.

—¿De quién crees que aprendí todo lo que sé, cariño? Del mismísimo lord Mersett.

Skye miró el anillo, extasiada. Era discreto y sencillo, exactamente como le gustaban las joyas.

—¿Cuándo lo compraste?

—Antes de volver de Londres.

—¡Oh! ¡Es precioso! —Se abalanzó sobre él para besarlo, pero John la apartó, juguetón—. ¡Estoy sobria!

—¿En serio?

—¡Totalmente!

Él la miró unos instantes, jocosos, y luego se abalanzó sobre ella.

—Entonces supongo que tendré que hacerte el amor.

Epílogo

Londres, tres años más tarde

John paseó de un lado a otro de la habitación mientras lord Mersett leía un libro con calma. A su lado, los niños mostraban más o menos nerviosismo por lo que estaba sucediendo en el piso de arriba. Todos estaban inquietos menos uno: Jasper.

Este, que contaba ya con diez años, lo miraba enfurruñado, con los brazos cruzados sobre el pecho imitando la postura de su padre cuando estaba furioso, y lo seguía con la mirada en cada paso que daba. De no haber sido tan joven, habría resultado atemorizante. Era muy alto para su edad y sabía bien cómo intimidar a quienes osaban contrariarlo. Y llevaba seis meses mirándolo de aquel modo, aunque John no entendía bien por qué.

—¿Sucede algo, Jasper? —preguntó, más por distraerse que porque le preocupase realmente el porqué de su mirada, pues lo achacaba a alguna tontería propia de su edad.

—Pues sí —respondió el niño—. Te dije que la cuidases hasta que creciese, no que la tomaras para tí. Eres un traidor, tío Johnny, y no puedo perdonarte. Ahora ella está sufriendo por tu culpa. —Lo señaló con el dedo—. Si le pasa algo, te arrancaré la cabeza con mis propias manos.

John lo miró estupefacto, mientras que Derek se volvía hacia su hijo sin saber muy bien qué decir. Todos sabían que era un niño precoz, que conocía cosas que no debería conocer a su edad, pero no habían imaginado que su comprensión de lo que lo rodeaba llegase tan lejos y mucho menos que recordase algo que había dicho tres años atrás en lo que ellos habían atribuido a un momento de caballerosidad infantil ante las dificultades de una dama.

—Lo siento —acertó a decir un azorado John antes de empezar a pasear de nuevo.

En el piso superior, su esposa estaba pasando el momento más difícil de su vida y no lo dejaban entrar a la habitación para acompañarla. La única vez que había logrado atravesar la puerta, había sido sacado del cuarto por las maldiciones de Skye, que parecía poseída. Dónde había aprendido aquellas palabras, no lo sabía, pero podía jurar como un marinero.

¡Santo Cielo! ¡Que terminase de una vez! Miró a Derek y frunció el ceño. ¿Cómo había podido pasar por aquella tortura tres veces?

Se dejó caer en un sillón y escondió la cara entre las manos, desesperado. ¿Por qué tenía que pasar Skye por aquello? De buen grado se habría cambiado por ella. ¡Por Dios! De haber sabido que sufriría tanto, no la habría tocado jamás.

La puerta del salón se abrió y entró lady Sophia con la expresión de quien ha vivido un momento maravilloso. En ese instante, el llanto de un bebé llenó cada rincón de la casa. El corazón de John se detuvo.

—Querido, le traerán a la pequeña enseguida. Es una niña preciosa. —Miró el reloj situado en la repisa de la chimenea—. Debo regresar a casa. Si mi marido sabe que vine aquí, pondrá el grito en el cielo. —Tomó las manos de John y sonrió—. Cuide bien de ellas, señor River, se lo ruego.

John sonrió, nervioso, y asintió. La condesa se despidió de los demás ocupantes del salón y el mismo Derek la acompañó a la puerta, consciente de que Johnny no era capaz de pensar con claridad.

—¿Puedo subir? —preguntó a Derek.

El conde se encogió de hombros.

—Si quieres que te echen a patadas, ve. Espera a que la ayuden a asearse y cambien la cama.

—¡Señor! —exclamó, desesperado— ¡Es mi esposa!

—Y está cansada y sensible —respondió Derek con total tranquilidad.

Daphne apareció en las escaleras cargando al bebé. Sonreía feliz y miró a John con ojos emocionados. Él corrió a su encuentro y, cuando la condesa le puso a la niña en los brazos, el mundo de Johnny se detuvo. Así que aquella criatura diminuta con la cabeza cubierta de pelusilla roja era su hija. Carne de su carne. Miró a lady Mersett, emocionado, y ella asintió, confirmando que, efectivamente, aquella pequeña era suya.

—Skye me ha dicho que se llamará Violet y que no admite discusión.

—Es una tirana —dijo John sin acritud acariciando la mejilla de la niña.

—Pues espera a que esta pequeña crezca. Tu vida se convertirá en un infierno. —Lord Mersett, a su lado, sonreía al bebé—. Yo tengo dos criaturas idénticas que hacen que desee que se abra un boquete en el suelo y me lleve directo al averno cada vez que abren la boca.

—¡Papá! —exclamó Harmony—. ¡No digas esas cosas tan horribles!

Lord Mersett hizo una mueca y miró a John.

—¿Lo ves?

—¡Papá! —exclamó Helena, tan indignada como su hermana gemela.

Jasper salió del salón y miró a la niña unos segundos, aunque sin acercarse demasiado a ella.

—Es fea —dijo arrugando la nariz con disgusto.

—Será tan bonita como su madre —dijo Daphne empujando a John hacia las escaleras— o tan guapa como su padre.

Jasper suspiró y miró a John, que subía las escaleras rumbo a su dormitorio.

—Supongo que tendré que quererla, a pesar de que tío Johnny me ha robado a la esposa.

Daphne revolvió el cabello de su hijo.

—¡Por supuesto que tienes que quererla! ¡Es tu sobrina!

El niño suspiró de nuevo, con tanta resignación, que arrancó una sonrisa a sus padres.

—La querré, entonces. Ella no tiene la culpa de que su padre sea un traidor.

John se sentó en la cama con la niña en brazos y miró a su esposa. Tenía ojeras y, aunque habían intentado adecentar su aspecto antes de que entrase, no podía ocultar todavía el sufrimiento por el que había pasado.

—Es bonita, ¿verdad? —preguntó Skye mirando al bebé.

—Tanto como tú.

Skye sonrió.

—Adulador.

—Digo la verdad. —Le acarició una mejilla, preocupado—. ¿Estás bien?

—Muerta de cansancio, pero sí, estoy bien. Muy feliz, aunque no lo parezca.

John permitió que lady Mersett le quitase a la niña de los brazos y se la llevase para darles unos minutos a solas, y abrazó a su esposa.

—Lamento haberte hecho pasar por algo así. No volverá a pasar.

Skye apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos.

—Yo también siento mucho haberte maldecido.

John rio.

—¿Dónde has aprendido esas maldiciones?

—De Daphne.

John resopló.

—Lo imaginaba.

—¿Te ha dicho ya que la niña se llamará Violet?

—Sí.

—Mi abuelo quería que me llamase así, pero mi abuela quería que me llamase como la isla de Skye. Añoraba Escocia. Es un homenaje a él, que me quería con locura.

— Está bien, es un nombre bonito.

—¿No te importa?

—En absoluto.

Ella sonrió y lo abrazó, aunque apenas tenía fuerzas para hacerlo.

—Ahora ya somos una familia completa —dijo ella—. ¿Eres feliz?

—Mucho.

—Yo también.

Tras un breve silencio, John notó que Skye se había quedado dormida y se quedó muy quieto, temeroso de despertarla. La amaba tanto, que estaba seguro de que moriría si alguien la separaba de ella. Y ahora estaba Violet también. Nunca, jamás, permitiría que las dos mujeres de su vida sufriesen daño alguno. Las amaba y las protegería hasta su último aliento.

Nota de la autora

A veces, las historias y los personajes se nos atragantan y las historias no fluyen. No importa lo mucho que hayas trabajado en la planificación de la novela o lo bien que conozcas a los personajes, porque una vez los lanzas al mundo que has creado para ellos, no tienen química o tú no sabes cómo hacer que encajen porque, o bien estás pasando un mal momento, o simplemente te has bloqueado y eres incapaz de conseguir que la historia fluya.

Esto es lo que me pasó a mí con esta historia. La recordaré siempre como la novela de los veintinueve intentos. Sí, veintinueve veces la empecé y llegué al capítulo 5, otras al 10 y otras al 15. Y en ninguna de esas ocasiones fui capaz de avanzar sin sentir que algo estaba mal, que no funcionaba.

No era el momento, al parecer.

Por suerte, apareció Almudena Muñoz y su apoyo me ayudó a sacarla adelante. Sacó tiempo de donde probablemente no tenía para leer cada día los dos capítulos que le enviaba y se tomaba la molestia de señalarme los errores que veía. El simple hecho de saber que estaba ahí para ayudarme a volver al camino correcto si me desviaba sin querer, me ayudó a avanzar a una velocidad a la que jamás había escrito. Siempre estaré muy agradecida por su ayuda y nunca podré agradecerle lo suficiente todo lo que ha hecho por mí.

Pero hay dos personas más que me ayudaron dándome aliento (y collejas): Marcia Cotlan y la primera y más importante mitad de Elizabeth Urian. Desde el inicio de la aventura estuvieron ahí diciéndome «tú puedes», «ánimo, que ya queda poco» y todas las cosas que se les ocurrieron. Y el simple hecho de poder ir a ellas para quejarme de mi triste vida, de lo que me estaba costando escribir, me ayudó muchísimo. No se lo he dicho hasta ahora, pero bueno, si leen esta nota, lo sabrán, sin duda. Gracias también por las risas, las series, los vídeos, las fotos, los «no me apasiona» de una y la excesiva pasión de la otra. Me divierte mucho con vosotras, que lo sepáis.

Por supuesto, Lola Gude no podía faltar aquí. ¡Qué infinita paciencia y qué temple! Incluso cuando se nos echaba el tiempo encima me decía: «tú tranquila, no te agobies». Si es que es un amor, en serio. Selecta tiene mucha suerte de contar con ella, porque consigue que las autoras nos sintamos cómodas y como en familia. ¿Sabéis esas personas que promueven el buen rollo por encima de las rivalidades entre escritores? Esa es Lola.

Laura, no puedo olvidarme de Laura, que, mientras escribo esta nota, se estará acordando de los

ancestros de mis ancestros por lo rápido que tendrá que corregir la novela. ¡Perdón!

Y la última persona que ha colaborado en que esta novela saliese adelante ha sido mi madre. En los últimos días, en medio del frenesí, su ayuda fue indispensable. Gracias, mamá.

Espero que este intento número veintinueve sea de vuestro agrado.

Si te ha gustado
Ámame una noche más
te recomendamos comenzar a leer
Tere, ponle sal a la vida con un tequila
de Ana E. Guevara



Prólogo

Hola, me llamo Tere y soy la campeona de beber tequila a morro de la botella del grupo JB, Jueves Borrosos. Claro que, para ser justos con la realidad, mi vida lleva siendo borrosa desde que cumplí los dieciséis años, más o menos. Al terminar el instituto, me matriculé en Filología germánica, que me diréis qué mierda se me había perdido a mí leyendo a Nietzsche o a Goethe. ¡Pues un tío! El Charlie, para ser exactos. Un cerebritito de mucho cuidado, pero al final lo nuestro no funcionó, él era demasiado buenazo, y yo necesitaba más marcha en aquella época.

Así que caí de cabeza en los brazos del Luismi, que tenía los ojos más verdes y la moto más trucada de todo Vallecas. Y yo creo que ahí fue cuando mi vida empezó a desmoronarse, aunque no fuera consciente de ello. El Luismi me convenció para dejar la carrera e irnos a recorrer Europa en moto, y a mí eso me sonaba a lo más romántico que me hubiera propuesto nunca nadie. Si no fuera porque me dejó tirada en Dinamarca para irse con una danesa y yo me quedé más sola que la sirenita de Copenhague y con los pezones como para cortar vidrios del frío que tenía. Además de que no llevaba ni un duro porque el tío era un desgraciado, pero de tonto no tenía ni un pelo, y se marchó con la rubia y el dinero que teníamos para continuar el viaje.

Así que me vine desde Dinamarca a Madrid haciendo autostop hasta que en Perpiñán apareció un ángel enviado por el mismísimo Dios: el Jhony. Imagínate lo que yo sentí cuando abrí la puerta del Opel Corsa y me veo a un tío con el pelo tintando de rubio canario, una letra china tatuada en el cuello, tres pendientes en una oreja y un cigarrillo en la otra. Y como banda sonora: Estopa. Decidme la verdad, vosotras también estáis mojando las bragas ahora mismo, ¿a que sí? Y además, de Carabanchel, que no es tan buen barrio como Vallecas, pero que tiene un pase.

Y desde aquel día hemos estado juntos. Yo perdí mi beca por irme a mitad del curso, y desde entonces, he ido tirando con trabajillos aquí y allá porque el Jhony no es de los que trabaja. Él es más de quedarse en casa jugando al *Fortnite*, que dice que es ahí donde está la pasta ahora. Yo no sé si será verdad, solo sé que en diez años no lo he visto cotizar ni tres meses en total y la única pasta que ha traído a casa son los fideos del chino pagados con mi dinero. Pero es que además conseguía meterme en problemas con mis jefes y me han echado de más de un empleo por su culpa.

Y eso nos lleva a la noche de Halloween, cuando mi vida dio un vuelco en todas las direcciones posibles. Me habían echado del trabajo por culpa del Jhony y además él se había gastado el dinero que teníamos ahorrado para hacerme una inseminación *in vitro* en un clínica privada en carreras de hurones, que, según él, iban a desbancar a las carreras hípicas y de galgos. El caso es que por primera vez abrí los ojos y lo vi como de verdad era: un inútil aprovechado que no ha dado un palo al agua y con el que yo había perdido una década de mi vida.

Así que tomé la única decisión razonable en esos momentos: irme al chino a cogermela cogerza de mi vida, porque de verdad que necesitaba olvidar esos últimos años en general y este último día en particular.

Pues Dios debe tener un sentido del humor muy retorcido porque en el chino Juan solo quedaba

una última botella y tuve que pelearme por ella con dos zumbadas. Una ni disfrazada podía ocultar que era una especie de monja carmelita, y la otra una niña de *El exorcista* de mercadillo. Que me diréis, ¿qué pintan dos mamarrachas como esas en un sitio con tan buen renombre como el chino Juan? Menos mal que yo iba de bombera *sexy* para animar un poco la cosa y subir el nivel que esas dos habían dejado por los suelos.

Pero vamos, que yo les dije a esas dos señoras muy educadamente que me dieran la botella, que yo la había visto primero, y se me pusieron chulas las dos. A mí. En mi chino. Con mi botella. Una cosa os voy a decir, no les reventé la cabeza a patadas porque el chino Juan vino a repartir sabiduría oriental como si fuera el puto maestro de Karate Kid, que si no a esas las recogen con cucharilla los del Samur. Pero es que encima nos fuimos a emborracharnos a un parque y allí apareció una tipa con la vida sexual más desastrosa que se puede imaginar, y otra disfrazada de unicornio. ¡Un cuadro!

Pero el caso es que compartir esa botella nos unió más de lo que yo me esperaba, y ahora esas cuatro zumbadas son como de la familia. Y eso en Vallecas significa mucho. Porque, parafraseando a la gran filósofa de nuestra era, la todopoderosa Belén Esteban, «yo por mi familia mato. MA-TO».

Si este jueves no tenéis nada que hacer, pasaos por nuestro grupo. Solemos dejar una silla vacía por si hay alguna mujer que necesite borrar su día a base de beber en buena compañía.

Capítulo 1

El metro iba a reventar, como cada día en hora punta, y yo notaba como un señor con barriga se pegaba demasiado a mí y me olía el pelo. Iba a darme la vuelta y soltarle un tortazo cuando me vino a la cabeza la imagen de Chus hablando de perdonar y de ser mejores personas. Así que respiré hondo, conté hasta diez y me dije que haciendo eso me estaba ganando un lugar en el cielo. Yo estaba poniendo de mi parte, de verdad que sí, pero entonces el otro mamarracho se acercó aún más y ya no lo pude resistir.

—Esta experiencia que muestra oliendo pelo es por aspirar coca, ¿a que sí? —Lo dije suficientemente alto como para que todo el vagón lo oyera.

—Yo... Esto... Eso no es así.

—¿Qué no es así? ¿Lo del pelo o lo de la coca?

La carcajada en el vagón fue general. Se bajó en la siguiente parada, yo no sé si era la suya,

pero reconozco que me alegré cuando se alejó. No lo puedo negar, soy impulsiva, pero últimamente la cosa iba a peor. Desde que me echaron del curro por culpa del Jhony, había ido encadenando trabajillos de mala muerte que no duraban más de un mes y que pagaban en negro la mayoría de las veces. Tenía algo de dinero ahorrado en una cuenta de la que el inútil de mi ex no tenía ni idea, e iba resistiendo gracias a eso, pero se acabaría pronto y empezaba a notar la urgencia de encontrar un trabajo mejor.

Y luego estaba el otro tema... Llevaba una eternidad sin sexo. No me juzguéis mal, pero llevaba... No, no lo puedo decir, que me da vergüenza. Bueno, estamos entre amigas y no iréis con el cuento por el barrio. Llevaba un mes sin sexo. ¡Ya lo he dicho! A vosotras os puede parecer poco, pero para mí estaba siendo un infierno. Porque el Jhony sería un vago sin futuro, pero en la cama cumplía como un campeón. Y a mí en una época mala me tocaba cada dos días como mucho, así que imaginaos cómo estaba, llevando un mes entero sin mambo. Pues que me subía por las paredes. Y eso lo estaban notando hasta los del metro que iban conmigo y no me conocían de nada.

La siguiente parada era la mía; a ver si la suerte se ponía un poquito de mi lado, que ya me iba tocando. Tenía una entrevista de trabajo para ser camarera en un bar en la otra punta de Madrid. Se me iba a ir medio día en el metro para llegar, pero al menos el horario no era muy malo y me declaraban a la Seguridad Social. En esos momentos de verdad que no pedía más.

Llegué a la entrevista con diez minutos de adelanto. El sitio por fuera parecía un tugurio de mala muerte anclado en los años setenta. Letrero luminoso al que le faltaban letras, fachada de ladrillo visto y cáscaras de pipas en la puerta. Pero es que por dentro la estampa no mejoraba lo más mínimo. Mis botas de cuero hasta la rodilla hacían *chof chof* con cada paso que daba al quedarse pegadas en la grasa del suelo, las botellas de anís se alineaban enhiestas detrás de la barra, y un poster del Fary presidía la estancia. ¡El Fary! Yo soy de Vallecas y eso me pareció una cutrez hasta a mí. Conté no menos de cuatro vasos de tubo en la barra, seguramente sin lavar. Suspiré tratando de calmarme recordando lo que me habían dicho las chicas:

«Sé siempre cortés y educada.»

«Habla de tus cualidades sin decir ninguno de tus defectos.»

«Sonríe y sé tú misma.»

«Actúa como si el puesto ya fuera tuyo.»

«No te lo imagines desnudo.»

Este último consejo fue de Vero. Ya no le pasa eso de ver a los tíos en bolas, pero me lo recuerda cada vez que tengo una entrevista, por si acaso. Yo creo que es por nostalgia de aquellos tiempos antes de encontrar al macizorro de Óscar.

—¿Hay alguien? —pregunté mientras me adentraba un par de pasos más al ritmo del *chof chof* de mis botas.

Un señor de unos cuarenta y largos salió de detrás de la barra. Llevaba una camisa de cuadros abierta hasta el pecho y una medalla de oro de la Virgen relucía entre el vello pectoral. Le sobraban al menos veinte kilos y la camisa estaba marcada debajo de las axilas por el sudor. No se parecía en nada, pero pensé en Torrente *apatrullando la ciudad* y esboqué una sonrisa.

—Sí, es aquí. ¿Has venido por la entre...?

El tío se quedó callado y me dio un repaso que parecía un crítico de arte frente a un cuadro del Thyssen. Es verdad que yo me había vestido para causar buena impresión y llamar la atención: llevaba un top blanco que dejaba al descubierto el *piercing* de mi ombligo, unos pantalones negros muy, pero que muy ceñidos y unas botas de cuero por encima de la rodilla. Anisi me dijo que la combinación de camisa blanca y pantalón negro era una buena opción para una entrevista de trabajo y yo le hice caso. Pero como no tengo camisas, porque me parecen cosas muy viejunas, me puse un top. Tampoco se nota tanto la diferencia, ¿verdad?

—Sí, por la entrevista —le dije completando la frase porque no me apetecía seguir perdiendo el tiempo.

—Pasa a mi despacho. Es por aquí. —Señaló una puerta que estaba tan sucia que se camuflaba perfectamente con el resto del local.

Le dejé que la abriera él por miedo a contraer cualquier enfermedad que debería estar erradicada desde la Edad Media.

El despacho detrás de la puerta era exactamente como me lo imaginaba, igual de cutre que el resto. Una portada del Marca del año noventa y ocho mostraba a los jugadores del Madrid sosteniendo la Champions. Disimulé mi disgusto al ver esa foto enmarcada, no me gusta demasiado el fútbol, pero, como cualquiera en mi barrio, soy del Rayo a muerte. Un calendario Playboy había detenido el tiempo en el año dos mil dos con una conejita desnuda en la foto del almanaque. Había una pequeña pecera, de esas redondas, con un simpático pececillo naranja dando vueltas sin parar.

—Siéntate —me dijo señalando una silla roñosa—. Soy Eduardo, el dueño.

—Soy Teresa. —No hice amago ni de darle dos besos ni de estrecharle la mano.

Me senté en silencio esperando que fuera él quien comenzara la entrevista, pero viendo que sus ojos no salían del canalillo de mi escote decidí tomar la iniciativa.

—En la oferta se menciona el horario, pero no se dice nada del sueldo.

Eduardo se pasó la lengua por los labios y sus ojos brillaron.

—Verás, esto es un negocio familiar, como habrás podido ver. Nuestros recursos son limitados, pero siempre se pueden negociar... Ejem... Bonificaciones especiales.

—¿Por traer nuevos clientes? ¿Es algo así como los relaciones públicas de las discotecas?

—No exactamente.

Lo miré ceñuda y él se revolvió incómodo.

—No es nada ilegal, si es lo que te estás preguntando. Simplemente, estaría bien que de vez en cuando limpiaras el local. Se te pagaría un plus, por supuesto.

—¡Ah! Perfecto, me estabas asustando. Claro, sin problema, a mí no se me caen los anillos por coger un mocho y una escoba. La verdad es que al suelo de fuera le vendría de perlas una limpieza a fondo. ¿De cuánto estamos hablando?

—Pues serían quinientos más al mes por la limpieza.

Me atragaté con mi propia saliva. ¿Quinientos eurazos solo por pasar el plumero y fregar el suelo? Lo hubiera hecho por menos, pero recordé lo que me dijo Anisi.

—Seiscientos.

Eduardo sonrió.

—Claro que hay una condición.

Fruncí el ceño, ya sabía yo que no podía ser todo tan bueno.

—Tienes que limpiar desnuda. O solo con un delantal si es que eres muy pudorosa.

Me levanté de un saltó y la pecera se tambaleó sobre la mesa.

—¿Pero de qué vas, tronco?

—Te pagaré los seiscientos, incluso seiscientos cincuenta, si quieres.

—Lo que quiero es que se entere tu mujer de lo que me acabas de proponer —le solté, señalando el anillo que llevaba en el dedo anular.

El golpe pinchó en hueso, pues escondió la mano tras la espalda rápidamente.

—Venga, no me dirás que no es un buen plan. Además, con la ropa que llevas es como si fueras ya medio desnuda, así que no habría tanta diferencia. No me digas que vas ahora de santurrona, tienes pinta de ser una guarrilla.

Vi la lascivia en sus ojos, y la codicia, y la inmoralidad de querer aprovecharse de las mujeres que necesitan el dinero. Y si a eso le sumas la abstinencia que llevaba, se me juntó todo eso aquí, en las entrañas, y me convertí en una gorgona.

—¡Me visto como me da la gana, cerdo de mierda! Y ni tú ni nadie me va a juzgar por mi ropa, ¿me estás oyendo?

Ya digo que no estaba pasando por mi mejor época, así que reconozco que no me siento muy orgullosa de lo que pasó a continuación, pero comencé a tirarle cosas de la rabia que sentía en esos momentos. Iba cogiendo todo lo que encontraba encima de la mesa y se lo tiraba mientras él se tapaba con las manos como podía para esquivar mis proyectiles. Bolígrafos, la grapadora, un manajo de papeles y... ¡la pecera!

Lo sé, no me juzguéis, no sé qué me pasó por la cabeza para creer que eso era una buena idea. Me di cuenta de la estupidez que había hecho cuando vi el vidrio volar sobre su cabeza y estrellarse contra la pared del almanaque de Playboy.

—¡Serás zumbada! —me dijo mientras se cobijaba tras un sillón mugriento.

—¡Y tú desgraciado! —respondí mientras le daba la vuelta a la mesa y me ponía a cuatro patas buscando—. Estúpido pez, ¡parece si no quieres morirte asfixiado! Y no pienso cargar con tu muerte en mi conciencia, te aviso.

Mi invocación surtió efecto y el pequeño cuerpecito naranja apareció dando saltos y grandes

bocanadas al lado de la papelera. Lo cogí entre mis manos mientras él pugnaba por liberarse y me fui del despacho hecha una furia no sin antes dedicarle una mirada al dueño que hubiera helado el mismísimo infierno.

—No te lo mereces —le dije señalando con la cabeza al pequeño animal que saltaba dentro de mis manos. El dueño ni se movió y solo asintió en silencio.

En mi salida me detuve en la barra y llené un vaso de cubata con agua en el que metí a mi nuevo amigo y salimos rumbo al metro.

Me vida era una mierda, pero una mierda descomunal. Menos mal que esa noche era jueves e iba a poder contarle mi aventura a mis amigas. Ahora no solo había perdido un trabajo, sino que, por lo visto, había adoptado a un pez naranja.

—¡Maldita sea mi suerte! —dije en voz alta, llevándome varias miradas de reproche por parte de los transeúntes.

Capítulo 1

El metro iba a reventar, como cada día en hora punta, y yo notaba como un señor con barriga se pegaba demasiado a mí y me olía el pelo. Iba a darme la vuelta y soltarle un tortazo cuando me vino a la cabeza la imagen de Chus hablando de perdonar y de ser mejores personas. Así que respiré hondo, conté hasta diez y me dije que haciendo eso me estaba ganando un lugar en el cielo. Yo estaba poniendo de mi parte, de verdad que sí, pero entonces el otro mamarracho se acercó aún más y ya no lo pude resistir.

—Esta experiencia que muestra oliendo pelo es por aspirar coca, ¿a que sí? —Lo dije suficientemente alto como para que todo el vagón lo oyera.

—Yo... Esto... Eso no es así.

—¿Qué no es así? ¿Lo del pelo o lo de la coca?

La carcajada en el vagón fue general. Se bajó en la siguiente parada, yo no sé si era la suya, pero reconozco que me alegré cuando se alejó. No lo puedo negar, soy impulsiva, pero últimamente la cosa iba a peor. Desde que me echaron del curro por culpa del Jhony, había ido encadenando trabajillos de mala muerte que no duraban más de un mes y que pagaban en negro la mayoría de las veces. Tenía algo de dinero ahorrado en una cuenta de la que el inútil de mi ex no tenía ni idea, e iba resistiendo gracias a eso, pero se acabaría pronto y empezaba a notar la urgencia de encontrar un trabajo mejor.

Y luego estaba el otro tema... Llevaba una eternidad sin sexo. No me juzguéis mal, pero llevaba... No, no lo puedo decir, que me da vergüenza. Bueno, estamos entre amigas y no iréis con el cuento por el barrio. Llevaba un mes sin sexo. ¡Ya lo he dicho! A vosotras os puede parecer poco, pero para mí estaba siendo un infierno. Porque el Jhony sería un vago sin futuro, pero en la cama cumplía como un campeón. Y a mí en una época mala me tocaba cada dos días como mucho, así que imaginaos cómo estaba, llevando un mes entero sin mambo. Pues que me subía por las paredes. Y eso lo estaban notando hasta los del metro que iban conmigo y no me conocían de nada.

La siguiente parada era la mía; a ver si la suerte se ponía un poquito de mi lado, que ya me iba tocando. Tenía una entrevista de trabajo para ser camarera en un bar en la otra punta de Madrid. Se me iba a ir medio día en el metro para llegar, pero al menos el horario no era muy malo y me declaraban a la Seguridad Social. En esos momentos de verdad que no pedía más.

Llegué a la entrevista con diez minutos de adelanto. El sitio por fuera parecía un tugurio de mala muerte anclado en los años setenta. Letrero luminoso al que le faltaban letras, fachada de ladrillo visto y cáscaras de pipas en la puerta. Pero es que por dentro la estampa no mejoraba lo más mínimo. Mis botas de cuero hasta la rodilla hacían *chof chof* con cada paso que daba al quedarse pegadas en la grasa del suelo, las botellas de anís se alineaban enhiestas detrás de la barra, y un poster del Fary presidía la estancia. ¡El Fary! Yo soy de Vallecas y eso me pareció una cutrez hasta a mí. Conté no menos de cuatro vasos de tubo en la barra, seguramente sin lavar. Suspiré tratando de calmarme recordando lo que me habían dicho las chicas:

«Sé siempre cortés y educada.»

«Habla de tus cualidades sin decir ninguno de tus defectos.»

«Sonríe y sé tú misma.»

«Actúa como si el puesto ya fuera tuyo.»

«No te lo imagines desnudo.»

Este último consejo fue de Vero. Ya no le pasa eso de ver a los tíos en bolas, pero me lo recuerda cada vez que tengo una entrevista, por si acaso. Yo creo que es por nostalgia de aquellos tiempos antes de encontrar al macizorro de Óscar.

—¿Hay alguien? —pregunté mientras me adentraba un par de pasos más al ritmo del *chof chof* de mis botas.

Un señor de unos cuarenta y largos salió de detrás de la barra. Llevaba una camisa de cuadros abierta hasta el pecho y una medalla de oro de la Virgen relucía entre el vello pectoral. Le sobaban al menos veinte kilos y la camisa estaba marcada debajo de las axilas por el sudor. No se parecía en nada, pero pensé en Torrente *apatrullando la ciudad* y esboqué una sonrisa.

—Sí, es aquí. ¿Has venido por la entre...?

El tío se quedó callado y me dio un repaso que parecía un crítico de arte frente a un cuadro del

Thyssen. Es verdad que yo me había vestido para causar buena impresión y llamar la atención: llevaba un top blanco que dejaba al descubierto el *piercing* de mi ombligo, unos pantalones negros muy, pero que muy ceñidos y unas botas de cuero por encima de la rodilla. Anisi me dijo que la combinación de camisa blanca y pantalón negro era una buena opción para una entrevista de trabajo y yo le hice caso. Pero como no tengo camisas, porque me parecen cosas muy viejunas, me puse un top. Tampoco se nota tanto la diferencia, ¿verdad?

—Sí, por la entrevista —le dije completando la frase porque no me apetecía seguir perdiendo el tiempo.

—Pasa a mi despacho. Es por aquí. —Señaló una puerta que estaba tan sucia que se camuflaba perfectamente con el resto del local.

Le dejé que la abriera él por miedo a contraer cualquier enfermedad que debería estar erradicada desde la Edad Media.

El despacho detrás de la puerta era exactamente como me lo imaginaba, igual de cutre que el resto. Una portada del Marca del año noventa y ocho mostraba a los jugadores del Madrid sosteniendo la Champions. Disimulé mi disgusto al ver esa foto enmarcada, no me gusta demasiado el fútbol, pero, como cualquiera en mi barrio, soy del Rayo a muerte. Un calendario Playboy había detenido el tiempo en el año dos mil dos con una conejita desnuda en la foto del almanaque. Había una pequeña pecera, de esas redondas, con un simpático pececillo naranja dando vueltas sin parar.

—Siéntate —me dijo señalando una silla roñosa—. Soy Eduardo, el dueño.

—Soy Teresa. —No hice amago ni de darle dos besos ni de estrecharle la mano.

Me senté en silencio esperando que fuera él quien comenzara la entrevista, pero viendo que sus ojos no salían del canalillo de mi escote decidí tomar la iniciativa.

—En la oferta se menciona el horario, pero no se dice nada del sueldo.

Eduardo se pasó la lengua por los labios y sus ojos brillaron.

—Verás, esto es un negocio familiar, como habrás podido ver. Nuestros recursos son limitados, pero siempre se pueden negociar... Ejem... Bonificaciones especiales.

—¿Por traer nuevos clientes? ¿Es algo así como los relaciones públicas de las discotecas?

—No exactamente.

Lo miré ceñuda y él se revolvió incómodo.

—No es nada ilegal, si es lo que te estás preguntando. Simplemente, estaría bien que de vez en cuando limpiaras el local. Se te pagaría un plus, por supuesto.

—¡Ah! Perfecto, me estabas asustando. Claro, sin problema, a mí no se me caen los anillos por coger un mocho y una escoba. La verdad es que al suelo de fuera le vendría de perlas una limpieza a fondo. ¿De cuánto estamos hablando?

—Pues serían quinientos más al mes por la limpieza.

Me atraganté con mi propia saliva. ¿Quinientos eurazos solo por pasar el plumero y fregar el suelo? Lo hubiera hecho por menos, pero recordé lo que me dijo Anisi.

—Seiscientos.

Eduardo sonrió.

—Claro que hay una condición.

Fruncí el ceño, ya sabía yo que no podía ser todo tan bueno.

—Tienes que limpiar desnuda. O solo con un delantal si es que eres muy pudorosa.

Me levanté de un saltó y la pecera se tambaleó sobre la mesa.

—¿Pero de qué vas, tronco?

—Te pagaré los seiscientos, incluso seiscientos cincuenta, si quieres.

—Lo que quiero es que se entere tu mujer de lo que me acabas de proponer —le solté, señalando el anillo que llevaba en el dedo anular.

El golpe pinchó en hueso, pues escondió la mano tras la espalda rápidamente.

—Venga, no me dirás que no es un buen plan. Además, con la ropa que llevas es como si fueras ya medio desnuda, así que no habría tanta diferencia. No me digas que vas ahora de santurrón, tienes pinta de ser una guarrilla.

Vi la lascivia en sus ojos, y la codicia, y la inmoralidad de querer aprovecharse de las mujeres que necesitan el dinero. Y si a eso le sumas la abstinencia que llevaba, se me juntó todo eso aquí, en las entrañas, y me convertí en una gorgona.

—¡Me visto como me da la gana, cerdo de mierda! Y ni tú ni nadie me va a juzgar por mi ropa, ¿me estás oyendo?

Ya digo que no estaba pasando por mi mejor época, así que reconozco que no me siento muy orgullosa de lo que pasó a continuación, pero comencé a tirarle cosas de la rabia que sentía en esos momentos. Iba cogiendo todo lo que encontraba encima de la mesa y se lo tiraba mientras él se tapaba con las manos como podía para esquivar mis proyectiles. Bolígrafos, la grapadora, un manojito de papeles y... ¡la pecera!

Lo sé, no me juzguéis, no sé qué me pasó por la cabeza para creer que eso era una buena idea. Me di cuenta de la estupidez que había hecho cuando vi el vidrio volar sobre su cabeza y estrellarse contra la pared del almanaque de Playboy.

—¡Serás zumbada! —me dijo mientras se cobijaba tras un sillón mugriento.

—¡Y tú desgraciado! —respondí mientras le daba la vuelta a la mesa y me ponía a cuatro patas buscando—. Estúpido pez, ¡parece si no quieres morirte asfixiado! Y no pienso cargar con tu muerte en mi conciencia, te aviso.

Mi invocación surtió efecto y el pequeño cuerpecito naranja apareció dando saltos y grandes bocanadas al lado de la papelera. Lo cogí entre mis manos mientras él pugnaba por liberarse y me fui del despacho hecha una furia no sin antes dedicarle una mirada al dueño que hubiera helado el mismísimo infierno.

—No te lo mereces —le dije señalando con la cabeza al pequeño animal que saltaba dentro de mis manos. El dueño ni se movió y solo asintió en silencio.

En mi salida me detuve en la barra y llené un vaso de cubata con agua en el que metí a mi nuevo

amigo y salimos rumbo al metro.

Me vida era una mierda, pero una mierda descomunal. Menos mal que esa noche era jueves e iba a poder contarle mi aventura a mis amigas. Ahora no solo había perdido un trabajo, sino que, por lo visto, había adoptado a un pez naranja.

—¡Maldita sea mi suerte! —dije en voz alta, llevándome varias miradas de reproche por parte de los transeúntes.

Dos mundos opuestos. Dos corazones rotos y una sola necesidad: la de ser amados.



John River tenía solo dieciséis años cuando abandonó Minstrel Valley de la mano de lord Mersett para huir de la miseria que lo rondaba. Diez años más tarde, convertido en un hombre instruido y rico gracias a la ayuda de su mecenas, regresa al pueblo que lo vio crecer para enfrentarse a los fantasmas de su pasado: el pequeño Johnny que una vez fue y el corazón destrozado que, según él, todavía permanece a los pies de la estatua de la dama y el juglar, donde Deirdre O'Neill rechazó sus sentimientos.

Lady Skye Brangwen, hija del marqués de Ryedale, es la heredera más cotizada de Inglaterra, pero tras casi seis años de compromiso con lord Tamworth, es consciente de que la boda nunca se llevará a cabo hasta que herede el título de condesa de Blackwood y los bienes adscritos a este. Su prometido no tiene interés alguno en ella, así que, harta de la situación, decide instalarse en Blackwood Manor con su tía con la esperanza de que aparezca alguien que la salve de un matrimonio no deseado.

El encuentro entre John y Skye no puede ser más oportuno para ambos. Él es un hombre ambicioso que desea dejar atrás todo recuerdo de Johnny River y ella una mujer que desea seguir los dictados de su corazón, así que la decisión que toman cambiará sus vidas para siempre.

¿Serán capaces de encontrar el amor que tanto anhelan en la persona que han elegido para compartir sus vidas?

Alexandra Black nació en un pueblecito cercano a Londres, donde vive actualmente con su madre. Es una apasionada de los clásicos rusos y de la novela romántica. Empezó a escribir muy joven, pero solo ahora ha decidido dar el salto al mundo editorial.

Edición en formato digital: agosto de 2020

© 2020, Alexandra Black

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-49-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Ámame una noche más

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Alexandra Black

Créditos